

VENI QUE TE CUENTO

José María Fernández Alara

***Para Marco, que con pies jóvenes y ojos nuevos empieza a
buscar su camino***

Carta íntimas

Querida vieja:

Mañana cumplís cuarenta y nueve y creo que es oportuno que escuches unos consejos de alguien que te quiere.

La verdad es que estás entrando en la decadencia y tenés que empezar a cuidarte. Sos una reina, pero una reina madre, en camino a ser reina abuela.

En primer lugar, dejá de disimular: usá los anteojos que te recetaron.

Vamos a ahorrar en vasos y platos, y vas a recuperar un montón de tiempo que usas para acercar y alejar los envases y los frasquitos para ver qué dicen. No te digo nada de los remedios porque me agarra piel de gallina.

Reducí la presencia de almanaques y calendarios, que te los dan gratis pero te tiran abajo con los recuerdos y aniversarios.

En un tiempo te agarró la locura de los espejos, porque agrandaban los espacios. Es tiempo de que, aunque se achiquen los espacios, te ahorres constatar arrugas, celu, engrosamientos y crecimientos no gratos. Ojo que no me refiero a los espejitos del coche, que los tenés bastante golpeados y si los usaras te ahorrarías bastantes discusiones

con el viejo. Me imagino que aquí te ayudaría también algo que se llama anteojos para lejos.

La casa está demasiado llena de fotos, dejá las nuestras de cuando éramos chicos y eliminà las de papà y las tuyas de cuando eran jóvenes, así no te salta la comparación con el presente.

Me parece bárbaro que vayas al gimnasio, pero no te mates. Ilusionate si querés con mantener lo que tenés, pero no seas ilusa: Lo que se te fue perdiendo no lo encuentra ni San Antonio.

No le creas a la tele ni a las revistas. Las minas de la farándula se hacen seguido el service (laboral) de quirófano porque si no estarían como vos.

No las envidies, no son diosas, son sobrevivientes de postoperatorios, producciones, gym, spa y de cuanto régimen o ayuno se pone de moda, no pudiendo perder la sonrisa y con la obligación de estar siempre compitiendo para ganar en el rally de ser objeto de minuto en el aire de los programas de chismes.

Si te deprime un poco lo que te digo, no te enojés conmigo. Te recomiendo que cuando te agarre la bronca te alienes con algún hobby no muy complicado, que te distraiga un poco. O mejor: consolate pensando en lo peor que están tus cuñadas, mis queridas tías.

¡Vamos, vieja, que te queda mucho por delante!

Tu hija, que te quiere

Señor Redactor de la Revista Solo Fútbol:

No tenés razón y te lo voy a demostrar como que me llamo El Hueso. Lo que vos escribís es una vergüenza para el futbol y no me explico cómo no hay nadie en la Revista que no te haya echado a patadas (...todavía). ¿Cómo me vas a decir que el nene Di Pietro es apenas una promesa? ¿Qué hace falta para que lo reconozcas? ¿Que el pibe vaya a tu casa y le explique a la patrona que los primeros cinco fauls son cruciales y deben ser nuestros? ¡Por favor!

Nosotros, los Puro Tablón, apoyamos al equipo, pero especialmente a los que no se tiran nunca para atrás. Y al pibe Di Pietro lo venimos siguiendo desde las inferiores y nunca mezquinó pierna ni codo; así que no me vengás con la gonzada de que le falta un poco de técnica. Al pibe le sobra lo que hay que tener y no creo que a vos te alcancen para mucho.

A ver si aprendés de una vez que los partidos se pueden ganar o perder, pero siempre se luchan y lo que se deja en la cancha no es solo sudor. ¡Los de pecho frío ni transpiran; apenas destilan un poco de agua sin gas. Esto lo debés saber bien vos que escribís fifí cucú para los de la platea techada. Estoy seguro que los partidos los mirás por tele y sin sonido para no escucharnos a nosotros o los ruidos de patas golpeadas. Te lo juro por nuestros trapos más sagrados que si no cambiás te vamos a declarar persona no grata y no vas a poder entrar a ninguna cancha. Ni al fulbito del bar te vamos a dejar pasar. Para juntar alguna biyuya vas a tener que comentar los partidos del béisbol.

Y no pongás cara de canchero que te vamos a buscar y me vas a conocer personalmente en persona. Espero que estas palabras te hagan escribir cosas como la gente del pibe Di Pietro y de nosotros.

Se lo saluda atentamente y con respeto. Se espera recíproca.

Nena:

Hola. Sabés que no me gusta escribir cartas y menos a alguien que vive en mi propia casa, pero sos mi hija y me dice tu madre que estás saliendo con un chico de buena familia que te invitó a comer a su casa. Te escribo porque siempre ya estoy durmiendo cuando vos llegás a la noche - según cuenta tu madre - de la facultad (¡seguramente inauguraron el turno madrugada!).

Bueno, leelo que es para tu bien.

Cuando vayas a la casa de esa gente (como la gente) no hagas papelones. En primer lugar, aunque es tema de tu madre, bañate lo mejor que puedas (todo el cuerpo) y vestite decente. No uses demasiado escote, pues el padre o algún hermano del muchacho puede tener el alma lábil y la madre se va a dar cuenta y puede pensar que lo hacés a propósito.

Al llegar no digas “ ¡salú a la barra!”. Cuando te inviten con algo para tomar, no tomes de la botella, ni hagas gorgoritos ni buches. No tires los puchos por la ventana ni escupas (por los colmillos) pensando que no te ven. Llevá unas zapatillas limpias (¿para qué te voy a decir que te pongas zapatos?) y no las apoyes sobre los sillones.

Antes de ir, comé liviano así tu estomago está tranquilo y, por favor, nada de ventilarlo.

Cuando converses con esa gente, cuida tu vocabulario de carrero, que huele a ganado en pié, bastante sucio.

Ponete un poco el perfume de tu madre y no uses el tuyo que parece pis de mono con droga. Recordá que el pelo amarillo, verde y violeta oscuro sólo les puede gustar a tus amigos fumados y perdidos, que se pasan media vida en la chirola.

Estoy seguro que estos consejos van a caer en saco roto, como todos los que te he dado, pero esto es común desde que existen los padres y los hijos. Con la plata que gastamos durante estos años en tu educación podríamos haber comprado - como decía el abuelo - 20 lindos chanchos, que si se hubieran multiplicado naturalmente serían hoy más de 300 y viviríamos en un chiquero, como es esta casa, pero con un poco más de plata, o jamón, al menos.

Beso,

Tu padre, ausente con aviso

Pa:

Ayer me llamó Bepo. Me dijo que vos le pediste que me dijera que el abuelo quería ...

La verdad es que me podías haber llamado vos. Bepo será el escribano del abuelo, pero no es de la familia. Vos creo que sí. Y yo también. El que parece de otra rama es el abuelo.

¿Me querés decir por qué se empecina en que hay que hacer una sociedad anónima para una estancia, que sólo tiene vacas, una casa

vieja y unos galpones con un olor insoportable? Tanto lío por una simple estancia. Ni que fuera un shopping. Bepo me dijo que es importante y que el abuelo está apurado. ¿Y yo? ¿Cuántas veces por año estoy de vacaciones con mis amigas? ¿Te imaginás la cara que van a poner cuando les diga que tengo que ir a una escribanía a firmar no sé qué papel? ¡En pleno enero y en Punta! Me van a cargar el resto de los cuarenta y cinco días que faltan.

Se lo conté por teléfono a Charlie – que te comento - cada vez está más serio. ¡Ya trabaja! ¡Y con este calor! Empezó (¡hace ya una semana!) a ir un par de horas a lo del tío abogado, que está encantado y lo va habilitar en cualquier momento. Me dijo que si eso sigue así va a retomar la facultad. Así que no vas a poder quejarte más de él. ...Si lo ves, pedile disculpas. Hasta el quince está allá, después se viene con los viejos para acá a descansar.

Bueno, Charlie opina que me tengo que meter las pilas porque ya tengo casi diecinueve (aunque a vos te cueste reconocerlo y todavía me mezquines el coche grande) y es necesario que lea lo que firmo, porque con los escribanos no es chiste y no podés decir después “no me acuerdo o estaba distraída o no escuché bien porque mis amigas estaban oyendo música de las Golden Girls”. Como ves cada día sabe más. No sé si sabías que si firmo es peor que el pelito para la vieja. Me lo dijo Charlie.

Bepo dice que es una autorización para no sé qué de no sé cuánto, que el abuelo necesita para no sé qué cosa. Yo voy a ir a firmar a Montevideo, pero que no empiecen -vos y mamá- con que tiene que ser antes del viernes. Mirá que me puedo agarrar una rabieta y me vuelvo a Buenos Aires y les va a resultar más insoportable el horroroso verano de allá. Voy a inventarles a las chicas que me encuentro con tía Charlo, que ellas no conocen, así no preguntan mucho.

Si lo ves al abuelo contale de mi sacrificio y que lo hago por él. Bepo me dijo que es para que la estancia quede en nuestras manos cuando el abuelo no esté. ¿Y en manos de quién va a quedar? Yo creía que era de la familia... ¿No podés hablar con alguien para que hagan las cosas más sencillas? Consultalo con Charlie que tiene sangre joven.

Besos, estoy bien. Saludos a la vieja

PD. ¿Cómo están Coqui y Tuca? Decile a María que los bese mucho diciendo fuerte mi nombre y que los lleven todos los días a mi pieza un rato para que no me extrañen demasiado. Insistile a María que les saque todo el jabón cuando los baña y que los seque bien.

Tu hija (¡que está de vacaciones!)

Querida hermana en la fe:

Como Usted está cuidando a una tía suya, le acerco algunos pensamientos para que la ayuden a no olvidarse de sus deberes. No me lo agradezca, pues, está escrito Ef. 5, 13 “La mujer debe seguir al marido” Y aunque usted no sea mi esposa, la cosa se aplica igual, pues yo soy el pastor y usted una de mis ovejas, que deben seguir al pastor, que soy yo. Y como dijo el Señor: Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma tiene que ir a la montaña, aunque sea caminando. En este caso voy por correo.

Usted sabe bien que debo hacer cumplir a mi rebaño con la ley primera que manda que cada lechón esté en su mamadera (es una pequeña adaptación - de mi invención- sobre el duro refrán). Y creame que esto –

lo de los lechones - no es fácil, pues siempre está cerca la posibilidad de que, con tanto animal suelto, me conviertan el Templo en un chiquero.

Si Usted tuvo que irse, el pastor es el que tiene que salir a buscarla, como un padre pródigo; pero no puedo abandonar la hacienda que me ha sido encomendada (que me gustaría que fuera del mismo pelo y que las ovejas no se parecieran tanto a gallinas cacareantes). Por eso le mando esta carta, que es como si fuera yo por escrito.

Como le decía hace algún sábado atrás: tenemos que cuidarnos de las tentaciones. Hay cosas que están prohibidas dos veces... y si no, fíjese que el Señor, que era de nuestro mismo palo, de los diez mandamientos, le puso dos al sexo. ¿Y sabe por qué? -Porque sabía que no era moco de pavo y que con uno no alcanza, especialmente cuando uno está tentado y la mujer de la que se trata es regordeta, así como usted.

Aún los pastores estamos rodeados de leones. Le cuento que el otro día soñé que tenía una tentación, y oí clarito una voz que decía que los rinden al culto al vientre serán traspasados durante toda la eternidad por la espada flamígera del arcángel Gabriel. Cuando me estaba despertando, estreñado de miedo, escuché clarito que la frutilla de ese postre son algunos ángeles y serafines medio raros que hacen cola para tirar una flechita a la pobre espalda posterior de uno.

Le escribo esto porque mi deber es aconsejar y no sólo gritar Aleluya en el Templo y entrar en trance. Pero que quede claro que hay que ir al Templo. Especialmente los sábados, pues ese día es el culto y también porque el fin del mundo va a ser en sábado, pues ese día Dios descansó después de crear al mundo, y estoy seguro que va a descansar nuevamente cuando ya no tenga que aguantar nuestras cabronadas, con perdón de su cara.

Yo remarco que el fin del mundo va a ser en sábado, que es un día que no se trabaja y los ángeles que nos van a venir a buscar nos van a

encontrar a todos juntos en el Templo, y nos van a agradecer que no tengan que ir casa por casa, como pasó con los judíos en Egipto, que tuvieron que recorrer la ciudad como si estuvieran haciendo un censo o juntando hacienda en descampado. Es mejor que nos encuentre un ángel en nuestro Templo y no un angelazo enojado en rodeo ajeno. Esta semana voy a predicar sobre una forma buena de llevarse bien con el Patrón, que es pagar el diezmo, que no es más que un anticipo que después se descuenta en cielo. Seguro que si uno quiere tener mejor lugar y estar cerca del escenario, con el diezmo le toca campo y con un quince o un veinte se consigue sector vip. Los que llevan la contabilidad de esto son los mismos ángeles que van a venir por nosotros y ojo que son muy vivos: no hay vizcacha que se les escape, pues ven las cosas de arriba (en caso de los escotes, no tienen cuerpo material para andar mirando eso, que no es malo, pero a veces distrae, como a veces me pasa a mí con las de la primera fila, que se sientan como si estuvieran de entrecasa, que todo tiene su medida). Voy a aprovechar para insistir en que si les han echado el mal del ojo o les han acercado algún otro mal bravo, de esos que lo postran a uno, tipo la culebrilla o la jaqueca del centro de la cabeza, tenemos disponible el Relicario Santo del Agua del Río Jordán, que viene en varios colores (el relicario, no el agua) y que sirve para limpiar todas esas porquerías que manda la gente que anda en mala junta con el Diablo. No se olvide de que Números versículos 20 y siguientes, lo dice dijo clarito: “No pasarán ni aunque vengan degollando a dos manos”. Si usted siente que la ojearon, póngase un poco del agua del Jordán y rece esta oración : “ Vos fulanita..... (aquí diga el nombre de la persona): Que te recontra y que lo que gastaste con la bruja lo tengas que gastar en remedios caros”. El nombre de la fulana debe ser pronunciado despacio

y con asco. Verá cómo se le da vuelta la tortilla a esa desgraciada sin corazón.

Lo mismo si nota que su marido se excede con el futbol por la tele y deja siempre para mañana los deberes conyugales. Frótelo con esa agua y verá cómo cambia. Lo ideal es que se haga en las partes, pero conozco casos que con ponerlo en la almohada ya resultó y el hombre volvió a lo suyo. Si se anima con las partes, le recomiendo que si hace frío; la entibie un poco (al agua). Tenga en cuenta que hay algunos que es al ñudo que lo fajan, porque la cosa debe venir fallada de fábrica. Y esto, agradeciendo al cielo, lo sé sólo de mentas.

Le mando un caluroso saludo. Lo más espiritual que puedo, pues los pastores también somos humanos... o casi. Y con el correr de las palabras uno se va entonando, y mejor paro por acá.

Que el Señor la bendiga y la colme de las mejores bendiciones espirituales y de las otras, que usted, no puede quejarse, pues tiene bastantes y bien distribuidas... Bueno, yo me entiendo y espero que usted algún día también.

Reciba un abrazo de pastor a oveja especial.

Su Pastor Encargado

Viejo:

Disculpe que lo haga por escrito, pero la vieja no se atreve a decírselo y a mí no me da el cuero. No es fácil para mí tocar este tema. A los hombres les importa sólo que las mujeres cumplan y no lo que debemos

soportar para ello, y una se tiene que arreglar como puede. Le quiero aclarar que resistí todo lo que humanamente pude y si aflojé es porque no aguanté más. Ojala me pueda entender y no lo tome como una traición. Sé que no es fácil y más si usted es mi papá y tengo que hablarle de un tema de honor familiar. Mama me comprende, pero dice que no vale demasiado la opinión de ella, y que el más afectado, como cabeza de la familia, va a ser usted. No creo que se trate de un deshonor, pero por ahí mi opinión no pesa tanto como la tradición de la familia. Sepa que me estoy jugando sola en este tema y le aclaro que también sola voy a asumir toda la responsabilidad. Me gustaría estar acompañada, pero no siempre se puede y mejor sola que mal acompañada. Espero que Usted y la familia entiendan y me acepten. No espero que me ayuden, pero reclamo consideración en este delicado momento.

Y, como usted me enseñó, voy directo al grano: Le dejo en la puerta de su dormitorio los borceguíes que me regaló por si quiere dárselos a alguna prima. La policía no es para mí.

Ayer renuncié a la Escuela de Cadetes.

Su hija que lo quiere con o sin uniforme.

PD. Espero que no me conteste con su consabido: Izquierd, Derech, ¡March!

Señor Juan Carlos:

Sabemos que la presencia del abogado Angel B. Pace en el expediente “Romualdo Alvarez o Romildo Alves o Alvaro Ronildo o Alvarado Ronaldo s/ delito reincidente arts. 246, 278, 290 inc.2 , 334 art 7 y 357 inc. 3,7 y 9, y concomitantes”, es porque usted le pidió que interviniera.

El abogado Pace parece que fue compañero suyo del secundario, le hizo la sucesión de la casa de su papás y lo ayudó mucho en la adopción de los mellizos. Hasta nos enteramos que es profesor en el Colegio Parroquial, adonde van ahora los chicos.

Su hermana (de usted) insiste en que su marido (el de ella) está acusado injustamente y eso lo movió a usted (Juan Carlos) a pedirle a su amigo abogado (el Dr. Pace) que se presentara a defender a su cuñado (el marido de su hermana) de las “falsas acusaciones” que le “pusieron al pobrecito”.

Vamos al grano, Juan Carlos: dígame a su amigo abogado que se borre. Su cuñado es cliente viejo de este estudio y la presencia de otro abogado complica el juicio y la relación con nuestros verdaderos clientes, los patrones de su cuñado. Además empasta la aceitada relación que venimos construyendo con los muchachos de Tribunales, que andan desorientados por la presencia de este “boy scout codificado”, como se comenta que lo llaman en el Juzgado.

Quizá su hermana se olvidó o desconoce – cosa que nos parece rara – que su cuñado, que tiene varios alias por nombre y apellido, trabaja para nosotros en asuntos confidenciales, donde se destaca por su profesionalidad y a veces por apartarse de las normas. En este caso, las de sus patrones... Que según es público y notorio, es lo que sucedió en el último trabajo, donde parece que se le quedó algo entre las uñas..., las manos, los brazos y los bolsillos.

Da la sensación de que usted es el único que se tragó que ganó dos veces seguidas la lotería.

Este estudio es un convencido de que todo se arregla en paz. Por eso tenemos en la sala de espera una foto de Gandhi y otra de Luther King, aunque algunos dicen que las ponemos como trofeos, cosa que no es cierta, aunque no la negamos del todo, pues el temor es el principio de la abogacía.

Y volvemos al grano: después que su amigo abogado se borre podremos llegar a algún acuerdo, por el que su cuñado pueda volver con su hermanita, si devuelve antes algo que se olvidó de entregar.

Reiterándole que la ley es dura y el cuerpo blando, lo saludamos seriamente, que,

SERA JUSTICIA

Estudio Jurídico de Cobranzas Tardías pero Seguras

Reverendo padre espiritual:

Soy el novicio Horacio. Como me sugirió le escribo mientras usted está ausente ayudando en el Sínodo. Lamento decirle que pasé varias noches a puro cilicio y lacerando mi espalda con duras cuerdas.

Recién acabo de darme una ducha fría, según me recomendó... Pero todo es en vano. Sigo tentado. No puedo parar los pensamientos.

Usted me ha dicho que no piense en las mujeres, pero yo no las llamo. Vienen solas y a veces de a muchas. El otro día, mientras me flagelaba, se me cruzó una que estaba vestida de ¡novicia! Y no le cuento, por respeto, lo que me pasa cuando me concentro en castigar mis partes bajas.

Cuando medito en que toda carne perecerá, se me hace que eso es sólo para los vegetarianos. Hasta tengo miedo de que cuando miro las estampitas hasta las santas se me insinúen.

Recuerdo lo que usted me repite que el sexo es una cosa encaminada sólo a la procreación y que fuera de eso es pecado, pero a mí, cuando estoy tentado, hasta la procreación me vuelve loco.

La otra noche soñé que era musulmán y tenía cuatro mujeres. Cuando me desperté me asaltaron dos dudas. La primera si semejante sueño no era una falta de fe y la segunda si cuatro me iban a alcanzar.

Sé que debo pensar en otras cosas. Se lo he escuchado muchas veces –hasta algunas con tono militar – pero cuando trato de hacerlo, me parece oír a Satanás riéndose de mis esfuerzos y regodeándose de su triunfo. Me imagino que mi ángel de la guarda debe estar horrorizado de las cosas que ve en mi mente.

Lo de que piense en mi madre funciona, pero hasta ahí, pues entonces se me vienen encima las tías.

Bueno, padre. No quiero robarle tiempo, pero necesito hacerle dos preguntas que me vienen rondando desde hace tiempo: Una es: si seré bipolar. Y la otra: ¿Yo habré nacido para la castidad?

Suyo en la Esperanza.

Su novicio tentado

Estimada Tati:

Sé que fuimos compañeros del secundario y que también nos cruzamos varias veces en el ingreso a la Universidad, cuando vos te anotaste en psicología y yo en ingeniería mecánica... Pero eso no te da derecho a que cuentes estupideces en facebook. Es cierto que una vez te “acompañé” a comprar ropa interior, pero fue porque nos habíamos encontrado y yo me puse a charlar con vos. ¿Qué sabía yo que entrábamos a una lencería temática? Además, eso no significa nada. Cuando vi lo que estabas por comprar salí y no volví a entrar. Vos sabés que te esperé dos negocios más lejos.

Te lo vuelvo a decir: dejate de molestarme con insinuaciones extrañas. Soy una persona seria y no quiero tener nada que ver con tus mensajes provocativos, que si bien no están sólo dirigidos a mi... ¿cómo le explico a mi novia, que no soy, ni fui parte de estas historias? Ella dice que por algo estoy en tu lista de contactos...

No sé qué pasa que no puedo borrarame de tu lista, pero te aclaro que si seguís haciendo circular puerquedades, tengo un amigo que estudia derecho, que está averiguando a ver si te pueden sacar de internet y así se termine tu maldita distribución de sexualidades casi colectivas, con material que incita a la pornografía, donde vos tan cómodamente te movés.

¡Con la educación que te dieron y lo que deben haber gastado tus padres tratando de llevarte al buen camino! Pero, no hay caso, la cabra al monte tira y no me vengas con el de Venus, que no soporto bromas cuando ando caliente (ojo, aclaro, porque te conozco, en el sentido de bronca u odio espeso, que es lo que siento cuando faltan al respeto así). Leí en tu facebook que pensás escribir un libro con tus amigas.... En vez de libros, ustedes deberían escribir en los mingitorios del Bajo Flores, de donde provienen seguramente esas amigas tuyas que andan

desparramando sus partes por todos lados, como si no tuvieran ropa interior.

Te ruego, pará con esas miraditas inteligentes de aprendiz de psicóloga superada, que me llenas de ganas (no de las que vos pensás) de ponerte (seguí leyendo antes de hacerte ilusiones) en vereda Y...psicóloga, qué asocias con vereda? Qué pornografía se te representa?

...Terminala, que no se puede hablar con vos!!

Chau y nada más que con el cariño de siempre

No te saludo mejor porque seguro que me contestas una guarangada!

Daniel, sólo excompañero

Estimade@xs consorciste@xs:

Tenemos el mal agrado de dirigirnos a tode@xs y tode@xs para poner en su conocimiento una situación que les va a complicar un poco la vida y el bolsillo, y sobre la cual – en esta oportunidad – nuestra Administración no tiene arte ni parte.

En el día de la fecha se apersonó al portere@x - o mejor, al señor Encargado, como le gusta que lo llamen – un hombre@x moroche@x, más bien grandote, que sin permitirle preguntas ni respuestas, le mostró un papel por el cual, él (el moroche@x) debía cortar el suministro de gas de todo el edificio. Según siguió diciendo el susodiche@x, alguien denunció que había olor a gas en las inmediaciones de la vereda. Y

como la empresa es muy seria desde las últimas explosiones, mandó cortar el gas de todo el inmueble.

Como la denuncia es anónima no pudo dar los datos de filiación ni otras identificaciones del responsable@x olfative@x. Y así, sin aceptar comentarios ni otros impedimentos, procedió a bajar al sótano y a cortar y sellar la llave general del suministro.

A la hora y pico de este sucedido, el portere@x – encargado llamó a esta Administración (no lo hizo antes porque ya estaba cerca su horario de reposo al mediodía) y nos informó de que el hombre@x había dejado un papel oficial donde dice lo que hay que hacer para que nos reconecten en un futuro más menos cercano (más menos que más).

Parece que la cosa es seria y ya viene sucediendo en muchos barrios con edificios más importantes y serios que el habitado por ustede@xs.

Desgraciadamente se va a tener que revisar la columna maestra, la caldera en desuso y después van a venir a revisar cada una de las unidades para ver si cada departamento está en regla con todos los piripipí que exige la Empresa.

Como se entiende desgraciadamente, le@xs propietarie@xs van a tener que pagar un extra de expensas extraordinarias, porque vamos a tener que llamar a une@x gasiste@x matriculade@x en serio y dejar de lado la buena voluntad de Pepe, nuestro arreglatodo a precio controlado. Por suerte el hombre que vino dejó una tarjeta (sin compromiso) de un matriculade@x amigue@x, que tiene precios tranquilos (parece que hasta de cuotas se puede hablar) y es conocido de ellos (la empresa o alguno de los mandamases).

O sea, que le@xs señore@xs consorciste@xs se va a tener que hamacar (Nosotros como administración haremos de mediadores) pues el invierno está cerca y sin gas va a volver la época de los sabañones y del calefón a alcohol.

No queremos dejar de señalarles el lado positivo de todo esto: al no haber gas, las facturas de ese servicio van a ser mucho más chicas, aunque siempre van a cobrar algo, por principio empresarial.

Resumiendo y definiendo, Esta Administración los cita a tode@xs y todoe@xs en forma clara y unívoca a una reunión de emergencia en el palier, mañana a las siete y media de la tarde. Temario con único punto: ¿qué hacemos con lo del gas? O sea que no se tratarán otros temas. Así que no salgan a hablar o a quejarse, que siempre le@xs que no están al día con el pago de las expensas son los primere@xs en levantar infundios. Y los honorarios e intereses que cobramos son los de ley y a veces menos.

Quedan ustede@xs notificate@xs mediante esta notificación colocada en la puerta de entrada (del lado de adentro).

Administración Consorcio@xs para Tode@xs y Tode@xs

El Ñato Albornoz

Lo llamaban el Ñato. El Ñato Albornóz. Con mucho acento en la última o. Medía más de un metro noventa, era flaco, desgarrado, tirando a grandote. Siempre se sabía por dónde andaba...por la voz. Cuando hablaba todo temblaba a su alrededor. No era una voz, era un vozarrón. Desde siempre vivía en 25 de Mayo, provincia de Buenos Aires y trabajaba en el ferrocarril; en el del Sud.

Cuando lo conocí, él era un hombre y yo un chiquilín de pantalón corto y buena mano para la bolita cola. Él ya era Guarda. Estaba encargado del vagón de encomiendas del tren que iba y volvía a 25 de Mayo. Su tren salía de Constitución todos los días, hacía trasbordo en Temperley, pasaba por Saladillo y llegaba después de un buen traqueteo al pago de 25 de Mayo, donde vivía mi familia antes de venir para la Capital y radicarse después en Lomas.

El Ñato Albornóz aparecía de vez en cuando en casa. Los pibes de barrio lo veíamos llegar con su uniforme de guarda: pantalón y saco

gris, de tela más bien dura, una chapa de metal plateado en la solapa que decía “Ferrocarril del Sud – Guarda” con un número que lo identificaba, y saliendo de uno de sus bolsillos un talonario de boletas con una birome atada a un hilo-. Siempre venía con una canasta bajo el brazo y siempre con su vozarrón fuerte y alegre. Venía a visitar a mi abuela, pues su mujer era no me acuerdo bien si prima, cuñada o ahijada de ella.

Nunca vimos bien qué llevaba en la canasta. Estaba cubierta con una especie de repasador azul a cuadros. La abría para darle a la abuela algún paquetito que le enviaban y para poner algún otro paquetito que ella le daba. Pero siempre el misterio de su canasta y el retumbar de su voz.

Pasaron los años y el Ñato Albornóz se fue esfumando como nuestros tiempos jóvenes. Un sábado decidimos ir con mis hermanos a recorrer los lugares que habían poblado las historias de los viejos de la familia y de nuestros mitos infantiles.

Llegamos a 25 de Mayo, paseamos por sus calles tranquilas, recorrimos su Iglesia, los Colegios y en un almacén cercano a la estación de trenes abandonada, adonde fuimos a tomar algo mientras andábamos en busca de fantasmas familiares, no sé cómo salió el nombre del Ñato Albornóz. Y un hombre se nos acercó y nos contó una historia.

Parece que la cosa empezó en la casa de Chichita Álvarez Pinedo, que había heredado de su padre unos campos en los pagos de 25 de Mayo. Todos los veranos Chichita los pasaba en la estancia y se traía de Buenos Aires a algunos parientes, una parte de la servidumbre, algún libro y a su perrito adorado, Ling Yu Tang, de una especial raza china, llamada Shih Tzu Su, que antes se reservaban los emperadores para ponerse entre las mangas y paliar el frío, y que

ladran muy poco: cosa bastante conveniente en este caso, por el carácter un poco bravo de su dueña.

Chichita viajaba al campo después de las fiestas y su querida mascota era llevada unos días después, pues en enero se le vencían las vacunas al animal y ella no quería que su perrito fuera tratado por veterinarios pueblerinos, expertos en vacas grandes. Como siempre, ese año encargó a Alfredo, su chofer que el miércoles siguiente, apenas recibidas las dosis en la veterinaria de la que era clienta, llevara el perrito en su jaulita especial a Constitución y se lo enviara por ferrocarril. Ah! Y que no se olvidara de ponerle el bebedero y de pedirles a los del Ferrocarril que cuidaran de que no le faltara agua durante el viaje. Ella iba a mandar a Miss Newton, antigua preceptora inglesa de sus hijos y ahora su dama de compañía a buscarlo cuando llegara el tren.

El perrito recibió las vacunas una tarde y Alfredo, el chofer, se aprestó para cumplir el encargo de su patrona. A la mañana siguiente subió al perrito y su jaula, con el bebedero al coche, escribió “Newton” y “25 de Mayo” en un papel y le pidió al ayudante de jardinero que lo acompañara.

-Hoy tengo que hacer varios encargos de la señora –le dijo al muchacho mientras arrancaba- y no quiero perder tiempo en Constitución buscando un lugar para estacionar. Ahí no puedo dejar el coche en cualquier lado, así que te llevo para que vos hagas el trámite, mientras yo te espero en el coche. Vos bajás con el perro ya dentro de la jaula. Bien al fondo de la Estación, vas a ver una oficina grande que dice “Cargas y Encomiendas”. Entrás y sólo tenés que decir que querés mandar la jaula con el perro a 25 de Mayo, Provincia de Buenos Aires... Allí van a escribir un papel, que se llama Guía. Acordate: 25 de mayo, Buenos Aires. Y aclará que quien lo recibe es

Miss Newton. Acá lo tenés escrito. Fijate que lo copien bien. Y, ojo, controlá que no te cobren más de lo que esté escrito en la Guía. Ah! Y pediles que no se olviden de ponerle un poco de agua durante el viaje.

-¿Guía? –preguntó el muchacho, que en su vida el trámite más complicado que había hecho había sido tirar al buzón una carta de su mamá-.

-La Guía, sí. Es para saber a dónde lo llevan. A vos te van a dar una copia. Mirá que pongan bien 25 de Mayo y el nombre de la Miss. Ah! Si no me encontrás a la vuelta es que algún policía me hizo circular. No te pongas nervioso. Esperame donde te dejo.

Al llegar a la Plaza Constitución, el chofer estacionó a un costado y se quedó mirando para todos lados por si venía algún policía. El aprendiz de jardinero se bajó del coche y caminó hacia la estación y al rato encontró el cartel que decía “Sección Cargas y Encomiendas”.

Todo anduvo bien. El empleado tomó la jaula, la puso a un costado y comenzó a llenar la Guía. Puso el destino, copió el nombre de la Miss del papel que le daba el muchacho, que le estaba diciendo

-Me pidieron que dijera que no se olvidaran de darle un poco de agua. El empleado no contestó ni comentó nada, estaba concentrado en observar al perrito que estaba acurrucado en la parte de atrás de la jaula

-Che, ¿de qué raza es? –preguntó de repente-. Parece un gato peinado.

La respuesta que recibió del muchacho fue una mirada azorada. El empleado saltó la respuesta y volvió a la carga

-¿Sabés cómo se llama?

-Me parece que se llama Lintután, o Yucatán... o algo así. ¿Es necesario?

- Está bien. Pasá por Caja con la Guía... El agua no te la cobramos. Es atención de la casa. Ahora si quiere alguna bebida alcohólica, es otro precio.

Sin entender mucho el muchacho pagó, vio cómo pegaban una copia de la guía en la jaula, recibió la otra y salió a la calle. Encontró al chofer y le dijo que no había sabido el nombre de la raza del perrito ni el nombre. El chofer leyó la copia de la Guía y le dijo:

-No te preocupés, pibe, está todo bien. El nombre de la raza sólo lo saben la Miss y la Señora: es un nombre en chino. Cosa de gente fina, viste... El perro siempre llega. Lo importante era poner 25 de Mayo y el nombre de la Miss.

Y así, ese miércoles al mediodía partió del andén 10 de Constitución la formación 223 con destino a 25 de mayo, Provincia de Buenos Aires; rápido hasta Temperley; después parando en todas y con bajada de carga y toma de agua para la máquina en Saladillo. Como era habitual el tren estaba a cargo de un maquinista y su foguista, encargados de la conducción y alimentación de la locomotora, un Guarda general para control de pasajes de los pasajeros y un Guarda a cargo del Vagón de Encomiendas y Correspondencia.

El Ñato Albornoz había llegado con su canasta y tomó servicio temprano. Antes de partir había controlado el ingreso de la carga y su distribución en 'su' vagón. Entre Constitución y Temperley ordenó prolijamente la documentación y repasó la mercadería "frágil" que llevaba: unas damajuanas de vidrio en sus cajones protectores de madera, que llevaban aceite suelto, una caja grande conteniendo velas de cera para Iglesia, un bulto grande que decía "zapatos" y una jaula chica que llevaba pegada la guía, que sólo decía "M. Newton –

25 de Mayo”, con un extraño perro, que no ladraba ni se movía. Sólo respiraba fuerte y entrecortadamente en el fondo de la jaula.

Albornóz siempre colocaba la jaula con animales cerca de su banquito, así los tenía a mano para darles un poco de agua y echarles algún grito si se desmadraban demasiado.

No era éste el caso del perrito que le tocaba llevar en ese viaje. Por el contrario, el poco ruido y demasiado silencio llevó al guarda varias veces pegarle a la jaula algunos golpes con el taco del zapato. El perro no ladraba, pero aumentaba el ruido de su respiración.

No más pasar Temperley llegó la hora de preparar el mate. Cuando Albornóz llenó la pava echó un poco de agua en el bebedero, sin abrir la jaula, como mandaba el Reglamento. Como el perro no se movió, volvió a darle un pequeño golpe con la punta del zapato en la jaula y al escuchar el jadeo, se desentendió. Al rato cayó su colega que había controlado los pasajes, quien le comentó que todo andaba bien. Matearon, hablaron, se quejaron del calor y de los jefes, y así fueron llegando a Saladillo. El colega volvió a sus quehaceres de avisar que se estaba llegando a una estación importante, por si había alguien dormido o distraído.

Albornóz bajó las cajas, paquetes y bultos que tenían ese destino, entregó algunos a quienes venían personalmente a buscarlos y ayudó a cargar los restantes en una en una especie de carretilla grande que había en las estaciones para trasladar las mercaderías al depósito.

Cuando terminó, saludó a algunos conocidos de la estación y lentamente subió. Fue entrar al vagón y darse cuenta de que algo no andaba bien. Su intuición le decía que había pasado algo. Miró alrededor y vio todo en orden... salvo la jaulita del perro. ¡Estaba con la puerta abierta!... Y vacía!!!

Miró en todos los rincones, bajó y miró hacia los costados, se agachó y miró debajo del vagón, cruzó hacia el otro lado de la vía, corrió hasta la Sala de Espera, la boletería y la placita que tenía la estación enfrente. Y nada. Le preguntó a dos paisanos que estaban charlando si habían visto un perro chiquito y éstos lo negaron y se quedaron mirando la cara de preocupación del pobre hombre.

Con desesperación, Albornóz corrió hacia donde estaba su colega y le contó la desaparición. Entre los dos repitieron la búsqueda. En eso estaban cuando oyeron la pitada de aviso de que el tren iba a partir. Corrieron y lo pudieron convencer al maquinista que esperara unos minutos. El maquinista les creyó más a los ojos de miedo que a las palabras que farfullaban.

Todo fue inútil. Al rato, con la cabeza gacha y los hombros caídos subieron al tren que lentamente y sin ganas empezó a moverse.

A partir de allí, el Guarda de pasajeros no revisó más los boletos, pases y abonos, porque estaba con Albornóz, tratando de ayudarlo en su problema y en cómo salir del atolladero sin demasiados magullones.

En las siguientes estaciones algunos que estaban descansando en las estaciones, cansados de descansar en otros sitios, vieron bajar a dos guardas que llevaban una bolsa grande de arpillera. En una de las estaciones también los vieron subir con la bolsa llevando algo que se movía adentro. En esa estación comentaron días después que hacía un tiempito que no veían a uno de los perros que pasaban el día al sol en el andén. En otra estación dicen que vieron al Albornóz inclinado sobre la jaulita y aprovechando que el tren estaba quieto, intentando escribir algo con su birome sobre la Guía que estaba pegada en una jaula.

Cuando el tren llegó a 25 de Mayo, el colega de Albornóz desusadamente no acompañó charlando a los pasajeros. Prefirió estar con su compañero en el vagón de Encomiendas. Entre ambos, con una tranquilidad llamativa abrieron la puerta del vagón y comenzaron a bajar la carga. Mientras lentamente la estación se vaciaba de gente, una señorita mayor, alta, flaca, rubia grisácea, con lentes, vestida de blanco y con una sombrilla llena de puntillas se les fue acercando y con voz acostumbrada a mandar, les dijo en un castellano libresco:

-Soy Miss Newton. Vengo a por el perro.

-¿A qué? – preguntó Albornóz con la voz más suave que sabía hacer.

-La jaula con el perrito – simplificó la señorita.

-Ah! Ya se la bajo.

El guarda colega dio un paso al costado y rezó a los santos que conocía y a algún otro para que todo pasara rápido y más o menos bien. Albornóz bajó trayendo la jaulita con esfuerzo

-Acá está. Todo suyo, señora.

-¡Señorita! Soy Miss Newton...

Y antes de que terminara esa pequeña frase, la Miss estaba inclinada sobre la jaula donde estaba apretado un perro atorrante - cinco veces más grande que Lin Yu Tang - y que tenía el susto de su vida en los ojos y el bebedero pegado a su lomo como si fuera una ventosa.

-¡Este no es el perro!! ... ¿Pero, qué es esto?!! ¡Bájeme a Lin Yu Tan, el perro de la señora Alvarez Pinedo!!

-Señora, este es el único perro que transportamos.

Miss Newton reconoció la jaula como de Ling Yu Tan y se horrorizó del perro que venía adentro con la lengua impúdicamente afuera. Con agilidad llamativa para sus años se inclinó a leer la Guía que venía pegada.

Albornóz se le adelantó y leyó en voz alta:

-Acá dice Miss Neuton...

-Newton – corrigio la Miss.

-Está bien. Ñeu...uton, como quiera. Y acá con letra clarita de birome qué es lo que dice? –preguntó-.

-No sé. ¿Qué dice? -Se sofocó la inglesa.

-Donde dice “ Animal transportado” dice clarito: “Pichicho”.

-Cómo “Pichicho”?

-Sí, señora, la Guía dice “Pichicho” y eso que está en la jaula es un pichicho. Así que señora Neuton acá está su Pichicho.

Miss Newton trató de calmarse y no perder su flema. Se acomodó bien los anteojos y corrigiendo una vez más la pronunciación de su nombre, se inclinó para ver de cerca la Guía de la jaula, pero no pudo. Una cosa tibia, húmeda y pegajosa le comenzó a recorrer la cara y los anteojos. ¡No lo podía creer! ¡No podía ser que le pasara a ella! ¡...El perro la estaba lamiendo! ¡El sucio animal no paraba de lamerla!!

A pesar del ruido de los lengüetazos pudo escuchar, entre sombras, el vozarrón de Albornóz que atronaba la estación:

-Tranquilo, Pichicho. Tranquilo, que ya Miss Neuton, lo lleva a casa. Por primera vez el carrito de Encomiendas fue utilizado para llevar a una persona hasta la Sala de Espera. Miss Newton no iba en una posición muy elegante, pero no estaba sola. El pichicho aprovechaba la cercanía para seguir lamiendo a sus anchas la cara de la desvanecida Miss. Más atrás venía Albornoz, que con la canasta vacía bajo el brazo, ahora dividía sus cuidados:

-Tranquilo, pichico. Tranquilo... Tranquila, Miss Neuton, tranquila.

La madre Superiora, el Coronel Silencioso y yo

- La madre superiora lo anda buscando. Dice que es urgente- me dijo la secretaria del colegio-.

Hace un año que soy profesor de Derecho Usual y Práctica Forense en cuarto año comercial del Colegio de la Inmaculada en Lanús. Son tiempos de apertura y el tradicional colegio de monjas francesas abre sus puertas a los primeros profesores varones. Uno es contador y papá de una alumna y el otro soy yo, el serio novio de una exalumna y actual maestra de séptimo grado.

...Acababa de terminar mi clase, que siempre comenzaba con un "voy a entrar..." que les permitía a las adolescentes sentarse en posición un poco más decorosa, extender un poco las polleras y arreglarse un poco el pelo.

Era muy raro que la Superiora llamase "urgente" a alguien. Era una mujer serena y muy segura de sí, que planificaba todo con

tranquilidad y eficiencia. Había sido campeona nacional de equitación, era hija de uno de los dueños del diario La Nación, pero las vueltas de la vida (en este caso de Dios) la habían llevado a hacerse monja.

Para decirlo en palabra claras: Su trato era muy suave y toda su personalidad y actitudes traspiraban mansedumbre, liderazgo y alta cuna.

- Buenos días, ma Mére. ¿Cómo anda usted? Me dijeron...
- Bien, gracias. Tenemos un problema, querido profesor. Se trata de nuestra cocinera. Ayer no vino y hoy se presentó la hija, que trabaja también en la cocina como ayudante, diciendo que está detenida. ¡La tienen presa! Parece que la hija se peleó con el marido, que es policía y a la mamá se la llevaron detenida. Según la hija para darles un escarmiento. La muchacha está desesperada. Vaya a saber lo que está sufriendo la pobre madre... Y esto no se lo debería decir, pero está cocinando la hermana Carmen y hace dos días que estamos comiendo fideos pasados... ¡Ni que fuera Cuaresma!
- Sí, claro –afirmé, más para permitirle a la monja tomar aire que para señalar que entendía lo que me decía,
- Nos tiene que hacer un favor...
- Desde ya – me adelanté-. Una vez más me ofrecía como voluntario sin saber bien de qué guerra se trataba. Es de nacimiento.
- La hija me ha pedido ayuda. No sabe a quién recurrir y nosotras somos como su familia. Necesita que la acompañen a la comisaría donde trabaja su marido, porque allí la tienen detenida a la mamá. La pobre chica necesita alguien que hable por ella...Y como usted es abogado... Lo que sí ... la mamá es de carácter un poco fuerte.

Como consecuencia de esto, a las cinco y media de la tarde estaba en la puerta de la comisaría con la hija de la señora detenida. La comisaría quedaba entre Gerli, Lanús y Avellaneda. El frente parecía el de una escuela un poco abandonada. No había policía de guardia, pero sí dos perros de raza pura calle durmiendo la siesta. Cuando estaba por entrar pensé que ellos me iban a pedir documentos.

La hija, de nombre, Juanita, no me había dado muchos datos.

“Estábamos discutiendo con mi marido y cuando intentó amenazarme, la mamá lo paró en seco”. Eso era todo lo que me venía repitiendo en los cuarenta y cinco minutos que duró el viaje en el colectivo 589-B-Ramal Echenagucía. “mi marido se fue y al rato llegó la patrulla que se la llevó a la mamá... no sin esfuerzo”.

Quise más información. Intenté averiguar las circunstancias de tiempo y modo, el léxico utilizado y si había habido vías de hecho o forzamiento, pero me encontré con que la joven señora sólo lloraba.

- Por favor, hable usted. Yo estoy mal. Estoy entre dos fuegos – me aclaró - .

Con esta metáfora de guerra (o bomberos) entramos a la comisaría. Tres tubos fluorescentes, uno de los cuales parpadeaba de vez en cuando, daban una luz fría. El ambiente, silencioso y casi tétrico. En un viejo escritorio de metal estaba sentado un policía uniformado.

- Buenas –dijo dirigiéndose a la muchacha y desconociéndome olímpicamente.
- Buenas tardes – dije yo con la voz más inocente posible-. Vengo por el caso de la señora Rosalía de González. Quisiera...
- Usted, quién es? – me cortó en seco.
- Mire, soy abogado, y vengo a acompañar a la señora porque...

- Espere un momento, Voy a llamar al jefe – me volvió a interrumpir sin mirar mi mejor cara de buen amigo-.

La chica me dijo que se iba a sentar porque no se sentía bien, así que me quedé parado frente al escritorio, con el policía que volvió , se sentó, me miró fijo y a las cansadas se dignó comentar.

- El Principal Coronel los va a atender

Mientras le agradecía con mi sonrisa más hipócrita, se me cruzó: ¿Si se llama “Coronel” por qué no entró al ejército? Este tipo de distracciones me sucede sólo cuando estoy nervioso... y a veces también cuando no lo estoy.

Pasaron diez minutos donde el policía seguía mirándome y yo seguía de pie, cambiando de pierna de apoyo cada treinta segundos.

Al rato apareció el Principal Coronel. Era un hombrón, cuadrado por donde se lo mirara, morochón, con mucho pelo cortado al rape y más serio que llave inglesa, de las grandes. Saludó a Juanita con una inclinación de cabeza y depositando sobre mi humanidad una mirada fría y vacía, dijo:

- Bue-nas...
- Buenas, sí, buenas tardes – contesté tratando de contagiar simpatía-. ...Mire, Principal, vengo a pedido de la Madre Superiora del Colegio de la Inmaculada de Lanús. Yo soy profesor allí. De las materias jurídicas, ¿sabe? Ella me pidió que acompañara a la señora...

Mientras señalaba a Juanita que seguía con sus sollozos, traté de darle tiempo al Principal para que dijera algo y no pensara que era un charlatán. Pero no obtuve respuesta, sólo dijo:

- Cabo... - dirigiéndose al policía mirón-.

- Cabo Carlos Santillán, a la orden, señor.- el policía se cuadró y se puso en posición de firmes al lado de su jefe como si fuera su escolta-.

Como seguía el silencio, tragué saliva y volví a mi discursito:

-...Como le decía, soy profesor en el Colegio de la Inmaculada y la señora Juanita y su mamá trabajan allí. Son las cocineras. La Madre Superiora me pidió que me interesara por la situación de la mamá, que tenemos entendido que está detenida en esta dependencia.

Nuevamente me detuve para ver qué efecto habían hecho mis palabras y decidir cómo debía continuar. La estrategia es más que importante. Pero nada: silencio y mirada seria.

- ...Tengo entendido que hubo una discusión que terminó con la señora detenida. No conozco los detalles, pero me imagino que se habrá tratado de algo propio de los malos momentos de toda familia. Usted debe conocer los detalles... Me imagino que debe haber muchos casos así...

Silencio nuevamente de parte del hombrón y creciente nerviosismo mío. Este tipo me está sobrando, pensé. ¿Será un retorcido? Conozco la estrategia del policía bueno y el policía malo, pero esta, no. Miré al otro policía, el cabo Santillán y observé que me seguía mirando con cara de nada y más bien hoscamente.

- ...Si me permite quisiera conocer la situación en que se encuentra la señora. No saben nada en su casa, tampoco en el Colegio... y están todos preocupados. Usted sabe que estas situaciones crean mucha angustia.

Yo sabía que me estaba yendo para el lado de los tomates, pero no quería mencionar nada jurídico. La idea que tienen los policías de los

abogados es de lo peor... Bastante parecida a lo que los abogados tienen de los policías... Pero no era momento de análisis sociológicos, sino de ver cómo podía hacer para que “largaran” a la cocinera y dejaran contenta a la familia y especialmente a la Madre Superiora.

- Hum – masculló el Principal y seguidamente carraspeó y tosió-.
- ¿Decía, oficial? - me atreví a susurrar-.
- Tra-iga a la in-fras-crip-ta –silabeó solemne y despaciosamente el Principal Coronel, dirigiéndose al cabo Santillán, quien salió disparado para el fondo de la Comisaría.

¿Qué pasará ahora?, pensé. Ojalá sea un poco de teatro para soltarla... la actitud del Principal era de frialdad. Sus labios no disimulaban un rictus de enojo. En ese cuadro extraño, la música la ponía el llorar de Juanita. Yo no sabía qué hacer, así que opté por acercarme comedidamente al banco de los lamentos y palmearle suavemente el hombro, casi sin tocarla.

De repente hizo irrupción, la señora de Gonzáles, la cocinera detenida. Apareció detrás de unos gritos que eran de ella. Era una mujerona gorda, traspirada, resuelta y con un vozarrón digno de Pavarotti. Juanita se levantó de su banco y saltó a abrazarla. La cocinera la abrazó, pero no dejó de gesticular y seguir gritando. Atrás venía el cabo Santillán, cabizbajo y con cara de querer acallarla por las malas.

- Ya me toma – le aulló la mujer al Principal en la cara - una denuncia formal contra esta comisaría por atropello a viuda y mujer... Mejor que venga el Comisario y prepáreme una copia para llevar a la Fiscalía de Menores, otra para el Juzgado Correccional y otra para la Defensoría de La Mujer Golpeada. Le

han pegado a una mujer menor de edad y han detenido a su madre y eso no lo voy a permitir a nadie y menos a la Policía.

- Señora,- intervino el cabo Santillán – quien está delante suyo es el Principal Coronel. Él está a cargo de la Comisaría. El nos invita a que pasemos a su despacho...

Y todos, con el cabo al frente de la procesión, pasamos a una oficina más bien chica, con otro escritorio de metal, también iluminada con tubos fluorescentes, pero que tenía dos sillas enfrente.

- To-men a-sien-to – dijo lentamente el Principal con voz seria-.
- Preferimos estar de pie – aulló la mayor de las mujeres-. ¿Usted sabe que estuve raptada aquí dos días? ¿Esta comisaría es una zona liberada? Ya me pone en la denuncia: atropello, rapto de madre de mujer golpeada, con intento de femicidio de viuda y sostén de familia numerosa, detenida y casi violada sólo por defender a su hija. ¡Mire cómo quedó la nena...!

La mujer se corrió, le sacó el pañuelo a Juanita y la arrastró hasta casi las narices del Principal. Juanita moqueaba. El principal, seguía en silencio. Esta estrategia del silencio – pensé- es muy pesada.

- Ud. sabe quién es el marido de mi hija, ¿no es cierto? –vociferó la mujer-. ¿Sabe que es policía, no? ¿Sabe que trabaja acá? ... ¿O tengo que traerle el recibo de sueldo?

- Es el agente Antonio Bentivenga – cortó los interrogante el cabo Santillán.

- Sí, ése. Mire como me la dejó a la pobre nena. A usted le parece que la policía me la deje así y encima me falte el respeto a mí, una persona bastante mayor... que él. Yo se lo dije a la nena: No te enganches con un policía y menos si es pegador y mal respetuoso con las personas mayores. Mire cómo la dejó la Policía

- La Policía no tiene que ver en esto, señora... - se volvió a entrometer el cabo, después de mirar al Principal y que éste le hiciera un cabezazo.

- Si Antonio Bentivenga es policía y hace algo, lo hace la Policía. No me venga con cuentos... Y tomemé la denuncia para sacarle la chapa a ese aprovechador. Les voy a hacer juicio por daños y prejuicios a la Policía, a la Provincia...

- Per- jui-cios – corrigió el Principal Coronel. Algo me llamó la atención en la forma de pronunciar o la entonación de la voz. Algo raro... Hubo otro silencio denso, mientras el cabo miraba al Principal Coronel para ver si no llevaba a la vieja gritona de vuelta a la celda. El Principal hizo un gesto que su subordinado mostró entender en seguida.

- La denuncia la tiene que hacer su hija – dijo el cabo mientras el Principal volvía a asentir con sus cabeceos secos-. Algo de lo que estaba sucediendo se me escapaba. No era lógico que el cabo se entrometiera y que fuera él quien contestaba cuando la vieja hablaba con el Principal... Pero no pude seguir ese hilo de pensamiento porque la mujer parecía que se iba a subir al escritorio.

- ¿Qué? ¿Las madres no podemos defender a nuestras hijas abusadas? Es menor de edad... O casi. Así que dejensén de chicanas y escriban la denuncia. Los voy a denunciar a los dos por abuso de autoridad y aprovechamiento de mujeres en grupo. Ser local no les da derechos.

- Su hija es mayor de edad y está casada – volvió a meterse el cabo con el consentimiento y aprobación del Principal.

- ¿Y eso qué tiene que ver? Es joven, es hija y necesita de la ayuda de su madre... ¡Es un claro caso de mujericidio y gatillo fácil!

En ese momento el Principal le hizo una seña al cabo y éste se dirigió al banco donde estaba Juanita y poniéndose en posición de firmes le dijo:

- ¿Señora, pregunta el Principal Coronel si usted quiere hacer una denuncia contra su esposo?

Mi estupor aumentaba. ¿Qué es esto? Sigue el silencio del Principal y el cabo parece su títere locuaz. ¿Nueva estrategia policial? Yo, el abogado joven y bastante piola, me estaba cayendo a pedazos ante los gritos de la vieja, el silencio del Principal, el comedimiento del cabo y los hipos de Juanita, que ahora estaba encogida y se tapaba la cara con el pañuelo.

- Yo no... susurró-. No quiero este lío. Lo que pasó es que... Yo no...

- Callate, vos. Tu madre sabe mejor que vos como tratar a esta gente y al golpeador de tu marido.

- To-me, lea-les es-to y ex pli-que, si es ne-ce-sa-rio – Se oyó la voz cortante del Principal, mientras le entregaba una carpeta al cabo-. Otra vez el silabeo; otra vez la voz rara y seca; otra vez la solemnidad. Otra vez me sentía un gil invitado de piedra.

- Se trata – empezó a recitar el cabo Santillán – de una exposición manuscrita del agente Bentivenga Antonio, donde pide la baja de la Policía. Señala que a dos días de la fecha, mientras estaba discutiendo con su mujer porque él había llegado dos horas tarde y con unos pocos vasos de cerveza (no vino ni otro alcohol) de más, intervino imprevistamente la madre de su esposa y la cosa...

- Yo no fui... Yo sólo... – sollozó Juanita, mientras recibía de su madre un codazo corto en las costillas-.

- ...Por eso quiere renunciar a su puesto en la policía – prosiguió imperturbable el cabo Santillán-. Le da vergüenza lo que sucedió, especialmente el hecho de que su señora suegra...

- ¿Qué es lo que dice de mí ese atorrante? – interrumpió la vieja-. ¿De qué me acusa?

- Un momento, mamá! Terminala. La cosa no es con vos! – saltó Juanita, poniéndose de pie. Es algo entre Antonio y yo. ...Yo no seré una santa, pero él tampoco. Hasta ahora la cosa venía empate. Los dos somos de sangre caliente y si él tiene más fuerza, él sabe también cómo soy yo con los platos, el escobillón, el secador y demás cosas que tengo a mano. ...Empate. ¡Eso, empate!, Que conste que nunca me levantó la mano cuando no se lo permití. ¡Unilateralmente, nunca! Peleas, sí. Y siempre fue empate o ... yo, por puntos. Y nunca llegó el agua al río, porque nos queremos. Pero esta vez te metiste vos, mamá y todo terminó mal...

- Callate, infeliz! – gritó la madre - No ves que sos una mujer golpeada y los golpes te ablandaron la cabeza! A ver si usted, que es el Principal, pone un poco de orden y respeto aquí. No puede ser que todo el tiempo se me interrumpa. ...Y de paso, ¿quién es éste que se invitó solo a este velorio sin ser de la familia?

Se refería a mí como si fuese un extraño, un pichi cualquiera y no hubiera tenido que dejar todo, viajar casi una hora para acompañar a su hija, según pedido expreso de la Superiora de la Inmaculada.

- El señor es el abogado de...- explicó el cabo Santillán, pero la mujer casi se lo come-.

- ¡Vienen con abogado y todo! – Aulló la vieja-. ¿Desde cuándo la Policía necesita abogados? Claro, como maltratan a pobres mujeres desamparadas, necesitan leguleyos que les salven la ropa.

¡Abogaditos a mí! Me puedo comer uno por día y sin echar un provecho.

La madre superiora me había mencionado que la señora era de carácter fuerte pero no había mencionado su estómago.

- El señor es abogado de su hija –aclaró el cabo Santillán-
- Ah! ¡Si es así es otra cosa! Quédese tranquilo, doctorcito que me basto sola para defender a la nena,
- Dale, mamá. No te metas que esto es entre Antonio y yo. Y lo que me está diciendo el señor cabo es que Antonio se va a quedar sin trabajo... Que quiere renunciar... - y juntando coraje, preguntó:- Dígame ¿está acá? Señor Principal ¿puedo verlo? ¿Está bien? Qué denuncia ni qué ocho cuartos yo quiero ver cómo está. Lo extraño y seguro que él también...

El Principal Coronel le hizo una seña a al cabo, quien con una sonrisa se cuadró y dijo:

- Señor, pido permiso para acompañar a la señora a ver su marido. .

Otra cabeceada de Coronel y la muchacha salió corriendo detrás del cabo, pero la madre de la muchacha no se quedó tranquila y volvió a lo suyo:

- ¡Esto no va a quedar así! Se aprovechan porque tienen armas y asustan a las criaturas. Pero a mí me van a tener que pagar dos días de presa. Voy a hacer la denuncia a la Corte. ¡A usted lo van a trasladar a la Antártida del Sur!

El oficial Santillán se sentó, tomó unos papeles y se limitó a hacer que leía atentamente, mientras esperaba al cabo, que volvió sonriendo y comentando:

- ¡Principal! Me fui porque me daba vergüenza quedarme frente a dos tórtolos. ¡No sabe cómo se abrazan!

El Principal paró la euforia del cabo con un gesto y le pasó un papel señalándole un párrafo para que lo leyera.

- Informe del Hospital Fiorito –leyó el cabo-. Diagnóstico de Antonio Bentivenga: “...soberana paliza propinada por sujeto más bien grandote, no se descarta apaleo bravo”.

La cara del Principal estaba roja; hasta le temblaban las manos.

Haciendo un esfuerzo gritó:

- No no se se le le pepe ga aasí a unun popo li cía!!! Ca ca r ajo!!!Váya-yase de de a a quí ya!

Y ahí me caí del catre. ¡Soy un estúpido! ¡Soy un flor de estúpido!

Cómo no me avivé antes!? El Principal Coronel era tartamudo!!!

Mientras seguía interiormente insultándome, el cabo arrastró hacia a la puerta a la vieja, que gritaba que la estaban violando en descampado.

- Señora, se me retira –sermoneaba el cabo- o la detengo por alteración del orden público en Comisaría. No se me insubordine porque me va a obligar a cumplir con la peor obligación de un funcionario: ¡el uso de la fuerza desproporcionada!

...Cuando llegamos juntos a la parada del colectivo la vieja me zampó:

- Che, abogadito, ¿así es cómo defendés a mi hija? ¿Siempre sos igual? Esperá a que mañana se lo cuente a la monja.

Como si fuera poco, la vieja se hizo la distraída y le tuve que pagar el boleto.

El Reglamento Modelo

Querido bisnieto: No sabés la alegría que tengo desde que me anoticiaron que hay un doctor en la familia. Siempre imaginé que llegarías lejos y ahora me enteran que estás por viajar a las Europas. Te iba a mandar unas verduras de la quinta, pero tu mamá me dice que las que mando llegan un poco pasadas por el viaje y que en las verdulerías de la capital hay buena mercadería. Además no creo que duren en un viaje tan largo como el que vas a hacer.

Aunque tu papá hace rato que no te manda por estos pagos, siempre nos acordamos de vos y de la vez que te perdiste con tu abuela cerca de la lagunita.

Como ya ando un poco achacado, trato de no exigirme mucho, pero me esfuerzo en lo que puedo. Entre esas cosas está el tomar mate y acordarme de viejos tiempos. Justamente el otro día se me cruzó algo que quizá te sirva. Y te lo cuento, nomás. No es consejo, pero en caso que lo sea, acordate de que los consejos son como los perfumes: se huelen pero no es necesario usarlos.

Escuchá, entonces, querido, lo que un viejo abuelo quiere contarte:

Yo nunca viajé más allá de lo necesario, por eso nunca fui al exterior y del interior conozco bien las cercanías, que según dicen es lo importante para llevarse bien con los prójimos.

Me parece que puede venirte bien algo que tuve la suerte de conocer y que quizá te sea útil en el viaje.

Me imagino que vas a tener que parar en algún hotel, porque no creo que te dejen dormir todos los días en las plazas. Y justo acá tengo un Reglamento de Hotel que me traje de recuerdo cuando fui a la Capital a principios del 45 para la revisión médica del Servicio militar (clase 1927, a mucha honra), en tiempos del Presidente Edemiro Farrel. Quizá esté un poco desactualizado, pero seguro que te va a servir como referencia de cómo hay que comportarse cuando estés en lugar y hotel lejanos.

El Hotel en que paré (pensión completa) se llamaba “Hotel Pensión Familiar Valladolid” y quedaba sobre la calle Bolívar al setecientos. La encargada era una señora llamada Filomena y el dueño un español de apellido Fernández. Buena gente. Seria y conversadora. Eso sí, muy estrictos con el Reglamento del Hotel.

Fernández sostenía que el Reglamento era como la Constitución Nacional del Hotel y que para los muchachos como yo servía para forjar el carácter. El hombre tenía la costumbre de presidir la cena y como había muchos jóvenes, nos hacía leer, por turno y en voz alta, las noticias más importantes que él había seleccionado del diario de la tarde. Después del postre comentaba un artículo del Reglamento del Hotel. El hombre sostenía que lo primero mejoraba el léxico y lo del Reglamento, las buenas relaciones de los huéspedes entre sí y con el propietario y que ambas cosas reducían la chismografía.

Estuve parando ahí casi un mes y medio porque había problemas militares, un clásico en este sufrido país. Conocí así un poco Buenos Aires y su gente, pero lo mejor estaba en el hotel.

Cuando me llamaron para enlistarme, el susodicho Fernández me recomendó copiar el famoso Reglamento en unas hojas que me regaló de un cuaderno “Lanceros”, en el que anotaba los pagos.

Y te lo paso, nomás, pues lo he guardado junto con el diploma de dragoneante que me dieron al finalizar el servicio militar:

Reglamento Hotel Valladolid (familiar)

Principio básico: El hotel es ante todo una casa de familia seria. Aunque sustituta y paga, mantiene los principios de esa célula básica de la sociedad. El respeto a las autoridades del establecimiento y colegas (huéspedes de habitaciones), al orden y a la limpieza serán las guías de la conducta de todos, incluido Propietario, Encargada y muchachas de la limpieza.

- 1) Primero y principal: La tortuga es propiedad del Hotel y no se la puede llevar cuando se sale del mismo a pasear o de compras. Se ruega respetar el horario y tipo de comidas del animal mascota (lechuga o verduras blandas).
- 2) Las visitas de personas del otro sexo sólo pueden realizarse entre las tres y media y las cinco de la tarde, siempre que haya un tercero, o mejor tercera, presente, mayor de edad y se deje la puerta entreabierta.
- 3) El pago puntual significa puntual en cantidad y fecha. Y es condición de permanencia, salvo autorización expresa del propietario. En caso de desaparición prolongada, el equipaje de los huéspedes se convierte en garantía hasta vuelta, aparición y pago.
- 4) Las comidas se sirven en horario y se come lo que se sirve según el menú semanal que estará colgado en la puerta del comedor, que puede variar según necesidades de la cocina o los precios. Sólo se puede repetir un plato después de diez minutos de haber terminado el anterior, para evitar atragantamientos no deseados. El postre no se puede repetir, salvo que alcance para una segunda vuelta general.
- 5) En los baños comunes se respetará el estricto orden de llegada. Se ruega que los caballeros cubran sus musculosas con toallas de mano y que las señoras/itas cubran sus breteles con toallas de baño. Para usar el calefón eléctrico se deberá dar aviso a la Encargada y la duración no podrá exceder de cinco minutos, una vez por semana, con corte manual automático por el costo de la electricidad.
- 3) No está permitido hacer mucho barullo o cantar fuerte, así todos pueden escuchar la música funcional de las habitaciones, que llega

desde la radio del patio, que el hotel pone sin cargo. Los gritos y discusiones fuertes se deben hacer en la calle y lo más lejos posible de la vereda del Hotel.

4) La cama se hace una vez por día por lo que se ruega dormir la siesta sin deshacerla del todo. Las sábanas se cambian semanalmente el sábado, siempre que haya buen tiempo y por estricto orden de llegada o antigüedad en el Hotel. Los hombres deben retirarse de la habitación cuando entra la muchacha a limpiar, sin excepción. Las mujeres pueden quedarse, pero sin hablar mucho con el personal que está trabajando y siendo pagado por el Propietario.

5). En caso de necesidad se permite secar yerba al sol, pero no se permite hacerlo sobre las parecitas bajas sin poner papel de diario abajo, por lo de la pintura, que se mancha o descascara. El agua caliente no se le cobra a nadie, pero el recipiente estará a cargo de los señores huéspedes. O sea que no se puede llevar al patio la pava grande de la cocina.

6) La ingestión de bebidas alcohólicas queda prohibida en los lugares comunes. En las habitaciones privadas se podrá beber, sin ostentación, abuso o excesos llamativos. No podrá dejarse en la puerta de los cuartos botellas vacías ni sifones.

7) Al salir de la Pensión se deberá dejar la habitación cerrada con llave, que se dejará a la encargada, para que ningún distraído pueda equivocarse de pieza.

8) El lavado de ropa se hace en las piletas del fondo y el secado en la sogá común. Se ruega contentarse con la ropa propia. Está prohibido colgar ropa de las puertas o ventanas, sea húmeda o seca.

9) Los días de lluvia no se hará el baldeado de los patios y se evitará pisar los charcos grandes, enchastrar las partes comunes o poner macetas que tapen las rejillas del desagüe.

10) No habiendo ascensor, el Hotel no se hace responsable de los daños que puedan sobrevenir por el estado de las escaleras, especialmente las que traigan los huéspedes.

13) Durante el horario de la siesta los menores varones tendrán prohibido el acceso al patio con pelotas, bolitas, figuritas o cosas parecidas a criterio de la Encargada. La puerta estará abierta y la vereda disponible para estos menesteres. Las niñas pueden jugar a las muñecas en voz baja. Está prohibido, no sólo en este horario, jugar al doctor, sobre todo en grupos mixtos.

14) Se podrá utilizar los patios de la Pensión para fiestas, siempre y cuando estén autorizadas por el Propietario y sean invitados todos los que tengan piezas con puerta al patio fiestero. La provisión de comida, bebida y limpieza estará a cargo de los organizadores. En esta ocasión se podrán sacar las sillas al patio, pero no así las camas. Las sillas podrán sacarse a la vereda las tardes de mucho calor y deben ser vueltas a entrar.

15) Queda estrictamente prohibido llegar a las manos por motivos de raza, sexo, religión o fútbol. Los insultos quedan también prohibidos sea cualquiera el idioma en que se expresen. La traducción y

calificación de los improperios queda a exclusivo cargo del Propietario.

16) Reforzando lo del pago: el vencimiento es el diez de cada mes, aún en meses cortos. En caso de atraso la Dirección puede autorizar algún atraso chico, pero si se posterga puede convertirse en desalojo, exhumación o incautación, según el caso. Quedan todos notificados, incluida la Encargada.

17) Al ser éste un país bastante religioso, al cumplimiento de estas normas se debe agregar el cumplimiento en público del sexto y noveno mandamientos (en ambos sexos) y también el que habla de robar, sobre todo los bienes del Hotel y otros ajenos. También son aplicables, para cada interesado, las normas de la buena educación y crianza de las provincias o países de origen de los residentes.

18) Estas normas pueden ser ampliadas en cualquier momento para prohibir cualquier comportamiento contrario al Hotel y/o sus huéspedes. Todos se someten a la jurisdicción de la comisaría segunda, si fuera necesario.

Querido nieto: espero que este reglamento te ayude. Llévalo en el viaje con vos y lee un artículo por día, como hacía don Fernández con nosotros. Seguro que te va a ayudar a conocer cuál es tu lugar en terreno ajeno, tus obligaciones y desde ya tus derechos.

Un beso y hasta la vuelta... que ojalá me encuentres y me puedas contar si por allá las cosas son distintas.

Tu bisabuelo que te quiere

Emergencia Doméstica Liviana

Buenos días, señorita...

El atento saludo fue contestado con un lacónico y desganado:

- Buenas... ¿Sí?

- Mire, señorita, hace años que vengo investigando una posibilidad que intuí cuando era joven y que he podido confirmar fehacientemente...

- Escuche, ¿sí?— lo cortó la empleada, señalando la cola de gente que había detrás del hombre-. Este es el Registro de la Propiedad Intelectual, ¿Sí? Aquí dice “Informes”, ¿Sí? Dígame qué viene a Registrar así lo derivo, o le digo que formulario hay que llenar, OK?
- Sí, discúlpeme. Es que estoy muy contento, pero entiendo...Le hago directamente la pregunta: Si se descubre algo importante y se quiere que sea de todos... ¿Hay que registrarlo? ... ¿Y si hay que registrarlo cómo se hace para que sea de todos?
- Señor, ésta es una Oficina de Registro, ¿Sí? Si lo quiere registrar es aquí, ¿Sí? Si no lo quiere registrar no es aquí, ¿Sí?
- Es que tengo una duda: En caso de registrarlo, ¿lo puedo poner a nombre de todos?
- Esta es la Sección Informes, ¿Sí? Dígame qué quiere hacer y lo derivo o le digo el número de formulario, ¿Sí? Aquí no resolvemos problemas, sólo derivamos ¿Sí? Si quiere hacer una consulta...
- ¡Eso! ¿A quien le puedo hacer la consulta?
- ¿Ve las terminales allá? ¿Sí? Busque “consultas”, ¿Sí?
- Gracias -farfulló el hombre y lentamente se retiró-.
- ¡El siguiente! -explotó la empleada-. ¡Por favor!... ¿Vos escuchaste, Caro? Este trabajo es insalubre...De a una te llenan de problemas...Te vienen con cada cosa! ...Hay que aguantar a cada desubicado!

Y volviendo a su voz y postura de nada, mirando para ningún lado, musitó:

...Buenas... ¿Sí?...”.

Jorge cruzó el hall y se dirigió hacia las terminales. Esperó un buen rato a que terminaran los que estaban antes, escuchando bufar a algunos, patear despacito el mueble de sostén a otros y a todos poniéndose nerviosos. Cuando le llegó el turno se encontró con que la

pantalla le preguntaba si estaba registrado. Cuando apretó el “no”, apareció un cartel rojo que decía: “Datos del Perfil” y debajo aparecieron los datos a ser llenados: Nombre, apellido, nacionalidad, documento, estado civil, domicilio, código postal, cuit y condición ante la Afip.

Estuvo su buen rato llenando cuidadosamente las inquietudes de la máquina, que al final le dio un password temporal para acceder al sistema. Al ponerlo, la pantalla se iluminó con el formulario 203b/13 RPIRA del Ministerio de Justicia de la Nación. Jorge esperaba una pregunta general, tipo “qué desea consultar”, pero se encontró con que la máquina le proponía optar por una de las dieciséis categorías a registrar. Se resignó y leyó atentamente el listado: Obras inéditas, música, letra, letra y música, no musical, software, obras publicadas, artístico, edición, fonograma, multimedia, etc, cuando llegó a videogramas, constató que lo suyo no aparecía.

Sintió la presión de la gente que estaba detrás de él y trató de apurarse. Buscó si en algún lado aparecía la palabra “ayuda”, pero no lo encontró. En su lugar vio que en la pantalla aparecía un cartelito que decía: “tiempo muerto de consulta. La sesión terminará en 10 segundos”. Con evidente nerviosismo le preguntó al señor que estaba detrás de él en la cola: “¿Cómo hago para seguir?” La respuesta fue concisa: “Apriete cualquier tecla”. El cartel desapareció, pero volvieron de nuevo las categorías y los números de los formularios que había que usar en cada caso... Tratando de disimular el papelón que sentía en su interior, nuevamente se dirigió al hombre de la cola: “¿Cómo hago para registrar una fórmula?” Esta vez la respuesta fue más concisa todavía: “Pregunte en Informes”.

Ahora la máquina estaba en azul y le pedía que calificara cuán útil había sido la info recibida... Con la cabeza gacha se corrió y volvió a

hacer la cola para Informes. Al rato estaba de vuelta con la no muy simpática señorita que lo había atendido:

- Hola, señorita... Soy yo nuevamente. ¿Me recuerda?

- Sí, obvio. ¿Qué sector está buscando?

- Mire, señorita, usted me derivó a las terminales para pedir ayuda y no me fue bien. ...Yo simplemente quiero registrar algo que puede ser muy útil. Mire, para decirlo en pocas palabras: se trata de usar la fuerza que no es de uno, como en las artes marciales. Yo creo haber...

-Señor... Esta es la Sección Informes, ¿Sí? No tengo tiempo para...

-Es sólo un segundo. Creo que puede ser muy importante si lo ponemos a disposición de todos. Si me da un minuto... La fuerza del otro puede ser muy importante si el otro es algo grande, algo inmenso...

- Un momento, please!... - y dirigiéndose a la compañera que estaba en el escritorio de al lado, le musitó casi por lo bajo: Caro, dame una mano. Volvió el que te dije. No lo aguanto. Me quiere contar la historia no sé si del hombre araña o del Karate Kid. Haceme gamba y bancamelos un poco. Si joroba mucho lo llamamos a González.

- Dale, chabona, que para algo aprobé el ingreso a Psicología. Vas a ver que termina trayéndome un chocolate.

Jorge observó impávido cómo hacían la cambiadita y cómo la otra chiquilina lo invitaba a ponerse en un costado, mientras la que lo estaba atendiendo decía:

- ¡El que sigue!

La “nueva” lo miró con una dulzura extraña y con voz de maestra de salita verde, le dijo silabeando:

- A ver, abuelo, en que podemos ayudarlo.

Jorge se tragó el “a la habría que preguntarle es a tu abuela”, que siempre le había parecido grosero y ahora le sonaba de mal augurio si estaba pidiendo ayuda. Con una voz neutra, dijo:

- Mire señorita, le estaba pidiendo ayuda a su compañera...

- A ver... ¿Qué problema tiene?...Sabe que pasa, abuelo, nosotras no estamos para ayudar sino para derivar, porque aquí todo es por autogestión computarizada por los propios usuarios. Quédese tranquilo que yo voy a hacer lo posible para ver adonde lo derivamos. Usted quiere registrar seguramente un libro. ¿No me diga que escribe poesías?!

- No, señorita, desgraciadamente no escribo poesías. Lo mío es más sencillo. Cuando me recibí de técnico electrónico seguí leyendo y estudiando por mi cuenta porque tuve que ir a trabajar... en service de televisión hasta que los televisores no se descompusieron más y aparecieron las compras en cuotas...Por suerte nunca abandoné el vicio de querer saber más, especialmente en física, porque tuvimos un profesor extraordinario...

-Sí, Sí claro...Pero le hubiera convenido ser gasista o electricista le hubieran ido mejor las cosas, ¿no? Yo tengo el hermano de mi padrino que hace una fortuna con esas cosas... Bueno, pero ¿a qué viene por aquí?

- Lo mío es otra cosa... Desde hace mucho que vengo trabajando sobre una idea. Como le decía a la otra señorita, descubrí que lo de utilizar la fuerza del otro es aplicable a la física espacial. A la física de las galáxias.

-¿A qué? – lo interrumpió la futura psicóloga con la boca abierta.

- Sí, lo de las artes marciales orientales...

- A mí me gusta más Pilates...

- Mire, el principio es muy importante... Si el otro es algo grande, algo inmenso que tiene mucha fuerza, y usted logra aprovechar ese poder, esa fuerza inmensa pasa a estar a su disposición y usted puede utilizarla, por ejemplo para mover algo muy pesado...

Como Jorge observo que la chica lo miraba con la boca entreabierta y comenzaba a fruncir el ceño, quiso simplificar su explicación con un ejemplo:

- Como le decía, el luchador más chico o débil aprovecha la fuerza del luchador más grande o fuerte para volver contra él su propia fuerza...

La chica seguía con la boca abierta y ya tenía las cejas totalmente contraídas. La lapicera que llevaba en su mano comenzaba a tamborilear sobre el escritorio. Jorge prefirió intentar algo simpático.

- Mire, yo comencé a estudiar este fenómeno con los libros de física que tenía del secundario, después fui comprando algunos otros y yendo a bibliotecas; después me largué a practicar en el galponcito de casa, donde mi papá tenía un torno. Todavía lo tengo... Es una reliquia.... Bueno, como le decía...

- No me diga que escribió un libro sobre tornería. En ese caso tiene que llenar el formulario b/32/zx, allí va todo lo de mecánica. Vio cómo todo se solucionó rápido...

- No señorita no escribí ningún libro y menos de tornería. El que era tornero era mi papá. Un tornero como los de antes, de primera, le puedo asegurar. Lo mío fue estudiar si era posible la aplicación del principio ése del...

- Para registrar la edición de estudios sin especificar es el formulario A4004 - lo cortó la muchacha ya medio perdida-. Claro que después hay que ver las especializaciones varias y las variables, pero empecemos por ahí. Pida en cualquiera de las terminales la forma A/4004 y después me viene a ver a mí con los apuntes..., OK?

- Gracias, señorita, pero no entiendo mucho. ¿Qué apuntes quiere que le traiga?
- Los apuntes que quiere registrar... Pero me parece que no nos estamos entendiendo.
- ¿Este no es el Registro de la Propiedad Intelectual?
- Me parece que los carteles son bastantes grandes, ¿no?- respondió un poco amoscada la futura discípula de Lacan-.
- Yo quiero registrar algo que me llevó muchos años de esfuerzo intelectual y quiero registrarlo para toda la humanidad...
- Usted me está mezclando los temas. Le aclaro que no se puede registrar para toda la humanidad. Cada uno registra lo suyo y el Estado protege...
- No quiero ninguna protección. Quiero que mi descubrimiento sea de todos; que lo puedan usar todos, que sea un beneficio para la humanidad entera.
- Espere un momento –lo corto la empleada-. Y sin perder un segundo le susurró a la compañera: ¿Dónde está González? Este jovato esta pasado de Alzheimer o de droga. Que se lo banque González que para eso es el subjefe y gana el triple que nosotras.
- ¿Viste lo que te dije? ...¿González? Estará paseando como siempre o echando humo en la puerta. Mira allá se lo ve. Con la nueva. Seguro que le está explicando que es personal jerárquico, pero abierto y que está para ayudarla. Y esto va a durar un rato hasta que ella le diga con los ojos que es un chanta y con la boca que tiene novio.

La muchacha que lo estaba atendiendo fue en busca del famoso González y al rato apareció con un muchachote de 35 años, más bien gordito, sonriente, vestido con vaquero y corbata, pero con el cuello de la camisa entreabierto.

- Me dice la señorita –explico el hombre entre canchero y meloso -que usted tiene un problemita...

-Problemita, lo que se dice problemita, no. Solo quiero registrar algo que invente y que quiero que sea...

- ¿Trajo el soporte material?

- ¿Que soporte material? – Preguntó extrañado, Jorge-.

-Señor, por soporte material se entiende el libro, partitura, o instrumental donde esté asentado lo que desea registrar.

- Yo deseo registrar una pequeña fórmula. Algo que puede ser muy importante para la humanidad. Se trata de poder utilizar a nuestro favor la gran fuerza que está disponible y al alcance de nuestras manos... Si me da un segundo le explico. Como usted sabe, el universo no es estático. Se mueve. Y se mueve a una velocidad de aproximadamente...

González miró a la chica que lo había ido a buscar, y le hizo una seña con la mano, que en todo lenguaje significa: “¿qué loco me enchufaste?”, pero poniendo cara de nada, le pidió a Jorge si había traído escrita la fórmula.

Jorge sacó del bolsillo interior del saco un par de hojas manuscritas y un aparatito parecido a un control de la tele.

-Estos son los cálculos, que sostienen la fórmula. Con ella se puede utilizar la fuerza del universo en lo que queramos. Aquí está detallado la forma de obtener esa fuerza inmensa y poder concentrarla utilizando los océanos como dínamos o baterías para condensarla y administrarla. Con esto se acabó la electricidad, el petróleo, el hidrógeno, el uranio y cualquier otro combustible. ¿Se da cuenta de que es un paso trascendental? Por eso quiero registrar esta fórmula a nombre de la humanidad... No sea cosa que algunos quieran apropiarse de algo tan, pero tan...

González, con un gesto serio y haciendo esfuerzos para contener la risa, le pidió a Jorge que esperara un segundo, mientras se acercó a las muchachas que habían estado atendiendo a Jorge y les dijo en voz baja:

-Vayan a avisar a los muchachos y a las pibas del fondo que en Informes tenemos un loco lindo que no tiene desperdicio, que vengan así todos escuchan estas locuras. ¡El tipo condensó la fuerza de la galaxia! ¡Es el último Jedi!...Hoy hay espectáculo gratis.

Al rato, Jorge estaba rodeado de una muchachada sonriente que lo miraba complacientemente, mientras Gonzáles decía:

- Todos están ansiosos de escuchar lo que me estaba contando...

¿Por qué no lo explica desde el principio?

- Sí, como no –contestó Jorge-.

Y a pesar de que sentía un clima extraño que no le gustaba, Jorge comenzó a explicar su teoría, su trabajo, sus experiencias y cómo había ido progresando lentamente en su búsqueda de la Fuerza del Movimiento del Universo y de su posible aplicabilidad o derivación hacia nuestro planeta.

Con el correr de las palabras se entusiasmó y bajó a detalles:

“...parece que existen más de cien mil millones de galaxias en el universo, la mayoría de las cuales tienen un diámetro entre cien y cien mil parsecs...”

-¿En serio? - le preguntó un joven que hacía esfuerzos para aparecer serio – ¿Tantos “parsecs”?’.

-Sí –contesto casi sin detenerse Jorge- y están usualmente separadas por distancias del orden de un millón de parsecs., El espacio intergaláctico está compuesto por un tenue gas cuya densidad media no supera un átomo por metro cúbico...

- ¡No me diga! –señaló con cara de serio, el preguntón

El grupo se había ido agrandando y en algunos momentos Jorge notaba que algunos se retiraban a un costado y se escuchaban como pequeñas explosiones de algo que costaba contener.

Pero él estaba en su mundo y con sus cosas. Las palabras le salían en borbotones.

- Me apasioné con las interacciones nucleares fuertes y las débiles, el electromagnetismo y la gravitación. Me apasioné estudiando la posibilidad de la gravitación complementaria y la potencial, la que se encuentra acumulada en el campo gravitacional.

-¿Y todo está resumido en esas dos hojitas que tiene allí? – Preguntó González con cara de muchísima preocupación-.

-Hay mucho estudio anterior a lo mío: la curva de deformación del espacio- tiempo de Einstein, sus dos teorías de la relatividad, la teoría inflacionaria de Guth, siguiendo la cosmología de Hawking...Pero lo que faltaba era ver cómo conseguir la energía del movimiento del universo y cómo mantenerla para poder utilizarla. Mi fórmula humildemente da una respuesta.

- ¿No tiene miedo que le roben la idea?- la que comentaba era una señorita que ya tenía marcas de varios años de empleada pública- Mire que hay gente muy mala en este mundo y un invento como el suyo puede terminar siendo un arma muy mortal. Mire que andan sueltos muchos drones con mira telescópica...

Ya en ese momento se escucharon algunas risas y una que otra carcajada descarada.

Jorge se compuso, No entendía bien lo que estaba sucediendo y trató de concretar su propósito

- Por eso quiero registrarlo a nombre de todos los seres humanos. Nadie va a ser el dueño de algo que es común a todos. Junto con las fórmulas voy a depositar este aparatito que sirve para controlar la

Fuerza Total y derivarla sin posibilidades de nada destructivo sólo hacia fines pacíficos....

Cuando Jorge mostró el pequeño aparatito en forma de control remoto de televisor chico, los que lo rodeaban ya no contuvieron la risa y comenzaron las carcajadas generalizadas. Todos chanceaban, algunos hasta las lágrimas. Otros se querían sacar selfies con él y su aparatito. La oficina se convirtió en un caos.

Jorge estaba desorientado y se sentía humillado y absorto. Al final apareció un señor mayor que con dificultad se abrió paso. Debería ser uno de los gerentes importantes, quien lo tomó del hombro y le dijo: -Señor, acá hay un equívoco. Me informan que usted quiere registra algo así como un invento o algo parecido... Bueno, no debe hacer el trámite en estas oficinas sino en el Registro de la Propiedad Industrial. Aquí se registra otro tipo de cosas. No se cómo no se lo dijeron antes... Por favor diríjase a ese Registro, que está en la calle...

Pero Jorge no pudo escuchar el final de las únicas palabras sensatas que había escuchado porque estaba rodeado por la muchachada que lo acompañaba hacia la salida, y que le pedía a los gritos que hiciese una demostración con el aparatito. “Una sola y no jodemos más”, coreaban alegres a su alrededor. La gente que estaba haciendo trámites dejó lo que estaba haciendo y concentró risueñamente su atención en ese señor que salía entre los vítores de los empleados. Jorge, contrariado, guardó los papeles en su bolsillo y cuando vio un hueco en la puerta se paró y dijo como en un murmullo:

-Este aparatito no está diseñado para esto..., pero como vivo en este país, le puse un botoncito... Este, ¿ven que dice “emergencia doméstica liviana”? Es algo superficial... Es por si pasa algo... como lo que está pasando... ¿Quieren que lo apriete?

Un sí rotundo se escuchó casi a dos cuerdas de distancia. Todos pusieron cara de querer reírse un rato más.

...Jorge caminó unos pasos y se dio vuelta. El grupo seguía a las carcajadas y lo saludaba a los gritos... Cabeceó lentamente y apretó el botoncito.

Un silencio raro se adueñó del grupo. Fue cuando todos se dieron cuenta que estaban en ropa interior de diversos colores y coquetas puntillas.

Mañana de Guardia

- Mañana la Guardia está a cargo tuyo, pibe. Si necesitás algo, te asomás a la Oficina de los Sumbos y le pedís ayuda al sargento Martínez, que va a estar de turno. Nosotros, los oficiales vamos a estar, pero en otra cosa. Estamos, pero no estamos. ¿Entendido? Con esta consigna, clara como el agua del mate que el Principal no le convidó, el Subinspector Nahuel Arriola supo que el día tan temido había llegado. Dos años en la Escuela de Cadetes de la Policía iban a ser puestos a prueba.

Esa noche no durmió bien y se levantó antes de que el despertador sonara. Se bañó rápido y se puso mucho gel; tomó tres sorbos del café que su mamá Alicia le acercó y a la pregunta de cómo había dormido le respondió con un gruñido que sonaba a “bien”.. Le dio un beso cercano a la mejilla, y diciéndo “hoy vengo tarde”, salió con la tostada en la mano.

La Oficina de Guardia estaba casi en penumbras. El Encargado de la Noche, al verlo llegar, prendió todas las luces, se desperezó y le comentó:

- Así me gusta: Llegar media hora antes. Eso se llama respeto por los mayores. Te dejo todo en orden. A esos dos que están ahí no me los dejaron pasar al calabozo porque está medio lleno y con la mona que tienen, habría que alzarlos para poder entrarlos; así que dejalos ahí. Espero que no molesten. Y cuando sepan distinguir el bien del mal los largás después de sermonearlos un poco. ...Ya está Martínez en su oficinita. Ah! Ojo, si vienen a hacer una denuncia por un robo de un Fiat, dejá que intervenga él.

Y diciendo esto, juntó unos papeles, agarró la radio portátil, que estaba pasando unos tangos y desapareció.

Nahuel apoyó su mochila en el escritorio y sacó la novela de Eco que le había recomendado su novia. Si tenía tiempo iba a comenzarla.

Todo estaba en silencio, como dormido. Sólo se escuchaban de vez en cuando algunos silbidos de respiración dificultosa, provenientes de dos hombres apoyados uno en el otro, recostados en un rincón del banco de espera y semitapados con algo así como una manta o un sobretodo. De allí provino un murmullo raro. Cuando el muchacho aguzó el oído, escuchó clarito una voz aguardentosa que musitaba

- Buen día, señor comisario. Póngame cadenas, mantantero lirulá.

“Esto comienza medio raro”, pensó Nahuel, pero no pudo seguir con sus pensamientos. Había gente hablando fuerte en el patio de la comisaría. Seguro que terminarían en la oficina de Guardia. Se sentó frente a la computadora, tosió y puso cara de oficial a cargo.

Dos mujeres policías irrumpieron casi arrastrando a una mujer rubia, de unos cuarenta largos, vestida como si tuviera diecisiete. Cuando

estuvo adentro la mujer se calmó y se fue solita a sentarse en la otra punta del banco, mientras las policías se atropellaban para informar:

- Trajimos a esta femenina porque estaba ejerciendo. Son las ocho de la mañana y ésta ya estaba ejerciendo.

- ¿Ejerciendo? –preguntó Nahuel sorprendido-.

- La verdad, con ganas de ejercer, porque nosotras la madrugamos.

La subimos al móvil y la trajimos. Te la dejamos, pero ojo que es más viva que todos los hombres de esta Comisaría juntos. Cuidate, que va a tratar de levantarte. Ya sabés que el comisario no quiere que anden por la calle cuando los pibes de la primaria van a los colegios.

Después es otra cosa.

Y diciendo esto, con la convicción de haber cumplido la letra y el espíritu de la ley, las dos guardianas del orden se fueron al vestuario de damas azules, como allí se llama al baño de las agentes femeninas.

Nahuel volvió a escuchar nuevamente el saludo proveniente del costado donde estaban los borrachos, pero fue tapado por una voz melosa y susurrante que llenó la Oficina.

-¡Qué hacés, mocoso! Qué suerte que tengo de que estés vos. ...Vos no me conocés. Me llamo Marilín. Para vos, Marilincita. ¡Qué físico que tenés, papá!

Nahuel no supo que hacer y se le cayó un poco el labio como respuesta. En eso entró el suboficial Martínez, le dio un beso esquivo en la mejilla y cerca de la oreja le susurró:

- Esta es de la jurisdicción. No joroba a nadie, pero tiene carácter fuerte. Cuidate. No le des bola. Antes de hacer algo, preguntá... No le hagas la entrada. .. Espera que se vayan las pibas que la trajeron – Y dirigiéndose a Marilín le dijo -Buen día, señora.

- Buenos días, señor oficial –contestó Marilín muy seria-.

Nahuel, como no entendía mucho lo que pasaba, sonrió e hizo que apilaba papeles. A lo lejos escuchó algo como una discusión en la puerta de la comisaría. Ahora oía clarito la voz de una señora, bastante mayor, pero no convencida de ello, que discutía con el agente de guardia.

- Disculpe, señora, pero no puede entrar con el perrito. Está prohibido.

- Entonces llevalo vos, Ramona. Vamos entrá conmigo –dijo la señora-. .

- Ni usted ni esta señora pueden entrar con el perro.

- ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Cocky tiene antecedentes que no puede entrar? No me diga que tengo que entrar sola a una comisaría...

- Puede entrar acompañada. El que no puede entrar es el perro.

- ¡Usted me obliga a entrar sola y a dejar al pobre Cocky suelto en la calle! Suerte que vine con Ramona!

Y así, maldiciendo y protestando la señora – muy paqueta ella - pasó raudamente a la oficina y sin detenerse a mirar a nadie ni a nada le ordenó a Nahuel:

-Vengo a que me haga un certificado de supervivencia. Mi hijo lo necesita urgente y los bancos no abren hasta las diez. Así que joven, por favor, hágamelo rápido que tuve que dejar afuera a Cocky.

Nahuel le sonrió y la invitó a tomar asiento y le dijo que enseguida la iba a atender. La señora insistió con que estaba apurada. Desde el conjunto de los borrachos volvió la voz aguardentosa:

-Hacé la cola, bacana.

Marilín, a su vez, entendió que había un atropello y terció con voz seca:

- ¿No ves que hay gente que llegó antes, che? Sentate y esperá. Los señores están primero, después vengo yo. Cuando me vaya te va a tender ese bombonazo.

La señora se puso pálida y dirigiéndose a Nahuel alzó la voz.

- Usted no puede permitir que traten así a una señora. Yo no hablo con gente que está aquí por inconducta. ¡Vengo a hacer un trámite y no me gusta la falta de respeto!

Nahuel vio que la cosa se podía complicar y era lo que menos deseaba. Se paró y le pidió a la señora que le diera el documento de identidad así hacía el certificado.

-¿Para que quiere el documento de Identidad?

-Para tomar sus datos, señora – explicó Nahuel -.

- Ah! Si es por eso, yo los sé de memoria, Mi nombre es Alcira Remedios, por mi mamá, ¿vió?...

- Necesito el documento señora...

- ¿Qué no alcanza con mi palabra? Mi padre siempre decía que la palabra vale más que cualquier cosa en la vida.

- Sí, señora. Pero necesito tener a la vista el documento.

- ¿Y porqué no avisan? No lo tengo acá. Lo tiene Ramona en la puerta. Yo me encargo del monedero con la plata y de Cocky, y Ramona carga la cartera grande, que pesa bastante. Con el lío que nos hizo el de la puerta me olvidé de pedírsela. Espere un poco.

Y sin decir más, la señora salió de la oficina y se fue a la puerta a buscar a Ramona y su documento. Del lado de los borrachos se escuchó una voz de tenor que decía:

-Vas a ver que ahora viene Rintintín con el documento en la boca.

Nahuel no le hizo caso y esperó que volviera la señora, que tardó un rato y llegó sacudiéndose el tapado que estaba lleno de pelos del famoso Cocky.

-Me besó toda. No me quería dejar volver. Es un amor.

Desde el conjunto de los muchachos del vino se escuchó una primera voz que decía:

- Guau!, guau! Soy el perrito. Nadie me quiere. Me dejaron solito.
- Venga, Cocky, dele un besito a su mamá – agregó la segunda voz.
Cuando las risas de Marilín y los muchachos hacían poner la cara de la señora como un tomate, se escuchó:

- ¡Silencio, carajo! ¡Esto es una Comisaría! El primero que se insubordine se las va a ver conmigo –era Martínez que a través de la puerta entreabierta ayudaba a Nahuel a poner orden -.

Un silencio sepulcral llenó la oficina. Hasta la señorona se quedó calladita y medio acurrucada. Nahuel aprovechó esos minutos de tranquilidad para hacer el trámite. Cuando terminó le entregó el certificado y el documento a la señora, quien le comentó.

- ¡Qué rápido que lo hizo! Lo felicito, joven. Muchas gracias.
Mientras Nahuel asentía orgulloso de su eficiencia, otra vez apareció la voz del tenor, que decía:

- ¿Por qué no te quedás un rato con nosotros, mamita? No sabés cómo cuidamos los perritos.

La señora se encrespó y le soltó a Nahuel:

- ¿Y usted no hace nada? Le faltan el respeto a una dama, a una señora mayor ¿y la policía como si nada? ¡Parece mentira! ¡Este país no tiene solución! Como decía papá, los peronistas lo destruyeron. Esta vez no vino una carajeada desde la puerta de Martínez. Quizá porque era peronista de segunda generación.

La señora pegó media vuelta y se fue taconeando lo que le permitían sus años y su taco mediano. Al salir casi se choca con dos personas que estaban hablando con el agente de guardia en la puerta. Fueron anunciados por el intercomunicador como el doctor Carmelo Carlos Spadavecchia no se cuanto y el árbitro E. Fernández.

Antes de que llegaran a la oficina de Guardia apareció Martínez casi forcejeando con el cabo Niezdvadek, un polaco alto, simpático y muy

tranquilo, pero que ahora estaba totalmente sacado y quería entrar a la Oficina de Guardia con propósitos de acción directa.

-¡Dejame manejarlo a mí! ¡Yo lo mato! No puedo aguantarme. ¡Lo mato! ¡Otra que denuncia! ¡A éste... a éste lo liquido! – vociferaba Niezdvaddek, pálido de rabia mientras Martínez trataba de arrastrarlo nuevamente hacia la oficina de suboficiales-.

- Venimos por la citación que le han hecho al señor arbitro aquí presente – señaló con voz engolada el abogado -. Una injusta denuncia penal en su contra por lo acaecido en el partido del domingo pasado. Venimos a contestar esa denuncia y a hacer una contradenuncia contra el Club, sus autoridades, socios, simpatizantes y aún vecinos. Por favor, joven deme con el oficial sumariante. Soy el doctor Carmelo Carlos Spadavecchia Gálvez, mucho gusto.

- Mucho gusto, Subinspector Nahuel Arriola, a sus órdenes –contestó Nahuel nervioso, sabiendo que no era eso lo que había que decir-. Lo que venían a hacer no era un trámite común. Esos temas penales ni Martínez los manejaba. Era jurisdicción del Oficial que llevaba el sumario judicial. Lo único que tenía que hacer Nahuel era avisarle a Martínez, para que éste buscara al Sumariante, pero de la oficina de Martínez se colaban algunas palabras sueltas entre las que sobresalían “bombero”, “vendido”, apenas tapadas por las toses que Martínez se esforzaba en imitar y algún forcejeo que dejaba adivinar que a Niedzvadek lo estaban llevando entre varios hacia el fondo. Nahuel, invitó al abogado y al árbitro a tomar asiento. El abogado, canchero, sacó un cigarrillo importado y le convidó ostentosamente. Mientras rechazaba la entrada en confianza, Nahuel miró al árbitro y vio que, a pesar del abogadón, estaba pálido y llevaba un bolsito por si lo obligaban a quedarse adentro.

Al rato, sin que le avisaran, entró Martínez, arreglándose el uniforme y con apuro le dijo al abogado y al referí que lo acompañaran, que el Oficial Sumariante los iba a atender. Cuando volvió, Nahuel le preguntó qué le pasaba al cabo Niedzvadek.

- Sucede que el domingo hubo un percance en el partido y Niedzvadek quiere solucionarlo ahora y personalmente con el referí Fernández...

- ¿Qué pasó? ¿Le tocó ir con el grupo de vigilancia deportiva a controlar la cancha? –preguntó Nahuel-

- ¡Qué vigilancia ni qué control! Niedzvadek es de la barra brava del club... y se lo quiere comer. El equipo entró en zona de descenso y la barra le echa la culpa al referí Fernández. Fijate que obligaron a uno de los dirigentes a que hiciera una denuncia contra el árbitro. En eso están ahora.

- ¿Lo denunciaron por mal arbitraje?

- No pibe, no. Una denuncia penal por abandono de persona. Parece que al Nene Tortorella, -el fulback, ¿viste? - lo revolearon por el aire y cayó sobre el huesito dulce y el árbitro dejó seguir el partido, aunque el chico estaba revolcándose de dolor por el suelo... resultado: el avance de los contrarios terminó en un golazo y encima tarjeta amarilla para Tortorella por presunta simulación.

- ¿Se armó? – siguió Nahuel con sus preguntas.

- ¿Si se armó? Estuvo suspendido el partido como 15 minutos. El nene Tortorella seguía en el suelo y desde las tribunas tiraban hasta las butacas nuevas. Un quilombo. El referí tardó tres horas en poder salir y lo tuvimos que sacar en patrullero... Los barras lo apestillaron a uno de la Comisión, un tal Barataglia para que hiciera la denuncia. Lo acusan a Fernández de dejar sin atender al Nene Tortorella...

Según el cabo Niedzvadek, si no lo condenan, él se va a encargar de que no dirija más.

- ¿Pero, Torterella quedó lastimado? ¿Tuvo una lesión fuerte? ¿Está internado?

- No, pero según el cabo Niedzvadek a tres días del partido sigue con diarrea y no se le pasa por más que sólo está comiendo arroz hervido con pastillas de carbono.

-No va a andar esa denuncia –acotó Nahuel-.

- ¡Andá a explicárselo a Niedzvadek! El está convencido de que a Fernández le pagaron un montón de guita y que el Nene Tortorella estuvo en peligro de muerte... El fútbol es un sentimiento, pibe.

- ¿Y cómo termina esto? - preguntó Nahuel con mucho interés-.

-Es un caso muy difícil. La prueba es más que complicada. Seguro que como se trata de un caso de fútbol todo se va a arreglar con un pique y el famoso 'siga, siga'. El campeonato es largo y faltan muchas fechas.

Desde el lado de los muchachos del tintillo se escuchó a uno que gritó "¡Gol!" y al otro que gritó "¡Orsai!". Se ve que estaban con las orejas atentas.

Martínez sin darles bolilla salió para su oficina y Nahuel, mostrando que había aprendido a hacerse respetar, gritó:

-¡Ustedes se quedan calladitos la boca! ¡No quiero escuchar ni una palabra más! ¿Está claro?

Un confuso "sí, señor comisario" apenas se escuchó porque fue tapado por Marilín, que en voz más bien alta le señaló

- ¿No tenés frío, muchacho? Yo estoy sin nada en el estómago y me muero de frío acá. ¿No tenés estufa?

Y sin que mediara respuesta, Marilín abrió su cartera, sacó una petaca, la abrió lentamente y tomó un buen trago.

- No puede hacer eso – le reconvino Nahuel-.
- ¿Cómo que no? ¿No ves que estoy pudiendo?
- Le voy a tener que confiscar la petaca – señaló Nahuel- .
- A mi no me confiscás nada. Acá hay muchos que me quisieron confiscar, pero andá sabiendo que yo no me dejo confiscar... salvo que yo quiera, que en ese caso no es confiscación.
- Senora, le repito que aquí no se puede beber
- El que toma y no convida tiene un sapo en la barriga – cantó uno de los borrachos -.

Nahuel optó por interrumpir sus demandas pues vio que con esa gente no podía.

Por el intercomunicador le informaron desde la puerta que venía un señor para hacer una denuncia de robo de un Fiat. Nahuel llamó al Suboficial Martínez como le habían recomendado.

Martínez se acodó en el mostrador y esperó que llegara el que iba a ser la denuncia. El hombre entró y se dirigió tímidamente a sentarse en el medio del banco.

- ¿Usted viene a hacer una denuncia por el robo de un Fiat? – preguntó con cara de distraído Martínez.
- Sí, señor – contestó el hombre y agregó- Los datos son...
- Matrícula AVN 540, que estaba en... Yrigoyen y ... – lo interrumpió Martínez-.
- ¡Lo encontraron! –saltó el hombre- Que suerte! Estaba muy preocupado...
- No lo encontramos... Lo expropiamos – lo cortó Martínez-
- ¿Cómo? - balbuceó el hombre-.
- Anoche pasamos con el patrullero a eso de las once y vimos el coche. Sí, estaba vacío, con las llaves puestas, el motor en marcha y las luces prendidas. Cuando pasamos a las tres de la mañana, el

coche seguía igual, en marcha y con las luces prendidas. Entonces lo expropiamos. Ahora es de la Comisaría. Estaba abandonado en la vía pública

- ¿Me lo dice en serio, señor? – preguntó asustado y nervioso el hombre-.

- ¿Porqué no me cuenta lo que le pasó?

- Mire, no sé bien lo que me pasó. Sé que estaba con muchas ganas de llegar a casa. Me había ido mal con mi jefe y quería llegar a casa. Pude estacionar en la puerta y ...no me acuerdo de haberlo dejado en marcha y con la luz prendida. Le juro, señor...

- Parece que andaba medio perdido – sentenció Martínez-

- Sí, señor. Encima todavía no lo terminé de pagar.

- Todavía no me agradezca nada. Me tiene que probar que usted no dejó el coche con la llave puesta para que se lo robaran y poder cobrar el seguro.

El hombre palideció. Martínez le mostraba el llavero y Nahuel empezó a sentirse mal, especialmente cuando escuchó una risita del lado de los borrachos. Por suerte Martínez le tiró la llave para que el hombre la abarajara

- Andá a buscarlo, viejo, pero tené un poco más de cuidado, que después nos echan la culpan nosotros de que hay muchos robos. Está en la playa policial.

La voz de Marilín tapó las risas de los borrachos.

-Porqué no me adoptás, papá. Nunca te voy a dejar de a pié. – y agregó a las carcajadas- Soy cero kilómetro, nunca taxi! ...Si necesitás ayuda con tu jefe, contá conmigo.

El hombre le dio la mano a Martínez y dijo

- Cómo puedo agradecerle, señor?

- Y, si querés, hacenos marchar una de jamón y queso para la oficina de Guardia, así la comemos con los invitados – dijo señalando a Marilín y a los borrachos.

- Gracias, de nuevo. Va a venir con algunas empanaditas – dijo el hombre mientras le daba la mano a Martínez y a Nahuel, y le decía gracias a Marilín-.

-Saludá a todos – salió del lado de los muchachos del vino-.

Sí, sí, adiós y muchas gracias – dijo el hombre reculando hacia la salida con una sonrisa de boca a oreja-.

- Si ustedes siguen así – señaló ceñudo Martínez – se van a quedar sin pizza. Y vos Marilín comés la pizza y te vas derecho a tu casa, que hace frío. En cambio ustedes se van a quedar un rato más hasta que se les bajen los efectos del tintacho y puedan manejar...se Nahuel miró a Martínez y le sonrió. Este le retribuyó con una palmada en la espalda y guiñándole un ojo le dijo.

- Voy a descansar un rato. Este trabajo te palma, viejo...

Nahuel disfrutó de un rato de tranquilidad que aprovechó para revisar el contenido de los dos cajones del escritorio. No tardó mucho. En uno no había nada de nada, salvo tierra de vieja data. En el otro había una estampita de la Virgen de Luján, bastante ajada, un lápiz sin punta y una pila de carbónicos usados unos cuantos años atrás. Después inspeccionó todos los sellos que había sobre el escritorio. Luego miró un pizarrón donde había unos avisos pegados con chinchas. Ninguno le llamó la atención, salvo uno que decía, “En caso de delito donde intervengan mujeres (femeninas), dar intervención a la oficial encargada”, y entre paréntesis “guarda con el léxico y las miradas. No les gusta que les miren las piernas, ni de adelante, ni de atrás. Mirar a los ojos... Esto en horas de servicio, después es responsabilidad de cada uno y la Institución no se responsabiliza”.

El intercomunicador chirrió y se escuchó algo "confuso que al pedido de que repitiera, a la tercera vez y después que Nahuel se desgañitara gritando, se entendió algo así como "...archan un asculin y unanina... po... apriete... falta ...speto...gente... uardia".

En esos momentos entró una parejita, ella toda primavera, pero con la cara blanca; él todo fuego juvenil, con la cara roja. A Nahuel se le fueron los ojos para el lado de la muchacha, pero la educación de la escuela de cadetes se impuso y enderezó la mirada.

- ¿Sí? - dijo Nahuel, mientras trataba de mover el intercomunicador y escuchar algo más comprensible.

- Nos mandó entrar el de la guardia. No hay derecho a que a uno lo traten así –contestó el muchacho atropelladamente-. Uno está paseando tranquilamente y le empiezan a los gritos. ¿Qué se cree?

- ¿Qué se cree, quien? -interrogó Nahuel, dejando a un lado el intercomunicador-.

- El que está ahí afuera. Se cree el dueño del barrio. Él nos mandó para adentro... Nos dijo que si no entrábamos por las buenas él nos arrastraba por las malas.

- ¿Pero, qué pasó? ¿Por qué los mandó para adentro? ¿El agente de guardia los mandó?

- Sí y de puro prepotente... Yo quiero hablar con algún oficial... ¿qué se han creído?

El muchacho estaba fuera de sí y la muchacha casi llorando lo tironeaba de la camisa y le decía:

-Tranquilo. Te van a meter preso. Vos siempre igual. Ya pasó... Tranquilizate, por favor.

El tipo no se calmó y siguió protestando con voz alterada. Nahuel no entendía bien qué pasaba. Trató de comunicarse infructuosamente con el agente de guardia que estaba en la puerta de la comisaría. A

su pedido de aclaración de porqué había pasado la pareja a la oficina de guardia, esta vez no hubo chirridos pero sí zumbidos y sólo pudo escuchar algunas palabras o frases sueltas que, con esfuerzo podrían agruparse en algo parecido a “endejo – greídos - arajo y racias que toy de uardia”.

Nahuel, mostrando cara de haber entendido correctamente todo, ordenó los sellos, tratando de pensar. Por suerte de la oficina de al lado salió el vozarrón de Martínez:

-¡Responsable de Oficina de Guardia! Concurra a la puerta y averigüe qué ha pasado con esta gente. Vuelve y me informa.

El “sí, señor, a la orden” de Nahuel fue acompañado de nuevas protestas del muchacho y de pedidos de calma de la joven. El vozarrón de Martínez retumbó nuevamente:

-Me hacen silencio, por favor!

- Nene, - intervino Marilín - en las comisarías no se habla si no te piden que lo hagas. Y nunca grités, porque las paredes son sordas, pero no mancas.

Al rato volvió Nahuel, caminando muy despacio y con cara de preocupado. Sin anunciarse entró en la oficina de Martínez.

- Jefe -dijo, hablando en voz baja-, en la puerta está de guardia el agente Berricochea. Quiere entrar no sé si a hablar con usted o a romperle la cara al muchacho que está aquí al lado.

- Pasá a los hechos, nene – lo cortó Martínez- ¿Qué pasó en la puerta?

- Vió, jefe, que está en la puerta la camioneta que volcó el sábado y que la tenemos secuestrada por orden judicial por posible trata de blancas, aunque parece que las chicas...

- Los hechos, pibe, los hechos -volvió a cortar Martínez, suspirando.

- Sí, jefe, sí. ... Bueno parece que esta pareja se detuvo a mirar la camioneta... Y el agente Berricochea dijo el consabido: “Por favor circulen”... Ya ahí empezó el problema...

-¿Qué pasó? ¿Se desacataron? ¿Le faltaron el respeto?

- Según el agente Berricochea, las dos cosas y algo más... Parece que el muchacho se rió y se puso a dar vueltas alrededor de la camioneta. Cuando el agente insistió en que circulara, el joven muy cancheramente, le dijo que estaba haciendo lo que le pedía... Y se le puso a explicar que “circular” significa dar vueltas en círculo... Como se imagina, la cosa siguió con “tené respeto a la autoridad” – “todavía somos libres para circular” – “rajá de acá que te mando adentro” – “la educación es libre y obligatoria”. Berricochea dice que no lo deje salir... Que le faltó el respeto a él, a sus años y a la Policía. Pide venir a explicarle personalmente. ... Está muy caliente, señor...

¿Quiere que le diga los adjetivos que usó?

- No hace falta, conozco hace más de 20 años al hombre y su boquita

- dijo lentamente Martínez-. Mirá, haceme un favor, andá a la puerta, mandámelo a Berricochea para acá y vos quedate un ratito de guardia. A los dos minutos Berricochea se anunciaba. Estaba rojo, traspirado y se notaba que hacía un gran esfuerzo para contenerse. Apenas entró le salió a raudales:

- Jefe, ¿Este péndex qué se cree? Uno habla correctamente y...

- Berricochea – cortó Martínez-. No lo traje aquí para que hable, sino para que escuche, ¿OK? Bien... Usted tiene que ir a cuidar la cancha el domingo próximo, ¿no? Justo es el clásico bravo, ¿no? No sería raro que hubiera problemas, ¿no? También me parece que es el día del abuelo, ¿no? ...Estaba pensando, Berricochea... ¿si le doy franco todo ese día, es capaz de hacerme una gauchada? ... ¿Se anima?

- ¿Franco este domingo? ¡Claro, jefe! ¿Qué necesita que le haga?

Cuente conmigo.

-Quiero contar con que vuelvas a la puerta y te quedés tranquilo. Pero bien tranquilo.

- Pero, jefe, éste...

- Bien tranquilo, así podés disfrutar el fin de semana con los nietos.

- No hay derecho, jefe...

- Los policías no tenemos derechos, sólo deberes... Andá para la puerta y pensá en el domingo con un nieto en cada rodilla.

Mandámelo al pibe de vuelta.

El agente Berricochea salió de la oficina con la cara dividida entre la suerte de pasar el día del abuelo con los nietos y la necesidad de tragarse un sapo que le costaba las amígdalas. Sin mirarlos pasó al lado de los jóvenes y enfiló mascullando bajito para la puerta. Al ratito estaba Nahuel volviendo raudamente, y entrando en la oficina de Martínez.

- Jefe –dijo a la atropellada-, le manda decir Berricochea que está bien, pero que sea la última vez y que gracias. Eso fue lo que me dijo. Me lo dijo en posición de firmes y sacando pecho.

- Con la panza que tiene no le va a durar mucho... Pero yo me entiendo... Los nietos son más fuertes que el sexo... a determinada edad... Bueno, sos muy joven para entender eso...

Nahuel se quedó mirándolo y al no comprender del todo, aprovechó para hacerle señas preguntando qué hacer con la parejita que estaba esperando afuera.

- Qué querés que les haga, pibe –filosofó Martínez- . Son demasiado jóvenes y todavía no hay pena clara para ese delito. Es la eterna lucha de los ómnibus: los que recién suben le piden espacio a los de atrás y empujan todo lo que pueden. Los de atrás resisten hasta que

se bajan y entonces los de adelante van pasando parar atrás y la historia se repite...

- Sí, jefe -contestó Nahuel-. Pero, ¿qué hago? ¿Armo un expediente? ¿O los va a largar así nomás?

- Tranquilo, león. Algo hay que hacer porque el que está en la puerta es de la cofradía y no lo podemos dejar sólo en la estacada. Tampoco nos podemos pasar de vivos porque después vienen los del Inadi y tenemos que hacer magia para que nos entiendan.

- Los del Inadi? No es el Instituto contra la Discriminación y el Racismo, jefe?

- Sí, son una especie de brigada contra la discriminación. Se la van a agarrar con que los discriminamos por la edad, algo así como xenofobia contra chiquilines... A ver, déjame pensar algo justo y equitativo, como dicen en las misas, pero que también sea un escarmiento para que no se las lleven de arriba. ¿Vos, aunque sos medio péndex, me entendés, no?

Martínez se puso a buscar algo en el escritorio y Nahuel asintió dos veces porque no entendía y se quedó mirando al viejo policía. No le cerraba qué tenía que ver el Inadi con el caso, pero la jerarquía es la jerarquía. Él estaba aprendiendo y no convenía insistir y mostrarse cómo que no sabía.

- Ya está pibe – dijo Martínez, interrumpiendo los pensamientos de Nahuel-. Me llevás la parejita a la oficina de los peritos que sólo tiene la mesa grande y dos sillas. Los hacés sentar y les decís que van a tener que esperar un rato para que les tomemos la denuncia porque estamos trabajando en una circular que nos mandó el Juzgado de turno. Tenemos que mandar como quinientas circulares. Al muchacho le das este libro. Es un diccionario. Decile que es para que se entretenga, que allí están casi todos los significados de las palabras...

- ¿En serio? ¿Hago eso, nada más?

- Sí, querido. Nada más. A la hora los largás. Vas a ver que ya van a esta calmados. El tiempo calma las fieras... o las aburre; y si te dicen algo por la demora, les decís que no era demora sino entrenamiento y que si quieren vengan mañana a “circular” por la comisaría a eso de las seis de la mañana, que no hay mucha gente”.

Nahuel se fue cabizbajo con el mandato. Este jefe suyo a veces parecía un sabio y en otros momentos un loco lindo.

Al ratito nomás, Martínez lo vió entrar pura sonrisa.

- Jefe, los chicos se calmaron... Se ve que la piba lo agarró del fundillo al novio y el muchacho antes de que yo dijera nada me dijo que quiere hablar con usted y pedir disculpas... Me parece que se podría, salvo su mejor opinión...

- Sí, pibe, sí. Dales la salida y que los ayude Magoya. Es lo mejor que podía pasar. Aceptale las disculpas y decile que la próxima vez pasen por la vereda de enfrente. Estoy seguro que no lo hacen a propósito. La vida es así; el coraje dura hasta que uno se da cuenta que el otro es más grandote y sólo algunos nos bancamos de pie que nos rompan el alma... Los inteligentes se guardan para otra pelea... más equilibrada. Acompañalos a la puerta para que no haya problemas con Berricochea.

Nahuel salió corriendo. Estaba feliz de que la cosa terminara bien. Él también era joven y no le gustaba que los agarraran de punto. Aunque estos dos...

Cuando volvió se guardó bien de comentarle a Martínez que Berricochea había dicho, mirando para otro lado, “pendejo forro’ y que el muchacho había contestado en la misma dirección “rati de mierda”. La gente necesita desahogarse un poco cuando anda tensionada.

Al fin había un poco de tranquilidad. Los dos borrachos dormían plácidamente, apoyados uno contra otro. Marilín se había recostado sobre el banco y roncaba rítmicamente. Nahuel no había parado en toda la mañana y ya estaba comenzada la tarde. Arregló por enésima vez los papeles del escritorio, leyó todos los cartelitos del pizarrón y como ya comenzaba a aburrirse, buscó el libro de Humberto Eco que le había regalado su novia y se dispuso a comenzar su lectura. Ella le había dicho que se trataba de una serie de asesinatos en un Monasterio de la Edad Media. Lo que le llamó la atención fue el grosor del libro... ¡tenía casi cuatrocientas páginas! ¿Se lo iba a tener que tragar todo? ¿Matarían a todos los monjes? ¿El culpable sería el sacristán o el abad sería un cura trucho?

Pero no pudo seguir con sus reflexiones detectivesco-culturosas. Se oyó de vuelta el chirrido del intercomunicador que andaba cada vez peor.

- Che, fijate si a Berricochea no lo están circulando de vuelta –bramó Martínez desde su oficina.-

Nahuel pidió que se repitiera el mensaje y el intercomunicador tartamudeó sonidos extraños hasta que se pudo identificar un párrafo: "...acuérdense de los pobres...".

La voz de Martínez interrumpió la duda de Nahuel sobre el contenido total del mensaje

- Guardá todo, pibe, que llegó la pizza y si nos distraemos, entre Marilín y estos dos de ahí no nos van a dejar ni las aceitunas...

Los Pitufos Felices y la Terapia de Shock

Acá estoy frente a la hoja de papel en blanco. Quedé con Laurita que iba a escribir... Pero, antes que nada y por las dudas, quiero dejar en claro que mi nombre es Nicolás Andrés Bergés. Por algo lo aclaro.

Después de lo que pasó, Laurita me pidió que escriba lo que me venga. Que la nueva psicóloga le recomendó que eso es bueno para aclarar las cosas cuando son o fueron un poco confusas. Lo voy a hacer por Laurita y nada más. Ella cree en esto de las terapias, pero a mí, después de lo que pasó con la otra, se me hace difícil.

No tengo idea por dónde empezar. ...Aunque sé cuándo comenzó todo. Fue el día del primer cumple de Nikito, más específicamente en la fiestita, cuando los Rivoira nos preguntaron en qué colegio lo habíamos anotado. Al escuchar que no habíamos pensado todavía en eso, pusieron cara seria y en confidencia nos estuvieron hablando casi una hora del “pobre” Nikito si no tiene asegurada su inscripción en un buen Jardín de Infantes, como el de los Pitufos Felices adonde van sus nenas.

A Jorge Rivoira lo conozco de toda la vida y su mujer hizo buenas migas con Laurita. Para mí son un poco obsesivos, o mejor dicho, bastante densos con la crianza de sus nenas. La hora de charla versó sobre que los buenos jardines son muy requeridos, tanto que algunos inscriben desde el nacimiento y que en el Japón el nivel a que llega la gente en las empresas, depende del Jardín de Infantes al que

fueron de chicos... Para mí, todo un poco exagerado; pero no fue así para Laurita.

Después que se fueron todos, por más que intenté hablar de la fiestita, no pude impedir que se angustiara y se pasara media noche desvelada. Me cansé de decirle que no se hiciera problema, que lo íbamos a solucionar en un dos por tres. ¡Pero me equivoqué: dos por tres sólo llueve!

No adelantamos mucho en la semana, porque en el trabajo están implementando un nuevo sistema de auditoría que todos sentimos que nos respira cerca de la nuca y nos deja de cama. Pero el domingo, cuando fuimos a comer a la casa de los de los padres de ella, apenas nos sentamos, sacó el tema.

El viejo, como buen dentista le hincó el diente al problema y sin anestesia pontificó que, para tomar una decisión inteligente, se debe saber qué va a querer ser el chico cuando sea grande, así no le hacemos perder el tiempo, como le pasó a él; que el padre quería que fuera abogado y se tuvo desgastar varios molares, hasta que pudo convencerlo que lo suyo eran los dientes. El viejo festejó su propio chiste. Yo estuve tentado de decirle que su padre debe haber aceptado porque las carreras son parecidas: una ayuda a no perder los juicios y la otra a no perder la muela del juicio. Pero me aguanté porque mis chistes no le caen muy bien y conmigo tiene una relación más bien distante, medida y como de corona floja, siempre pronta a caerse en la mitad de un mordisco.

Estaba de visita la tía profesora de biología, quien sumó que hoy hay que hacer dos carreras, pues con una sola no alcanza; que si ella fuera joven estudiaría biología marina, lo que me hizo acordar que Laurita me había contado que la tía había tenido un acercamiento casi biológico con un bañero de Gessel. Cuando le pregunté si los

prácticos de esa carrera lo hacían en la costa, cerca de Gessel o Pinamar, recibí una patada flor de Laurita que me hizo ver las estrellas y perder la respuesta de la tía solterona, que cuando la pude mirar de vuelta estaba con los ojos entrecerrados y con un bocado medio olvidado en la boca.

Por suerte la mamá de Laurita, con su clásica focalización centralizada, contribuyo a clarificar la problemática del posible jardín de Nikito, señalando que el restaurant que fundó su papá era atendido siempre por sus propios dueños, lo cual fue comentado positivamente por su marido, hermana e hija. Cuando me llegó el turno de sumarme al coro laudatorio, me encontré sin muchos comentarios que agregar, lo que no impidió que pudiera señalar que el ojo del amo engorda el ganado, lo que obtuvo una aclaración crítica de la señora.

- No cualquier ganado. En el restaurant de papá la carne siempre fue de novillo de exportación.

Cuando volvimos a casa, constaté que Laurita seguía preocupada y que de vez en cuando miraba a Nikito con una culpa como si le estuviéramos dando puré vencido. A su triste silencio contesté prometiéndole que iba a preguntarle a mis compañeros de oficina sobre los jardines de infantes de sus hijos, lo que me valió una sonrisa triste pero radiante, con un mensaje que decía clarito: “Sos mi hombre y Nikito debe estar feliz de tener un papá como vos. No cualquiera tiene esa suerte y más de una mujer estaría orgullosa de ser cuidada así”. En verdad no sé si la sonrisa tenía todo ese texto, pero para mí decía eso y otras cosas que no quiero poner, pero que lo llevamos a cabo en un marco de bastante silencio por miedo a que Nikito se despertara.

En el trabajo no me fue del todo bien. Era lunes y todos los muchachos comentaban el fútbol del domingo. Tuve que esperar el

repaso de las mejores jugadas de cada equipo, los peores arbitrajes, y la alta filosofía de base. Cuando pude preguntar sobre los jardines, Juan Carlos me comentó que lo eligió la mujer y que no le rompen mucho con las reuniones; Ricardo que lo manda al colegio donde fue él cuando era chico; Fede, que todos los chicos fueron al mismo colegio porque hacen descuento a los hermanos. Pero no todo fue así: Mauricio y Nicolás se sentaron y estuvieron charlando conmigo, pero compitiendo entre ellos sobre cuál de los dos jardines al que van sus chicos es mejor.

Lo más sensato vino de las mujeres: Nadia me susurró: “Dejá que lo maneje tu mujer. Los hombres no saben ni de qué color son las salitas”. Patricia: “Son todos iguales. Te prometen el oro y el moro y después tenés que luchar con maestras que defienden la enseñanza haciendo huelguitas que te obliga a esconder los pibes en la oficina o en la casa de tu suegra”. Noelia: “Piénsenlo bien que los chicos se merecen lo mejor y no que los traten como quesitos amorosos”. La más sincera de todas fue Leonía, la contratada, quien me dijo: “Nene, soy soltera. Ando en otra, no tengo idea de los jardincitos...”. El jefe tampoco fue muy claro: “Vos venís con cada pregunta... Decime, ¿te estás por separar que andás preguntando adonde mandar al pibe?” A Laurita no le fue mucho mejor en la oficina. Como el tema la tiene un poco nerviosa no fue muy claro lo que preguntó y se encontró con las más jóvenes, en general solteras, que no querían tener chicos por ahora, pero que lo de ellas no era puro sexo desbocado. Las más maduras que se vieron atacadas con esa postura, señalaron que ellas también habían sido jóvenes, y que no eran unas jovatas. Que además no se olvidaran de los relojes biológicos que por ahí las dejaban con el pan viejo del sexo y sin la torta de los hijos. Como al pasar señalaron que el estar casadas les ponía a mano con quien

disfrutar y no tener que andar buscando. Sólo pudo pararse la competencia cuando Laurita reformuló la pregunta en el sentido de que lo que necesitaba era que le aconsejaran a qué jardín mandar a Nikito. Parece que todas la miraron como culpable de desmán ideológico al divino botón con desgaste de calorías varias y humores ácidos.

Las respuestas que al final obtuvo fueron muy variadas. La mayoría había quedado enganchadas en el tema anterior. Una, que es brava y solterona, le dijo “Mandá al nene a un colegio cerca de tu casa así tenés más tiempo para disfrutar de lo que todavía tenés a mano”.

Caro, le dijo que lo mandara al Jardín de la Obra Social, que no es muy uhhh!, pero sale casi gratis. Su amiga Cecilia le recomendó uno que los dueños son discípulos, parece que de Lacán, donde los chicos juegan frente a un espejo y comienzan a hablar a la perfección. Esther insistió mucho con uno bilingüe de la colectividad que es lo mejor de lo mejor y aceptan gois. Su jefa no le recomendó ninguno, pero insistió en que se concentraran que el día siguiente era de cierre de facturación y que, si no les molestaba, siguieran la charla a la hora del almuerzo. Cosa que no sucedió, justamente porque fue pedido por la jefa.

La semana siguiente fuimos a comer a la casa de mis viejos. Laurita pifió la entrada en tema. Comenzó justamente mencionando a los Rivoira y que lo que nos habían dicho nos tenía muy preocupados. Se olvidó que mi vieja conoce a los Rivoira desde hace varias generaciones y que su opinión sobre todas ellas varía entre pésima y muy mala. En el medio de su trajinar con las cacerolas, al escuchar de los Rivoira, le saltó la térmica italiana y comentó bonachonamente.

- Nena, vos sos amiga, pero todos los Rivoira son unos piojos resucitados que ahora porque tienen unos pesos...

Yo, que sabía cómo iba a seguir, pude interrumpir tosiendo como si me hubiese atragantado con un cordero entero. Disimulando me corrí a la cocina y entre gestos y miradas le pedí a la vieja que la cortara. Ella sólo me respondió, mirándome fijo y diciéndome en voz baja: -¿Qué? ¿No puedo hablar en mi propia casa? Si el abuelo de éstos estaba lleno de deudas... Las veces que habré visto a su mujer, haciéndose la mosquita muerta y diciendo a los que venían a cobrar que “el señor” no estaba.

Para cambiar el ángulo de posible bombardeo, le pregunté a mi papá que pensaba sobre los Jardines de Infantes. El viejo estaba poniendo a escondidas un chorro de fernet en el vermouth liviano que le había servido mi vieja. Se ve que tenía concentrada toda su atención en esta maniobra de esquivar la mirada controlante que llegaba desde la cocina, porque saltó y me preguntó dos veces “¿lo qué?”.

Mi vieja lo puso en caja con un conciso “¿Otra vez perdido, vos?”. El pobre tardó un poco en aterrizar y cuando le estaba por repetir la pregunta, me miró fijo y me preguntó:

-Estás seguro que esto del jardín no tiene que ver con las escuelas de fútbol, ¿no? El pibe va a ser de Huracán, ¿no? Los otros abuelos no serán de San Lorenzo, ¿no? Ojo a qué escuela lo mandás, porque después lo fichan y te lo venden a cualquier club por dos chirolas, ¿eh?

Cuando le contesté que se quedara tranquilo, que ya tenía fotos de Nikito con la camiseta del Globo que él le había regalado, me palméo y me dijo : “!!!Eso!!!”. Y después, acordándose de su papel de paterfamilias, la miró a Laurita y con sabiduría de tablón, le pasó la pelota:

-Y vos, que sos la madre ¿qué pensás? Porque las madres son las madres. Primero y ante todo.

Laurita, quizá enviándole un tiro por elevación a mi vieja, pero con pura inocencia, no tuvo mejor idea que comentar que los Rivoira anotaron sus nenas apenas nacieron en el jardín “Tiempos de Felicidad Pitufa” y que estaban encantados, que hasta clases de ballet daban.

Mi viejo casi vuelca el segundo vermouth, que ahora estaba disimulado en una taza, por obvias razones de ocultamiento visual. Se puso pálido, acercó la silla a mi lado para que Laurita no escuchara y mirándome fijo, me susurró:

- ¿Cómo? ¿Escuché bien? No me digas que vas a mandar a Nikito a ballet...

Mi vieja que lo conoce a mi viejo de memoria, tapó el comentario del viejo, diciendo como al pasar:

- Viejo, enguajá la taza, ponela en el aparador, no rompás los floreritos y... ¡y no tomés más! Que ya empezás a desvariar. - Y dirigiéndose con voz dulce a Laurita - ...Los Rivoira, nena, hablan de envidia, porque todavía no tienen un varoncito como ustedes... Además, a ese colegio deben ir los pobres hijos de los nuevos ricos... o de los que quieren aparentar que lo son.

Una segunda tos fuerte pudo paliar algo del fuego que venía de la cocina, pero no todo. Suerte que aparecieron los ñoquis de la vieja que no tienen prejuicios sobre los Rivoira y que –como siempre- estaban diez puntos y un felicitado. Hubo un silencio reverencial durante el cual comí dos platos solos y uno con estofado. Laurita, como anda preocupada, apenas uno y medio.

Cuando terminamos los hum, ah, qué rico, pasame el queso, alcanzame el pan, ponele soda, viejo, y demás altos intercambios, pasamos a una larga y callada sobremesa, pues nadie quería desafiar las leyes de tanta harina y tuco incorporados. Antes de levantarnos de

la mesa mi viejo quiso hacerle probar un poco de fernet a Nikito para mejorarle la digestión del platito que había engullido el pequeñín. Mi vieja centró en él sus armas de destrucción masiva y los Rivoira desaparecieron de escena sin que yo los extrañara.

Ya se venía el atardecer cuando el viejo se concentró en querer enseñarle a Nikito a patear los penales como los pateaba Houseman, con grave peligro para los pobres canarios que se alborotaban en cada pelotazo. Mientras me esforzaba en sostener a ambos para que no se cayeran, Laurita me hizo señas de que estaba cansada. La vieja, que es una madraza, nos despidió con una fuentecita, recubierta con un repasador a cuadritos, para que Laurita no tuviera que cocinar a la noche. Sobre el futuro del nene, le sentenció a los cuatro vientos: “Vos siempre vas a ser el preferido de la abuela”.

Laurita no cocinó esa noche, pero le dio a la lengua hasta cansarse. Por suerte no se centró demasiado en mis viejos, sino en el porvenir del pobre Nikito, cuyos padres no lo habían inscripto en un Jardín. Según ella debíamos ir lo más pronto posible a inscribirlo en el jardín ése de los Pitufos Felices.

Quedamos en que el martes íbamos a ir juntos apenas saliéramos del trabajo. Y así llegamos al famoso jardín, donde la Directora General había salido, pero nos estaba esperando la Directora Asociada de Relaciones con los Padres y/o Tutores. Muy amablemente nos preguntó quién nos derivaba, sonrió cuando le mencionamos a los Rivoira. En Recepción nos habían entregado un folleto con la Historia de la Institución, su Misión, Valores, Nuevos Paradigmas, Políticas y Objetivos de Corto, Mediano y Largo plazo. En la tapa había una foto de la Directora General, acompañada de todos los docentes sonrientes y vestidos de Pitufos. Debajo de la foto estaba el lema del Jardín, creado por la Fundadora- madre de la actual Directora - , que

decía en letras doradas: "Hacéos como los niños para que ellos se hagan como vosotros".

Laurita estaba exultante con la amabilidad de la Coordinadora y el folleto. Yo no tanto porque estaba pensando en qué porcentaje del sueldo se iba a ir con los Pitufos Felices. La alegría de Laurita empezó a decaer cuando se enteró de que las visitas a las instalaciones se hacen solamente los segundos jueves y en grupo, así los futuros padres de alumnos se van conociendo e integrando. Siguió cayendo cuando la Coordinadora se disculpó a la media hora, diciendo que tenía otras entrevistas que atender, pero que nos iban a dar por secretaría los formularios de solicitud. La caída fue estrepitosa cuando escuchó: "Tenemos todo el tiempo del mundo para conocernos, pues como sabrán, las vacantes están cubiertas hasta dentro de tres años..."

El porrazo de Laurita terminó en una depresión brava. Quien le ayudó mucho a salir de ella fue su amiga Juanita, la que se recibió de psicopedagoga, y que le recomendó que consultara con la Licenciada Cristina, una psicóloga amiga, ¡una genia!

-Mirá, Nicolás – me dijo Laurita una tarde gris –. Juanita me va a conseguir una hora con la Licenciada Cristina. Nunca me voy a perdonar no haber hecho todo lo posible por Nikito. Lo siguiente que supe sobre el tema era que la recomendada de Juanita era una psicóloga activa, especializada en terapias de shock, profesora de yoga holístico y que utilizaba métodos orientales de crash. Tenemos que ir los dos, pues se trata de una decisión de pareja y nos espera mañana a las seis y media.

Se me atropellaron las preguntas: ¿Shock? ¿Crash? ¿Yoga Holístico? ¿Será un electroshock oriental? Junté todas mis dudas y las resumí en:

- Sí, querida. Mañana a las seis.

A mí, Juanita, la amiga de Laurita nunca me cerró bien. Siempre sentí que me mira con aire de superioridad... Y aunque no entiendo mucho de porqué había que ir a una psicóloga holística, activa y profesora de yoga para ver a qué Jardín mandábamos a Nikito, como Laurita lo estaba pidiendo, pospuse mis aprensiones sobre el crahs y el shock.

El consultorio quedaba en una vieja casa de Palermo. Apenas tocamos el timbre la puerta se abrió sola. Entramos a un lugar que estaba a media luz y olía a incienso fuerte. Una música como de arpa lejana le daba un clima oriental y misterioso. Desde la penumbra apareció la Licenciada Cristina, flaca, alta, distante, vestida con una túnica blanca. Nos saludó con una inclinación de cabeza y diciéndonos con las manos juntas: “¿Cómo le va, Graciela? ¿Cómo le va, Nicolás? . Y nos hizo pasar a un lugar, más oscuro todavía, apenas iluminado con velas. No había sillas, pero estaba lleno de almohadones de diversos colores. En un costado había uno más grande. Ella se sentó allí.

Yo me senté en uno y como no estoy acostumbrado a sentarme en el suelo, empecé desde el vamos a sentirme incómodo. “Tranquilo, me dije, pensá en Nikito” y se me cruzó “¿cómo sabe mi nombre?”. Pero me concentré en soportar lo mejor posible la charla que se venía, cuyo título imaginé: “Respiración y silencio en el azul de la vida”.

Laurita parecía estar dividida en dos. Su parte superior era todo ojos mirando a la Licenciada, y su parte inferior, se debatía tratando de arreglar su pollera cortona que, por culpa del almohadón, dejaba demasiado a la vista partes interiores de su vida. Sus esfuerzos por estirar la pollera rebelde eran vanos. A mí me distrajo bastantes veces y me obligó a mirar a la licenciada a los ojos, a ver si creía que era un degenerado que no se detiene ni ante la propia mujer.

La charla comenzó como me había imaginado. La licenciada Cristina, con una voz suave y serena nos pidió que nos relajáramos, que vaciáramos nuestra mente de preocupaciones y que facilitáramos que la paz nos fuera inundando. Nos habló del mar, del cielo azul, de las profundidades del alma, del silencio.

-Si los sentidos están cerrados –nos dijo-, el alma se asoma y el espíritu fluye. No resistan a la mansa fuerza interior. Extiendan sus manos, cierren los ojos, sellen sus oídos y vivan esa otra vida.

Yo no me esperaba esta meditación. ¿Sería eso una terapia holística? Más bien parecía la introducción a una clase de yoga querendón. De a poco me fui relajando y me acordé de las clases en que acompañé a Laurita antes del parto. Me empecé a sentir cómodo y la voz de la licenciada se me hizo tierna, dulce y me dio como modorra y sueñito. En un punto se calló y después de unos momentos profundos de silencio placentero, oímos una voz seca:

-¿Y en la cama, cómo se llevan? Ustedes, en la cama.

No me lo esperaba. Me agarró desprevenido. A Laurita no le fue mejor: se le subió la pollera hasta el hombro. Cuando me pude rearmar un poco y me preparaba para mencionar algo así como “bien....normal, ¿...vio?”, llegó otra vez un seco comentario:

- Parece que más a o menos... ¿Y así cómo no van a tener problemas?

Yo la miré a Laurita y me asusté. Estaba acurrucada y como si estuviera escuchando un oráculo. No pestañeaba siquiera. Inspiré una bocanada de aire como para correr una maratón y comencé decir apresuradamente:

-Nos llevamos bien y ese tema está bastante... No sé cómo explicarle. ...Bien, o sea que... Bien. Normal, que le dicen. Usted sabe que...

No sabía cómo seguir ni qué decir. Me había agarrado totalmente desprevenido... La Licenciada estaba hablando, pero nuevamente con la vocecita suave.

- Este es el momento para decir si tenés otra. Después te va a ser más difícil. Aprovechá y blanqueá tu conciencia”.

Laurita se olvidó de su pollera móvil y me clavó una mirada rara. Yo, que me pongo nervioso si me apuran, traté de decir algo inteligente, pero sólo tartamudí:

- No... No...

La licenciada Cristina no me dejó seguir. Me interrumpió diciéndole a Laurita:

-Dos negaciones confirman. Hablá vos que éste ya confesó.

Laurita se quedó muda y alternando su mirada entre la licenciada y yo. La psicóloga retomó la palabra y dirigiéndose a mí deletreó con claro vozarrón:

- Ves, esto es lo que lograrás. ...¿Escuchas lo que tu mujer te grita desde adentro?

- Licenciada –le comenté con un hilo de voz – nosotros veníamos a consultarla por el Jardín de Infantes de Nikito. Debe haber una confusión...

- Todos dicen lo mismo – me interrumpió – Todos dicen que hubo una confusión. Nadie asume su culpa... o su dolor.

-Licenciada no es así – insistí – tratando de explicar algo que no sabía bien qué era y porqué debía explicarlo- Aquí hay en serio una confusión

- Claro que hay una confusión – me replicó agriamente- Siempre lo mismo: Excusas, Mentiras, coartadas. ¡Siempre igual! Mirá lo que lograrás: Una mujer que te quiere y te cuida, mientras vos... ¡Y lo metés a tu hijo en el medio! Pobre creatura, cómo va a conseguir un jardín si

el padre anda en el bosque de las cosas turbias. ¡Confesale toda la verdad y empezá una vida como la gente!

Yo, que me engancho fácil y me hago el bocho más fácilmente todavía, pensé a ver si esta mina lee el pensamiento... y estuve tentado de contarle y aclararle que con la piba de Caja no había pasado nada, que me gustaba, pero sólo sonrisitas y estupideces de oficina... Es cierto que había pensado algunas cosas con ella, pero no había pasado de eso... Como si en serio me leyera el pensamiento, la licenciada dijo con voz de asco:

- Me imagino las cosas que debés pensar y no quiero mirar el mundo de tu imaginario subconsciente. ¡El hogar no es para porquerías! ¡Sé hombre y contale a tu mujer tu otra vida y cómo te la pasás pensando en las otras o haciendo...!

- ¡Yo no tengo otra vida! Me la paso de la casa al trabajo y del trabajo a casa. Sólo pienso en ella y en Nikito. ¿De dónde sacó eso?

- ¿Sabés lo que es la re-renegación? ¿No te enseñaron a respetar la sexualidad femenina? ¿Sabés lo que es el complejo de falo chico y la envidia del pecho grande?

Yo no atiné a contestar porque me pareció que dijera lo que dijera iba a ser tomado en mi contra.

- Hay un pene bueno y un pene malo- pontificaba la psicóloga-. Vos sólo tenés el pene malo, que siempre va acompañado de alguna impotencia de base... Pero, hacérselo a esta pobre mujer, que sólo piensa en tu hijo...

No aguanté más. De pronto me di cuenta que la mina me estaba forreando y yo no tenía por qué aguantarme. Lleno de calentura, especialmente por haber tardado tanto en darme cuenta me levanté para irme. La miré a Laurita para hacerle señas de que nos fuéramos, pero sólo ví una cabeza inclinada que sollozaba e hipaba. Un mar de

lágrimas le impedía registrar lo que sucedía a cincuenta kilómetros alrededor.

- Está claro que no querés recibir tratamiento – continuaba la psicóloga – y no se puede tratar a quien no quiere recibir ayuda. Yo hasta creo que el tratamiento con personajes como vos es imposible.
-Vamos, Laurita – dije de mal modo y tragándome varias palabrotas –. Te espero afuera.

Pero Laurita no me oía, ni me veía, ni se movió... Sin esperarla salí de la salita y desde la puerta miré hacia atrás. Sólo vi a la Licenciada Cristina que inclinada sobre Laurita, que estaba casi acostada sobre el piso.

Quise dar un portazo al salir, pero la puerta tenía uno de esos mecanismos que retrasan el cierre por lo que me quedé con las ganas. Estuve como media hora en la puerta y después, de puro nervioso me fui caminando hasta un kiosco que estaba en la esquina para comprar cigarrillos. Los iba a necesitar... ¡Y no me equivoqué! Cuando me estaban por dar el vuelto vi llegar un taxi a la puerta del consultorio. Laurita salió acompañada de la licenciada Cristina, quien le ayudó a subir. Me quedé haciendo señas al vacío. La maldita licenciada hasta se dio el gusto de decirme: “Hasta pronto”.

El taxi llevó a Laurita a casa más rápido que el subte que tomé. Eso lo confirmé cuando llegué al departamento y me encontré con que estaba puesto el pasador de seguridad. A la hora de tocar timbre y de llamarla en voz baja, opté por llamarla por teléfono... Y nada.

Al quinto intento me sentí perdido. Como no era demasiado tarde llamé a lo de mi vieja y le dije que iba a ir a cenar. Compré un poco de helado y rumbié para allá. Tenía que ganar tiempo. El viejo me recibió con un ¡Que suerte que viniste, así vemos juntos un poco de fútbol, como en los viejos tiempos! La vieja fue un poco más allá: ¿Qué te

pasó? ¿Discutiste con Laurita? Mi contestación fue al medio: “¡Hola, viejo! - ¿Qué hiciste de rico, mamá?

Comí como si tuviera hambre y miré el partido como si me interesara. No podía contenerme de mirar los mensajes en el celular y de intentar comunicarme cada cinco minutos. Cada vez que lo hacía me cruzaba con la mirada de mi vieja que alzaba las cejas.

Mientras pensaba si me atrevía de decir que me quedaba a dormir, el viejo me alcanzó una taza diciéndome “tomate un tecito”, mientras me guiñaba insistentemente un ojo. Cuando miré a ver si la vieja había visto esta nueva excursión etílica paterna, la vi poniéndole un chorro de agua a la taza del viejo, mientras éste me seguía guiñando el ojo. De repente me encontré con los dos viejos guiñándome los ojos. Les respondí a ambos atragantándome con el whisky.

-Che, ¿vos no andarás con otra, no? – me zampó la vieja, imprevistamente-. ¿O sí? No me digas que estás pensando en algo parecido porque te mato. ¡Ustedes son todos iguales! Siempre una loca les parece mejor que una mujer de hogar.

Yo iba a contestarle que por favor no se metiera a psicóloga, que ya tenía bastante con la que había conocido, pero el viejo gritó: “¡No fue orsay, bombero!”, lo que me ayudó a poder contestarle:

-Cómo se te ocurre, mamá? Vos sabés que a Laurita la adoro.

Había zafado del bombardeo, pero perdí la posibilidad de quedarme a dormir; así que me despedí y me fui silbando bajito sin rumbo, con las palabras de la vieja resonándome “Andá y pedile disculpas, es una buena chica y lo cuida mucho a Nikito... Espero que no se hayan peleado por lo de los Rivoira...”.

Esa noche caminé como quince kilómetros gastando el teléfono en llamadas sin respuesta. Tomé como diez café y me sentí el más infeliz de los mortales. A la mañana fui a trabajar sin cambiarme la ropa. Me

lavé en el baño de un bar rasposo y toda la mañana me la pasé alisando la camisa y toda la tarde alisando el pantalón. Mandé mensajitos y mail como estuviera muriéndome y nada. Sólo silencio; hasta que se me ocurrió entrar por lo práctico. El mensaje que decía: “Necesito cambiarme – voy a perder el laburo”, recibió una contestación. No la mejor, pero contestación al fin: Una llamada de mi suegro:

-Dice Laurita que mañana, después que se va ella con el nene, pase a cambiarse... Espero que no se lleve nada del departamento sin consultarlo con ella.

-¿Esta última parte es de ella? – le pregunté.

-No, es mía. Pero no se le ocurra hacerlo, porque voy a estar en la vereda de enfrente mirando lo que hace.

Estaba por preguntarle si iba a venir armado del torno, pero preferí el silencio. Ya tenía bastante despelotes como para pelearme con el viejo que se sentía D’Artagnan defendiendo a su nenita del ogro libidinoso que la quería raptar.

Tardé bastante en bañarme pues me encontré con una nota de Graciela que me decía que estaba pensando quedarse unos días en casa de su mamá... hasta que se aclarara un poco el panorama, pero que por ahora no lo iba a hacer. Que prefería estar sola. Yo podía seguir yendo a cambiarme después de que ella saliera. Me consoló que al final pusiera “Nikito te quiere, a pesar de todo”.

Alquilé un cuarto en un hotel de mala muerte para no agregar un problema económico a los que ya tenía, lo que me deprimió más aún. A la sexta noche, después de ver una película que ya había visto sólo cinco veces, me puse a pensar que debía cambiar mi estrategia si quería recuperar a Laurita. Me estaba cansando de dejar en casa, cuando iba a buscar mudas para cambiarme, cartas llenas de párrafos

de amor, que seguramente el viejo las tiraba cuando subía a ver si no faltaba algo.

Laurita contestaba mis llamadas y mis mensajitos con una sola frase: “Ahora no puedo”. El silencio me estaba matando. Todas las veces que tuvimos algún problema lo charlábamos y lo arreglábamos. Si podía encontrar la forma de hablar con ella, todo se solucionaría... Pero si no aceptaba mis llamadas... Estaba arrinconado en mi área chica. Si me quedo acá – me dije- me van a llenar la canasta de goles. Encima el referí es el viejo de ella que quiere sacarme tarjeta roja.

Varias preguntas me taladraban la mente y sólo tenía una respuesta: La culpable es la Licenciada Cristina; pero ¿Cómo había entrado en nuestra vida? Y ahí vi una lucecita en el túnel: Ella había sido recomendada por Juanita, la psicopedagoga amiga de Laurita... La que siempre me miró con la nariz respingada. ¡Ahí estaba la madre del borrego!

Junto con esta revelación me asaltó una frase de mi viejo, que cuando en sus tiempos jóvenes nos dirigía a los pibes del barrio, repetía: “Cuando en un partido, te tienen en un arco y te echan a uno del equipo, hay que entrar un delantero y mandar toda la polenta adelante. Los contrarios esperan que con uno menos nos achiquemos y vayamos para atrás, pero, ¡minga! ¡Nosotros los madrugamos, les entramos al nido y les afanamos los huevos!

Tenía que ir para adelante. Si me había hecho pelota una psicóloga de shock y crash, debía usar un buen shot que cambiara mi posición... Juanita, la psicopedagoga, sería mi tabla de salvación. Claro que no estaba pensando en pedirle ayuda para que hablara a favor mío. No, lo que se me estaba ocurriendo venía de mi peor parte, de la herencia itálica de mi vieja. Sur, paredón y después: La Mafia, la

Cosa Nostra, la N'drangheta, la Sacra Corona Unita y toda la sporca vendetta junta.

La idea que se me ocurrió era genial. Había encontrado la forma de que Laurita tuviera que llamarme y pudiéramos hablar. De ser víctima de un manejo injusto pasaría a mover yo los hilos... con un poquito de mala voluntad. Cuando Laurita me llamara, yo le aclararía la mentirita y la convencería de que habláramos. Si podíamos hablar todo se iba a arreglar... hasta me iba a pedir disculpas.

Y así, con los tapones de punta hice mi jugada. Llamé por teléfono al viejo de Laurita y tiré toda la carne al asador.

- Buenas tardes, doctor – dije con mi mejor voz de víctima-.

-Buenas – recibí por seca respuesta-.

- Lo llamo porque tengo algo muy importante que decirle. Algo que no es fácil de...

- Sea breve que tengo cosas que hacer.

- Voy a ser breve. La amiga de su hija, Juanita, la psicopedagoga... es lesbiana y me está queriendo alejar de Laurita para...

-No diga estupideces! – me interrumpió el dentista- . A esa chica la conozco hace mucho.

-Yo también –le respondí-. Y hace rato que le está arrastrando el ala a su hija. Quiere separarme de Laurita y ella armó todo el show con la psicóloga ésa.

-Show es lo que usted le armó a mi hija...

-Me imaginé que usted no me iba a creer. Pero Ud. y su mujer vean cómo se comporta esa mujer... Y por favor, no le diga nada de esto a Laurita.

Todavía siento el ruido seco que hizo el teléfono cuando el viejo me cortó. ¡La semilla estaba echada! Había que esperar que germinara.

A la hora y media, escuché la voz de Laurita. El remedio empezaba hacer efecto. El que sabe, sabe! La esperada llamada apareció bien pronto. Lo que me llamó un poco la atención fue que mi dulce mujercita gritaba como un mamut en celo:

- ¿Cómo se te ocurre? ¡No tenés vergüenza! ¿Qué tiene que ver Juanita? ¡Vos sos loco! ... ¡Justo hoy ella me acompañó a casa! Cuando se fue, papá me contó tu llamada y aunque me dijo que no te cree una palabra, me miraba constantemente de reojo; mamá lloraba y me preguntaba si pasaba algo con esa chica... ¡Yo te mato!

- Sí, estoy loco por vos y me estás matando con tu silencio. Necesitaba decir algo fuerte para que me llamaras y pudiéramos hablar. Se me ocurrió lo de Juanita ...y parece que no me equivoqué. Vos sabés que yo...

-Lo que sé es que sos un boludo y un peloturro total. Además de meterme los cuernos sembrás cizaña! ¡Que te recontraparió! Lamentablemente la charla no pudo seguir porque después de gritarme estos insultos, que son los más fuertes que conoce, me colgó ignominiosamente. En una palabra: mi estrategia de shock y crash había salido exitosamente... para el carajo.

Después de esto siguieron unos días espantosos. Además de sentirme como el rey de los giles, Laurita, la última vez que pude ir a bañarme a casa, me dejó una nota que sólo decía: “lo lamento, pero Nikito te quiere cada vez menos”. Juanita, la psicopedagoga, me llamó para insultarme y decirme que estaba hablando con un abogado para hacerme juicio por calumnias de género. Y el viejo de ella me dejó dicho que iba a cambiar la llave del departamento. Si esto seguía así a Laurita y Nikito los iba a ver sólo después de que el juez decretara el divorcio con pena capital para mí.

El viernes pasado, cuando volvía en subte al hotel, en la hora pico y cerca de la Estación Tribunales, me sonó el celular y como siempre espero que sea Laurita, lo abrí sin importarme que decía “Número Restringido”.

- Antes que nada, dicúlpeme, Nicolás Andrés.

-Quien habla – pregunté porque a pesar de que se oía muy mal, me pareció voz conocida.

- No sé si acuerda de mí, soy... - el subte se detuvo en la estación. El ruido de las puertas, los “permiso”, “¿Usted baja?”, “me permite”, además de los empujones y presiones varias, me impidieron escuchar-.

-Disculpe, estoy en el subte. No le oigo. ¿Podría repetir?

- Soy la Licenciada Cristina... Usted vino con su mujer a consultarme hace un tiempito. Soy la psicóloga que ustedes consultaron hace poco. ¿Se acuerda?

-¡Cómo para olvidarme! ¿Y ahora que quiere? – La gente empezaba a mirarme raro, no sé si porque hablaba fuerte o por mi cara de querer comerme el teléfono-.

- Mire, lo llamo porque tuve una confusión inexplicable. Quisiera decírselo personalmente, pero... Déjeme decirle que...

- Yo creo que usted habló bastante... – Contesté con voz seca, a pesar de dos codos ajenos que me impedían respirar como la gente-.

-Mire... Lo que sucedió – me interrumpió - es que yo soy partidaria de la terapia de shock. Soy una convencida de que es la mejor forma de que alguien tome conciencia de algún problema que no puede reconocer.

¿No me diga? – le ironizé- ¡Pero lo suyo es de shock inventado y mentiroso!

-Sí y no –me contestó con voz suavecita –. Mentira no es y tampoco es algo inventado. Lo que sucede...

-Empezamos de vuelta! – grité en la cara de un muchacho al que se le saltaron los anteojos-.

- Discúlpeme. Es verdad. Pero no era para usted. Me equivoqué de sujeto –susurró bajito-.

- ¿De que sujeto me habla? – volví a gritarle ensordeciendo al pobre muchacho de enfrente- .

- Tenía preparado ese shock para un paciente que venía después de usted, que lo necesitaba ... y se lo merecía... Sucede que se llama también Nicolás... como usted. Me confundí... Me equivoqué de paciente. Lo que le dije estaba dirigido a él... ¡No tengo perdón de Freud!

El muchacho anteojudo se había podido correr y ahora me ofrecía su nuca pilosa y su mochila llena de cosas puntiagudas se me estaba incrustando en las costillas verdaderas. La mina seguía hablando...

- Quisiera que usted y su señora vinieran a mi consultorio y pudiera pedirles disculpas personalmente. Ya hablé con su mujer y ella lo entendió... Le pedí a ella que me dejara explicárselo...

Y no escuché más. Casi arrié medio vagón del subte para bajarme y llamar a Laurita.

Ahora las cosas andan bastante bien. Como a Laurita no le gusta que baje a algunos detalles, me parece respetuoso silenciar cómo fueron el armisticio y el acuerdo de paz, sólo puedo afirmar –modestamente- que fue excelente tanto en lo que duró como en la calidad de sus contenidos, a pesar de las protestas de algunos vecinos hipersensibles de tímpano. Lo único que no puedo hacer todavía es ir a comer a la casa de los viejos de ella, pero no me importa mucho, prefiero el tuco de mi vieja. Todavía no decidimos a qué jardín va a ir

Nikito... Lo que está claro es que los Pitufos Felices pueden esperar sentados y los Rivoira se pueden ir a consultar a la Lic. Cristina.

Segunda Oportunidad

El comienzo de la reunión del grupo de Alcohólicos Anónimos de la parroquia de San Antonino se demoraba. Había algunos cuchicheos y se notaba cierto nerviosismo. Al final un tipo con cara de cura y voz de cura, se paró y dijo:

- Miren, el coordinador avisó que no puede venir porque anda con gripe y el sub parece que está atrasado... Qué les parece si comenzamos igual y nos arreglamos entre nosotros?

Un corto murmullo fue la respuesta y de a poco comenzó la cosa.

Para romper el hielo hablaron sin decir mucho dos o tres de los más antiguos y todo se fue encarrilando.

Ya habían hablado cinco o seis, quienes después de decir su nombre, agregaban con voz quejumbrosa, “alcoholico” y contaban los avances que habían tenido en los últimos días.

Todo marchaba dentro de lo previsto: algunas lágrimas, mucha buena voluntad y una sensación de apoyo grupal ciego, casi animal.

En la primer fila estaba el padre Ortiz, el cura. Era uno más. Algunos decían que venía por solidaridad, otros chismorreaban que había sido alchólico y que todavía cuando comulgaba con el vino consagrado cerraba los ojos y cruzaba los dedos.

Marcelo era la primera vez que asistía. Se sentía extraño. Su hermana hacía meses que le insistía en que viniera al grupo y a él, si había algo que no le gustaba, era que se metieran con su vida; pero tanto rompió su hermana que el cántaro fue a la fuente. Y allí estaba medio encogido en su silla, todavía un poco mareado por la copita que se tomó para animarse a entrar. Hasta ahora se venía salvando y “la charla ésa” en algún momento iba a terminar y él habría cumplido.

Sin embargo, los astros no se estaban alineando a su favor. Primero fue un suave toque en el brazo, que se repitió un par de veces. Al final llegó un codazo padre que le hizo exclamar un “Ayyy” baritoneado. Su delicada hermana se hacía la desentendida, pero se acariciaba el codo. Todos lo estaban mirando y como él no hacía más que acariciarse las costillas, se comenzó a oír un “animate, hermano”, que venía acompañado de miradas tristes y resignadas. Su hermana amagó con otra intervención armada, lo que Marcelo evitó con un movimiento lateral espasmódico, que todos interpretaron como que quería hablar y no podía.

Un “te escuchamos, hermano” rebotó insistentemente en las grises baldosas como viento frío de un mundo oscuro y de dolor.

Marcelo se encontró con que el toro venía hacia él. No había escapatoria. O lo esquivaba o los cuernos formarían parte de su osamenta póstuma. Y no dudó. “Toritos a mí?”, se dijo y con dificultad se alzó de la silla. Apoyó las dos manos en el respaldo de la de adelante. Antes que nada, el equilibrio; después la palabra. Sus dos piernas bien separadas evitaron las oscilaciones del cuerpo flojo y redujeron un poco el movimiento independiente que sufría el salón.

-Me llamo Marcelo y no soy alcohólico...

El grupo contestó con un silencio lleno de miradas entre condenatorias y comprensivas: “siempre lo mismo con los nuevos que llegan con alguna copita encima”. Pero él no estaba para silencios esquivos. Dirigiéndose primero a su hermana y después a los demás. Sacó pecho y aclaró:

...No soy alcohólico. Yo soy borracho. Borracho a secas... O si se quiere, curda filosófico.

Dicho esto intentó sentarse, pero su hermana había abarrotado la silla, que hasta un momento antes él ocupaba, con la cartera, el tapado y unos bolsos de distinto tamaño.

Tuvo que quedarse entre parado y agachado. El grupo olió el problema y con experiencia de años apoyó con un ronco “adelante, hermano”. Parecía un coro de funeral de cuerpo presente y cajón abierto.

Algunas tripas le protestaron. El pequeño exceso etílico más sus nervios. Un suspiro profundo, lleno de emanaciones de mal mosto añejado, nubló los alrededores. Como no sabía qué decir, tosió y se le cruzó algo que le había estado dando vuelta desde un tiempo atrás.

Despaciosamente recitó:

- El que no llora no mama. Todos lloran para mamar. Yo no. Yo soy un gil, que se mama para no llorar.

Se hizo un silencio grande. El se entendía pero la mayoría tenía las cejas juntas y la boca abierta. El cura Ortiz cabeceó y todos lo imitaron cabeceando una dos veces. Pareció que se iba a escuchar “amén”.

Marcelo intentó sentarse, pero la hermana no hizo el menor esfuerzo para sacar las cosas. El tener que detener su impulso hizo que su cuerpo se bamboleara un poco. Ante el estupor de todos, ella lo agarró del cinturón por atrás y lo sostuvo para que no perdiera el equilibrio. Quiso zafarse, pero ella lo tenía casi en vilo. La retirada estaba cortada. Sólo quedaba un camino: atacar o, al menos, resistir. Optó por un saque lateral. Con voz dura masculló:

- No me arruines la pilcha que después decís que me la arrugo en los mostradores.

La mirada de la hermana se tornó filosa. Claramente decía “hablá”. Lo de “infeliz” lo detectaron sólo los de la fila de adelante que se habían dado vuelta.

-Qué querés que diga?– farfulló.

El silencio espeso que le rodeaba lo ahogaba. La gente estaba esperando que dijera algo, pero el movimiento del salón no se detenía y las voces se oían con eco, aún las suyas. Estaba como en sus peores momentos: Lucidez, acelere y lentitud al mismo tiempo, en una total falta de respeto a las leyes de la física.

Algunos lo observaban, otros miraban fijamente el suelo. Ni las moscas jóvenes se atrevían a volar. En medio del silencio, una señora mayor que estaba con el changuito del super, le espetó:

-Hablá de lo que quieras, pero mejor contá por qué tomás. Ya dijiste que sos un gil, ahora decí por qué.

-Esto no tiene arreglo – balbuceó Marcelo, refregándose las manos. No me lo digas a mí – terció la vieja – que soy jubilada con la mínima. Ando con el changuito para disimular que salgo a comprar.

Justamente en el super...

-Dejalo hablar, Alcira, que la historia de tu changuito ya la sabemos – comentó uno que estaba con ropa de gimnasia y alpargatas.

-Tá bien, papá – replicó cortante Alcira -. Lo hacía para animarlo. Y no te metas con mi changuito... Más respeto que lo mío nunca llegó al tetrabrik y hace más de seis meses que ni huelo el anís.

Marcelo se sintió perdido. Se arrepentía de haberse mandado una copa para darse coraje y mostrarle a su hermana que no le tenía miedo a nada... bueno a ella, un poco; aunque miedo no era. Su cuerpo oscilaba de equilibrio inestable a inseguro. Tenía ganas de desaparecer y al mismo tiempo que su hermana entendiera de una buena vez... pero ella no entendería nunca.

-Esto no tiene arreglo. Vine porque me trajo mi hermana. Si por mí fuera...

-“Dale, hermano, animate” -se escuchó-. “Somos todos hermanos”, señaló la voz profesional del cura.

-Hermanos de curda – reflexionó Marcelo en voz alta -.

-Contanos tu caso – dijo Alcira, quien con mucha parsimonia se levantó de su lugar y se dirigió hacia la silla que Marcelo ocupaba hasta que su hermana la llenó con sus pertenencias. La vieja las corrió un poco, se hizo lugar y se sentó en la punta. Una mano siguió apoyándose en el changuito y la otra se unió a la de la hermana para sostenerlo desde el cinturón. El bamboleo oscilante se detuvo.

- Así te vas a sentir mas seguro. Tranquilo que las cosas se quedan quietas de a poco. La primera vez nos pasó a todos.

Marcelo no pudo protestar. Las fuertes manos mujeriles apenas le permitían doblar el cuello hacia los costados, pero no más.

- Voy a ser sincero: yo no creo en esto de alcohólicos anónimos...

Nosotros tampoco. Por eso venimos a todas las reuniones... para ver si se hace. Por eso está el cura...

-La cosa empezó hace mucho... – retomó Marcelo-.

-Siempre es así – acotó Alcira- .Para ser alcohólico es necesario serlo de larga data y con más de cinco o seis copas por...

-Alcirita, pará. Dejalo hablar. Así no va -el de las alpargatas volvía a interpelar a Alcira-.

-Para vos es fácil estar callado porque no vivís sola en un ambiente chico y con la jubilación mínima...

Hacía un rato que había algunos movimientos en la parte delantera.

Un señor de mediana edad, de buen traje, corbata y amplia sonrisa había llegado y se había sentado en la mesa vacía que estaba frente

al grupo. Era el subcoordinador que habiendo llegado tarde observaba cómo venía la reunión.

Marcelo sin darse cuenta de las sonrisas y saludos intercambiados con el recién llegado, prosiguió con su letanía:

-Yo tomo para consolarme. De chico me habían prometido que si estudiaba iba a triunfar. Y me pasé más de quince años estudiando... Iba a tener un buen trabajo y de allí en adelante, ¡los éxitos! Pero el tiempo se encargó de bajarme a la tierra y meterme en la realidad: al principio galgueo, después derecho de piso, luego tareas aburridas, y siempre poca paga, mucho horario y empresas que te piden que te pongas la camiseta y no te alcanzan ni una mísera musculosa.

Marcelo vió que la vieja Alcira le guiñaba un ojo a su hermana y que todos lo miraban fijo.

- Para peor, sin uno comerla ni beberla, las empresas cierran, se juntan, se achican, se restructuran, se licúan sobre la gente. Entonces uno aprende a laburar de memoria, sin ganas y sin pensar. Y ahí, los capos se avivan y te...

-Pero vos no durás ni medio año en los trabajos... Algo pasa – las palabras de la hermana resonaron como clarín llamando atención a las cinco de mañana-.

-A mí me pasa lo mismo, señora –la cortó un muchachote de treinta y pico-. Te felicitan, te prometen el aumento y te lo postergan y encima te piden que los comprendas... Siempre lo mismo. Y que no se enteren que tomás... Eso es peor que tener sida.

- Eso! Eso! –intervino una señora con aspecto de directora de escuela-. Cuando me presento a buscar trabajo me miran las venitas de la cara y chau. Huelen que algo me pasa y no saben como sacarme de encima. Me da ganas de decirles: no era que cada uno puede hacer lo que quiere si no joroba a los demás?

-Yo me dí cuenta que se labura para sobrevivir – retomó Marcelo como si no hubiera sido interrumpido-, pero la vida en serio, o sea: los amores, la novia, la mujer, los hijos, los libros, ir a bailar o a escuchar música , o al cine son para un ratito después del trabajo o para los fines de semana cuando terminás de ubicar los chicos y arreglar lo que se rompió en casa. Claro que tenés quince días de vacaciones para disfrutar el mar, las montañas, los árboles, el viento, la luna, el sol... Pero... sólo quince días! ... Y el fútbol, que sólo sirve para sacarte la mufa, ilusionarte y darte tema de charla

-Yo pienso parecido –ahora era una muchacha joven la que hablaba-. La vida está muy complicada. Mi novio se consuela con boquita. Yo intenté con las telenovelas, pero no me funciona. Y si te preguntás demasiadas cosas hay que ir al psicólogo; o más facil, te zampan un libro de autoayuda de moda. El consuelo es la gran promo del telefonito con muchos chiches que te terminan llevando al nuevo paraíso, el de la cosa digital, el beso virtual, la caricia del emoticón y poneme like así llego a los trescientos. ...Y esto de alchólicos anónimos no sé si...

La voz del cura Ortiz se impuso sobre la catarata que se estaba viniendo. Con autoridad, pero en tono de súplica, deslizó:

-Ustedes saben que los entiendo, pero, por favor, cuiden un poco sus palabras, porque están por pasar por el pasillo de al lado los chicos del turno tarde de la escuela parroquial y si los escuchan no van a poder... no van a poder... no van a poder ni cantar la marcha de San Lorenzo.

El subcoordinador se movía, entre molesto y preocupado. La reunión se estaba descarrilando y él era el encargado de que no se convirtiera en una mesa redonda sobre los males de la sociedad. Se alisó la corbata y con voz calma señaló:

-No hay que olvidar que Alcohólicos Anónimos es una institución formada por exalcohólicos, sin fines de lucro y sin ninguna pertenencia a ninguna otra institución y que tiene como fin el poder salir de nuestro problema. Por eso están los doce pasos que recomienda para no recaer en... nuestros problemas. Claro que esto no quita que sea una injusticia lo que pasa.

Todos lo estaban escuchando religiosamente salvo Marcelo que estaba tan embaldado que cortó el discurso del subordinador.

- No sé lo que son los doce pasos – volvió por lo suyo - , pero sí sé que la familia es la tabla de salvación... pero no alcanza. Todos andamos medio perdidos y cuando mirás para arriba ves a todos los políticos trenzando siempre a su favor. Que si pierden las elecciones siempre atacan y si ganan siempre defienden. Que hay corrupción en los que se fueron, en los que están y en los que van a venir. Pero corrupción en serio, donde participan todos los que tienen poder... y que uno se encuentra siempre del lado de la goleada... en contra, en un país cada vez más empobrecido e inculto. Y no te cuento de los muy comprometidos gremialistas eternos, ni de los dedicados dirigentes del fútbol, ni de los empresarios aprovechados, ni de los jueces acomodaticios ni de los coimeros de ocasión... y así se te van cayendo los ideales y sólo querés olvidar ...y para olvidar no hay nada mejor que....

-Nene, qué depre la tuya! No quisiera estar cuando te ponés en curda... – interrumpió Alcira -. La tuya parece la noche triste.

-Flaco, pará un poco que es difícil no sentirse mal con lo que decís –el que hablaba era el de las alpargatas-. Tenés razón, pero hay algunas salidas...

-Qué va a haber salidas si nos viven entrando y no digo por donde por respeto a las mujeres que nos acompañan – El que hablaba era uno

con pinta de empleado jerárquico que se la había pasado todo el tiempo alisando la raya del pantalón-. Uno no sabe lo que hacen los bancos con la plata que ganan... Y ni hablar de los que hacen o venden armas o los que andan con la droga. O que sólo crece el número de los superrequete millonarios.

-Es difícil – intervino el cura Ortiz - Habrá que aprender a no poner el corazón en cosas que seguramente nos van a frustrar...

- Yo ando intentando eso –señaló Marcelo- .De vez en cuando me converso con una copa adelante. Ultimamente me estoy hablando de que el mundo no tiene remedio, que los más ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres... y que los que gobiernan el planeta sólo buscan el poder, la plata y que para callarnos nos llenan de espejitos de colores. Quizá si pudiéramos hablar un poco entre todos...

El subcoordinador no ocultaba su molestia ante el cariz que iban tomando las cosas. Por ello, se paró – algo muy raro en esas reuniones- y con voz firme y un poco autoritaria, señaló:

- Todos lo entendemos, joven, y estamos aquí para ayudarlo.

Justamente en estas reuniones tratamos de contar nuestras experiencias y ver cómo podemos lograr un...

- A mí me gustó lo que dijo el muchacho sobre hablar con el vaso y con los demás – cortó el discurso una flaca con cara de secretaria bilingüe -.

-A mí también –señalaron al unísono los de fila del centro.

-Tenemos que pensar en los doce pasos de nuestro método – casi gritó el subcoordinador-. No podemos dejarnos llevar hacia una actitud negativa tan...

-Negativa? –interrumpió Alcira- Para mí lo que dice el muchacho es muy positivo, Darse cuenta de las cosas a mí me llevó años. Y lo dice

lindo, además. Yo creo que todos podríamos charlar un rato con nuestro vaso...

-No podemos volver para atrás –bramó el subcoordinador al ver que las ovejas se querían escapar del redil. Nuestra experiencia es clara: si salimos de la huella nos volvemos a perder.

Los doce pasos están para servirnos de guía en los momentos difíciles.

-Nadie habla de volver a emborracharnos – ahora era el muchacho de las alpargatas- Nadie dice de que tomemos doce copas...

-Pero... este señor – la voz del subcoordinador tenía ya visos de nerviosismo evidente-, vino aquí a pedir ayuda o a qué?

-Usted no estaba – contestó Marcelo- pero yo ya dije que vine porque me trajo mi hermana... Disculpe si...

Ante los comentarios generales que señalaban ” el muchacho tiene razón – no le quiten la palabra – dejalo hablar”, el subcoordinador se sintió perdido y ya desesperado se dirigió al cura.

- A ver, padre Ortiz, si se le ocurre algo para encarrilar la reunión y volver a los doce pasos antes que este tren descarrile. Los doce pasos, padre!

– A mí, en verdad...- reflexionó en voz alta el cura- hoy los doce pasos, con mucho respeto al método, me parecen que están más cerca de donde se tiran los penales. Y lo que dice este muchacho...

-Y cómo le parece que podemos salir de esta encrucijada – tronó desencajado el subcoordinador-.

- No sé -contestó el cura-. Pero tengo una puntita para buscar la salida. Hace unos días Mons. Fernández, mi obispo, me mandó una damajuanita de vino patero... Podríamos sentarnos un rato, tomar una copita como hermanos, hablar y ver si nos ayudamos entre nosotros o al menos nos consolamos... con los doce pasos o los doce

apóstoles... Pero una sola copita, eh? A ver si terminamos con que los mandamientos son doce.

El portazo que dio el ofuscado subcoordinador quedó bastante tapado por el tintineo de vasos. Sólo se escucharon dos murmullos, el de Alcira que le decía a Marcelo: "Vos, nene, media copita, porque con más no vas a poder... ni resignarte"; y el cura que mirando a un crucifijo musitaba: "Perdón, Señor, porque sabemos lo que hacemos, pero Vos también sabés que la cosa está cada vez más difícil..."

...Dicen algunos agnósticos que el Cristo movió la cabeza hacia ambos costados y cuando oyó el chocar de los vasos y el "¡Salud!" esperanzado del brindis, le dijo a Dios Padre: "Papá, dales una segunda oportunidad".

Quédese tranquilo, yo me encargo de los muchachos

Somo lo muchachos

Los muchachos se bajaron de un viejo colectivo y desplegaron dos banderas que colgaron en el portón de entrada. Una decía “Sindicato Presente”; la otra: “!!!!Explotadores !!!!”.

De uno de los coches que los acompañaba bajaron bolsos con sándwiches y cocas para sostener el aguante. La cantidad llamativa sólo se explicaba por el tamaño de los muchachos.

Los administrativos de la empresa se asomaron a las ventanas y vieron como los sindicalista impedían la entrada y salida de camiones. Algunos sonrieron hasta que vieron cerca a los jefes; entonces, pusieron caras de preocupación y se fueron lentamente hacia sus escritorios.

Los jefes deambularon sin saber qué responder a las preguntas de los empleados, quienes al ver los sándwiches de los muchachos -por algún fenómeno de simpatía- se focalizaron en saber si al mediodía podrían salir sin problemas a almorzar.

En la fábrica, los obreros cambiaban miradas de “¡Qué quilombo! Y cuchicheaban por lo bajo. Los supervisores, con su mejor cara de nada, insistían en que se cuidara la calidad.

Los sindicalistas internos caminaban desorientados: Los que habían llegado no eran de “su” gremio. Eran de los camioneros, los que se llevan todo por delante, especialmente a los otros gremios. No les alcanzaban los dedos para marcar el teléfono de la sede central. La cara de preocupación les llegaba a la cintura. Con el lío que tenían en el portón no encontraban a nadie en el sindicato y ya eran casi las diez y media. Un pensamiento los taladraba: “Estos vienen por todo. No respetan ni a la madre... Encima el viejo del Secretario General de los cosos estos es el capo de la CGT”.

La Vigilancia informa

El Supervisor de Vigilancia entró agitado y le dijo al Jefe de Recursos Humanos:

-Jefe, nos quieren tomar la Empresa. Son los del Sindicato de Camioneros... Llegaron en dos camionetas y un ómnibus. Quieren entrar a afiliarse a los obreros. Ya cerramos el portón... Vinieron con los bombos y colocaron unas banderas en la entrada.

-Andá – contestó el jefe - y dales charla, pero no los dejes entrar.

Trató de convencerlos de que vamos a solucionar mejor y más rápido el tema si no hay demasiado... -iba a decir “despelote”, pero prefirió decir -“lío”. Remarcales que toda la gente ya está afiliada al sindicato de la actividad de la empresa y que estamos al día con los aportes.

El jefe se quedó pensando que “los del camión” hacía rato que querían meterse. Hasta ahora los venía arreglando con “algunas cositas”, pero últimamente los dos hombres con los que hablaba se habían vuelto “difíciles”. Decían que por presión de arriba.

Mascullando una mala palabra se dijo: ¡justo ayer se tuvo que ir de vacaciones el Director!

Hay que avisar al Director Administrativo y al Director General.

El Jefe de Recursos Humanos cerró los ojos, buscó el papel donde tenía los datos del hotel de Río y marcó el número.

El Director Administrativo sintió la mirada espesa de su esposa. Lo llamaban del trabajo cuando todavía no habían bajado a la playa. Escuchó la novedad primero con sorpresa y luego con resignación.

Pidió los detalles y cómo si pudiese manejar el problema desde Copacabana, agregó: “Yo me encargo”.

Tenía que informar al Director General, brasilero, que estaba en Buenos Aires, que había en la puerta de la empresa un conflicto bien argentino, con el más bravo de los sindicatos bravos, mientras él, el responsable de esa área estaba de vacaciones en Río! ... Lo único que faltaba es que tuviera que volver. Su mujer lo mataba...

El Director General, atendió el llamado urgente y después de ponerse pálido, pensó que tenía que mostrar calma y disimular que no entendía mucho a este país raro. A pesar de eso no pudo contenerse:

-Pero, ¿qué? ¿No tenemos ya un sindicato? -. Todos los meses pagamos aportes al Sindicato, a su Obra Social y a un Centro de Capacitación Gremial de no sé qué cosa.

- Sí. – contestó con voz lenta y seria el Director Administrativo, ajustándose la malla de flores azules sobre fondo blanco -. Como le comentaba hace unos días... La situación gremial está complicándose cada vez más, especialmente porque los camioneros...

-¿Y esos qué quieren? Nosotros no tenemos camiones propios.

- Dicen que son el gremio del transporte y que la gente que trabaja en los Depósitos, la que carga los camiones y todos los que llevan cosas de un lado a otro en la fábrica hacen “transporte” y deben ser de su sindicato. En nuestro caso dicen que en la Planta, un tercio de la gente es de ellos, porque siempre andan de aquí para allá con algo en la mano y que todos los de Logística son de ellos.

El Director General se ilumina

-Pero esto es una locura, en Sao Paulo yo presencié... – se le escapó.

Recordando que su misión no era protestar sino solucionar el tema, el Director General trató de calmarse. A la tercera respiración profunda se acordó de que en sus periódicos viajes a Porto Alegre, para ver a su familia, se había hecho casi amigo de un hermano de un ex funcionario del gobierno, que casi estaba preso, pero que era muy respetado “arriba” (por las cosas que sabía) y “abajo” (por los subsidios que había otorgado).

Con voz calma y sin abrir el juego, le pidió al Director Administrativo que no se hiciera nada definitivo hasta que él no hablara con un conocido. Después le pidió a su secretaria que lo comunicara con su casi amigo.

El casi amigo tardó una hora larga en contestar el urgente llamado, pero cuando habló resultó de mucha ayuda. Su hermano estaba muy relacionado con ese Sindicato y “los muchachos estaban muy agradecidos por las atenciones recibidas”. Con voz segura le dijo “No se haga problema, mi amigo. Yo me encargo”.

El Director Administrativo prepara la estrategia de defensa

Mientras El Director General se quedaba pensando en cómo iba a ayudarle el hermano de su casi amigo, el Director Administrativo armaba desde el hotel carioca una estrategia de larga distancia y el Supervisor Vigilancia, cada vez más pálido, trataba de hablar con los muchachos que cada vez gritaban más y lo patoteaban diciendo que iban a entrar con él, sin él o sobre él.

Cuando el Jefe de Recursos Humanos le comentó esta novedad al Director Administrativo, que ya se había sacado la malla, éste le pidió

que se comunicara con la comisaría, hablara con su contacto y denunciara que estaban tratando de tomar la empresa.

En la Comisaría contestaron que no se tomaban denuncias por teléfono, salvo “las infraganti” y que el Principal Cacciolo trabajaba ese día en el turno tarde.

El Supervisor de Vigilancia convoca a la autoridad

El Supervisor de Vigilancia llamó al celular del Principal Cacciolo, pidiendo disculpas por llamarlo a la casa. El Principal Cacciolo le contestó que no estaba en su casa y que fuera breve porque estaba en el medio de un procedimiento. El Jefe Vigilancia escuchó una música que le pareció de hotel alojamiento, pero no hizo ningún comentario. Habló breve y conciso: “Los camioneros nos están tomando la Planta. Mande un móvil”.

El Principal Cacciolo le comentó que no podía hacer nada. Tenían orden de no meterse en ese tipo de casos. Por lo menos – rogó el de Vigilancia – mande un patrullero que pase varias veces por la puerta. Los capos se van a quedar tranquilos y los muchachos se van a calmar un poco. El principal le dio uno o dos consejos, dijo “bué... yo me ocupo” y colgó.

Al rato llegó un patrullero. Desde la ventanilla a media asta una gorra de oficial habló secamente con los muchachos del sindicato, exigiendo que dejaran salir hasta la calle al Supervisor de Vigilancia. El Supervisor, rodeado y apretujado por los muchachos, escuchó las pocas palabras y los gestos secos del lenguaje policial: “Como ve ya estamos interviniendo” y dirigiéndose a los del sindicato con voz convencida de autoridad, señaló: “Sin desmadres, eh!”. Luego le hizo

una seña al conductor y despaciosamente el patrullero se alejó lentamente. Como era de esperar, no volvió más.

Se revela la protección acordada por la autoridad

El Supervisor de Vigilancia comentó al Jefe de Recursos Humanos el claro compromiso asumido por la autoridad policial, y agregó que su contacto de alto nivel de jefatura, le había aconsejado que, como la alteración del orden era más bien chica y en barrio apartado, sería mejor que la empresa se presentara directamente en la Fiscalía e hiciera una denuncia: “ Sus Señorías se mueven mejor si es la empresa la que denuncia. Parece que la Policía está pagando alguna cuenta pendiente de credibilidad con los fiscales, que han sido casi todos nombrados por este gobierno, que en este tema es un poquito especial, por no decir, zurdo”.

El Supervisor de Vigilancia –conociendo el carácter de sus jefes – se guardó de mencionar que el oficial Cacciolo agregó: “eso está de moda” y “sólo se arregla con algún arreglo”.

El Director Comercial no se aguanta

Cuando le dijeron al Director Comercial que no podían sacar los camiones con la mercadería para los clientes, bajó de su oficina, constató lo que pasaba y se fue a ver al Director General para informarle que no iba a poder cumplir con las entregas en término. El Director General le contó lo que sabía. Después de cavilar un poco, el Director Comercial le comentó confidencialmente que él tenía un

contacto “muy, pero muy especial” en “esa área... política” y que estaba seguro de que podía ayudar a solucionar el tema... pero que no quería que nadie se enterara de quien se trataba.

El Director General tuvo dudas si no iba a mezclar dos tipos influyentes (el hermano de su casi amigo y este misterioso que le proponían), pero al final decidió que lo que no resta, suma y le autorizó a que llamara a su contacto confidencial. Más aún le pidió que, dado que el Director Administrativo no estaba en Buenos Aires, coordinara lo que se iba a hacer. El Director Comercial –más que contento- dijo: “No se haga problema. Yo me encargo”.

El Director Administrativo se alinea, pero no tanto

El Director Administrativo, desde Copacabana, casi se atraganta cuando se enteró que el Director Comercial iba a coordinar a su gente en un tema crítico y que además tenía un contacto político importante. Pero, con sabiduría de años de empresa, lo llamó, se puso a sus órdenes y le comentó que su gente haría lo mismo. Pero, para no perder la iniciativa, le pidió a su Jefe de Recursos Humanos que se comunicara con el abogado laboralista de la compañía...

Había que ponerlo al tanto y comprometerlo. Pidió que la llamada al abogado se hiciera en “conference”, así él podía “estar presente”.

Pero la tecnología para el conference call no funcionó bien y la charla se tuvo que realizar con el Jefe de Recursos Humanos poniendo al Supervisor de Vigilancia en otro teléfono para que le repitiera al Director Administrativo lo que él hablaba con el abogado. Parecía un comando de la segunda guerra. Faltaban la mesa de operaciones, los barquitos y el habano de Churchill.

Los abogados son claros y distintos

El abogado, después exclamar “¡Qué despelote, che!” y quedarse unos segundos en silencio, señaló que hasta el mediodía no había nadie importante en el Ministerio de Trabajo, pero que a primera hora iba a ver a un funcionario amigo... Claro que seguramente no se podía esperar mucho por el poder del Sindicato y las presiones políticas. Dejó en claro que había que entenderse con los dirigentes de los Camioneros. “Los que están afuera son sólo la patota. Conviene que la empresa vaya al Sindicato, pero sola. A los abogados no nos tragan”. También señaló que una denuncia penal no servía de mucho; lo que sí recomendaba enfáticamente era que no se firmara nada, aunque era difícil que levantaran la medida de fuerza si la empresa no se comprometía a algo... Cualquier cosa, que lo mantuvieran al tanto. Después de decir “Quédense tranquilos. Yo me encargo”, colgó... cuando parecía que estaba a punto de sugerir a qué Iglesia había que ir a rezar.

El abogado le comentó a su socio: “Se vino una brava. Los muchachos del camión... Ahora se la agarraron con una empresa nuestra... Nos veníamos salvando. Y bué... Alguna vez nos tenía que tocar. Nos vamos a tener que hamacar un poco porque de la empresa van querer que hagamos milagros. ... Ya les dije que se quedaran tranquilos, que nos vamos a ocupar... Bué... Lo primero que tenemos que hacer es mantener la política del estudio: Hay que salvar la ropa... Antes que nada, la nuestra... Y ya dejé en claro que nosotros nos movemos en el Ministerio y en la Justicia. Al sindicato que vayan los de la empresa. Los muchachos están acostumbrados a prepear de locales.

El contacto secreto

El Director Comercial convocó a una reunión en su oficina. Comentó que su contacto - sin revelar quién era- había conseguido que levantaran la medida de fuerza “por un rato”... Pero que había que ir al Sindicato y firmar algo. Cuando el jefe de Recursos Humanos preguntó detalles de con quien debían hablar y qué era lo que querían que se firmara, la respuesta fue una larga mirada que despreciaba la inocencia de quienes no se daban cuenta que el problema estaba arreglado: Los camiones iban a poder salir... Lo demás eran sólo detalles administrativos. No hubo insistencia y la reunión terminó con extrañas sonrisas de entendimiento nada claras.

Los del despacho de mercadería recibieron la orden que se prepararan porque el problema ya estaba solucionado, aunque los gritos de los muchachos del portón continuaban, pero ya no pateaban la parte baja de la reja. El comentario fue que en el área de ventas lo más importante es no perder la fe y la alegría, a pesar de todo, de todos y... aunque lloviera pis.

Entre leones no hay cornada

Un empleado presuroso le avisó al jefe de Recursos Humanos que estaba al teléfono el Secretario General del actual Sindicato. “No es el de los camioneros, aclaró por las dudas, es el del sindicato nuestro...”.

La llamada era muy concreta. Un pedido para que la empresa no firmara nada que la comprometiera con el otro gremio por más presión que recibiera. “Hay que aguantar. Son usurpadores. Ustedes no tienen que recibirlos ni darles bolilla. Cuenten con nosotros... como siempre”.

Cuando el Jefe de Recursos Humanos le preguntó por qué no arreglaban entre ellos la discusión de a qué sindicato pertenecía la gente de la empresa, y comentó que la empresa no tenía que ver en problemas entre gremios, desde el otro lado escuchó que si llegaban a firmar algo con los camioneros, los que iban a hacer paro iban a ser ellos, pero que fue atemperado con un: “No se ponga nervioso. El Jefe de la CGT es un amigo al que hemos apoyado siempre. El hijo ahora dirige a los camioneros, pero no hace nada si el viejo no le guiña un ojo. No firme nada. Y... Quédese tranquilo que yo me encargo”.

Si hay una ley... hay que cumplirla

Sentado en la cama kingsize del lujoso hotel, El Director Administrativo fue informado en detalle y por enésima vez recordó que la ley era clara: si dos sindicatos se enfrentaban reclamando ser los representantes de la gente, la solución estaba en manos de la CGT, donde hay una Comisión Especial que decide. Las empresas no son parte de este problema. No se pueden meter. Otra vez más maldijo lo que sabía de chiquito: donde hay leyes hay trampas.

Los trabajadores analizan los superiores valores en juego

Los obreros comentaban en voz alta que los que habían venido eran unos metidos y qué derecho tenían, pero - en voz baja para que no los escucharan los actuales sindicalistas - se preguntaban si el cambio de sindicato no les convenía: el salario era más alto y la Obra Social mejor.

El Ministerio confirma su reconocido compromiso

Después de charlar de todos los bueyes que se perdieron en la última década, el funcionario de Conciliación del Ministerio de Trabajo tomó el papel que le alargaba el abogado, leyó el encabezamiento y levantó las cejas. Rápida y nerviosamente recorrió el texto. Se acomodó en el sillón y en vez de poner la nota arriba de la pila de papeles que estaba sobre una canastita que decía “urgente e importante”, la colocó cuidadosamente en el tercer cajón de la derecha de su escritorio.

“Quédese tranquilo, doctorazo. ... Qué cosa, ¡che! No se puede vivir tranquilo... No lo dejan a uno. ... Los muchachos están algo revolucionados, pero va a ver que el agua no llega al río. ... Ya estoy llamando a la Subsecretaría para ponerlos al tanto”.

Cuando se fue el abogado, el funcionario llamó por teléfono a la Subsecretaría del Ministerio, pero antes le dijo al pinche “traéme un cafecito bien cargado, Carlitos”. Cuando explicó de qué se trataba, desde el alto Despacho, le contestaron rápido, cortito y claro. Sus propias respuestas tampoco fueron muy largas: “Sí, señor.... Cómo no, señor... Yo me encargo, jefe”. Y mostrando toda su eficiencia y eficacia para cumplir la directiva recibida, con la punta del zapato empujó un poco más adentro el tercer cajón de la derecha de su escritorio, el de las causas bien protegidas y mejor archivadas.

Ya más tranquilo, el funcionario llamó al abogado de la empresa y le comentó que el Ministerio había resuelto intervenir activamente en el caso. “Me pidieron que llame a una audiencia de conciliación. Es un tema delicado. Arriba se mostraron preocupados. Vea si los de la empresa no pueden aflojar un poco, che. Yo voy tratar que los muchachos se calmen, pero no le aseguro nada. Es necesario que todos reflexionen... Dejemos pasar el fin de semana y nos reunimos el martes al mediodía”. Y sin esperar respuesta, cerró el monólogo con un “quédese tranquilo, doctorazo. Yo me encargo”.

Los muchachos tienen que vivir

El que coordinaba a los muchachos sindicalistas que impedían el acceso a la planta los llamó a un costado: “Dejen la bandera puesta, quédense cerca, pero dejen salir a comer a la gente. Aprovechen para hablar con los obreros que salen. Ya están hociendo. No se metan con los otros sindicalistas. Si hay bronca, en la camioneta están “los libros”. La única pregunta que recibió fue “A qué ahora atendemos los sánquches?”; que fue respondida con un “vamos, che, que estamos laburando”, lo que fue correspondido con “Ojo, que estamos haciendo horas extras, eh!” Las risotadas aflojaron un poco a más a uno que era la primera vez que venía en este tipo de excursiones culturalesl.

El Director General juega su cartas brava

El Director General de la Empresa se asomó de costado a su ventana y observó que todo seguía igual. Miró nervioso su reloj y le pidió a su Secretaria que lo comunicara con el Presidente de la Cámara

Empresaria a la que pertenecía la Compañía. Después de contar lo que pasaba, con voz calma, le comentó: “En Brasil esto va a caer muy mal. Si le agregamos que el Gobierno no está respetando las promesas hechas antes de que se hiciera la inversión... son capaces de querer levantar la fábrica. Usted sabe cómo son. No entienden lo que pasa acá. Allá esto se solucionan de otra manera...”. El Presidente de la Cámara Empresaria le contestó que llamaría urgentemente a la Unión Industrial. La rúbrica fue: “Quédese tranquilo, ingeniero. Yo me encargo”.

El Secretario General de la Unión Industrial Argentina dejó lo que tenía entre manos –el diario de la mañana – y le respondió al Presidente de la Cámara Empresaria: “¡Qué barbaridad, che! ¡No hay derecho! ¡Esto es un atropello! Quédese tranquilo, mi amigo, que yo me encargo. Ya estoy llamando al Ministro de la Producción.”

Sus palabras fueron realistas y comprometidas. Al rato estaba diciendo: “Mire, Ministro, nosotros no nos podemos comprometer políticamente, pero usted es testigo que venimos acompañando el (iba a decir “relato”, pero prefirió decir) el esfuerzo que ustedes están llevando a cabo apoyando la Industria Nacional. Usted conoce mejor que nadie nuestra posición constructiva. Apoyamos lo que hay que apoyar más allá de nuestros propios intereses. Pero lo que sucede con ese gremio es bravo, alguien le tiene que fijar los límites a esa gente. Y no lo podemos hacer nosotros. ...Nos tiene que dar una mano. Usted es el único que puede lograr que calmen a estos muchachos...”.

El Ministro sintetizó claramente su compromiso: “Yo me encargo, mi amigo. Un abrazo”. El “gracias” del Presidente sólo lo escuchó la secretaria rubia que además de su sonrisa y piernas bonitas traía un documento para la firma.

El viento en contra existió siempre

Un operario rebelde, de los que nunca faltan, comentaba: “La empresa me afilió al Sindicato de prepo. ¿Eso está bien? Después me borré y me siguen descontando para el sindicato. Ojo, no sólo para la Obra Social, también para el propio sindicato. Dicen que el convenio lo autoriza. ¿Adónde va esa plata? Porque es mía. La gano laburando. ¿No les parece?. Encima, ahora aparece otro sindicato...” La respuesta a este indignado comentario lo sintetizó el flaco que limpiaba la máquina de hacer café, cuando el grupito se disolvió y quedó sólo con el que estaba barriendo : “A ése en la primera de cambio lo rajan de la empresa o lo aprietan los muchachos. No aprendió todavía que para ser piola hay que parecer gil”. La respuesta del barredor fue:: “Vos sí que la sabés lunga, Laucha!”.

La reunión será en el Sindicato

“Mejor que al sindicato vayan dos. Nunca se sabe...”. Esa fue la sugerencia del Director Administrativo, que ahora estaba en bermudas mirando la playa desde la ventana.

El Jefe de Recursos Humanos le pidió a su segundo que lo acompañase. Al salir constataron que los muchachos del camión no se habían ido, pero ya no estaban en el portón. Se habían juntado como a treinta metros, expectantes y manducantes de unos sániches bien cargados.

En el camino los dos de la empresa no charlaron mucho y traspiraron bastante, pues prefirieron no ir en coche, por si acaso.

El casi acuerdo

Cuando llegaron al Gremio sintieron que los miraban raro. Eran sapos de otro pozo y se los hicieron sentir. Uno de la guardia los acompañó hasta el fondo, donde había un ascensor chico y llamó a alguien por teléfono. En seguida bajó el ascensor con un custodio que traía la llave para abrir el piso del Secretario General. Allí los esperaba un secretario que los llevó a un salón de reuniones, que olía a tabaco de larga data.

-“Ya viene el Jefe. Vayan pensando cómo arreglar que hoy no está en uno de sus mejores días”.

Al rato apareció el Secretario General. 45 años, morocho de pelo corto, estatura mediana, ojos grises fríos, complexión ancha, mandíbula dura y mirada de hierro.

El hombre se sentó, sin saludar y mirando para un costado, displicentemente dijo:

-Vienen a arreglar, ¿no? Porque si no, les mandamos más colectivos con más gente. A ver...

Los de la empresa intentaron romper el iceberg mencionando que el presidente de la empresa era medio amigo del exsecretario de estado, que a su vez era amigo del propio padre del Secretario General y vox populi que muy buen amigo... La respuesta que escucharon los dejó fríos.

- Ése mejor que se cuide el trasero, porque de la cana no se salva... Mi viejo no tiene nada que ver con él ni con sus cosas... ni me importa. Aquí se arregla con nosotros o les mantenemos tomados los accesos hasta que se nos cante. No son los primeros ni van a ser los últimos. Bueno ... Los dejo con mi secretario que no tengo tiempo

para perder. Mejor arreglen por las buenas . De las malas nos ocupamos nosotros.

Antes del the end

Podría seguir contando esta historia, pero me parece mejor interrumpir aquí con un test para que el lector asuma protagonismo, pueda probar su imaginación y de paso, su personalidad. En efecto, se trata de un combo (por el mismo precio): cada uno imagina cómo es el final de la historia y esa elección mostrará –sin duda alguna– cuál es su verdadero perfil psicológico.

Aquí va la guía y resultados del test

- 1.- Si cree que todo se arregló con un acuerdo sabio, de buena voluntad y cooperación: Usted es un optimista, subtipo fanático
- 2.- Si cree que el transcurso del tiempo limó las diferencias e hizo olvidar los resquemores y las ambiciones personales: Usted es un experto conocedor de los seres humanos de otro planeta.
- 3.- Si cree que los que tienen el poder disminuyeron voluntariamente su presión y los más débiles enfrentaron con valentía las dificultades sin lloros manifiestos: Usted está demasiado cerca del Papa Francisco o directamente de San Francisco de Asís.
- 4.- Si cree que éste es uno de los mal llamados “quilombos clásicos” que nunca van a desaparecer y que se van transformando para empeorar siempre: Usted es un filósofo, un pensador... lástima que nacido para sufrir en esta tierra bendita.

Un Héroe del Sur (...postergado)

Voy a comenzar con una pregunta ácida: ¿Por qué la Historia Oficial no menciona a nuestro héroe? La respuesta es: Porque es un héroe del Sur. El Sur existe, pero se la hacen difícil. Hay dos ejemplos claros de esto. Uno es como son los mapamundi. ¿Alguno trae el sur en la parte de arriba? El otro es observar a cualquier maestra enseñar los

puntos cardinales ¿Habrá alguna que diga “sur, norte, este y oeste”? Los prejuicios son los que han relegado la figura de nuestro héroe, pilar de nuestra idiosincrasia nacional.

Antes que nada debo confesar que lamentablemente no lo conocí personalmente. Pero ¿qué? ¿Uno tiene que haber conocido a Julio César para saber de sus hazañas militares? Aquí pasa algo igual, con la diferencia que nuestro héroe no dejó despatarrados por toda la Galia a los pobres Vercingétorix y Asterix.

No lo conocí personalmente, pero tuve la suerte de tener un familiar muy cercano que asistió a todas sus hazañas. Este familiar, a quien llamaré “El Testigo”, hablaba poco pero decía mucho. Nunca lo escuché hablar más de cuatro o cinco minutos seguidos sobre el tema. Vaya a saberse que obligación de confidencialidad tenía El Testigo.

Jamás El Testigo aceptó hablar públicamente de esas hazañas. Los pocos privilegiados que asistíamos a sus revelaciones – todos familiares muy directos –, lo hacíamos a escondidas, con silencio casi religioso, siempre en la penumbra y escuchando veladamente detrás de una puerta, que no impedía que sintiéramos cómo se conmocionaba su cuerpo cuando narraba las situaciones límites. Lamentablemente El Testigo en los últimos cincuenta años se ha sumido en un mutismo que dice a las claras que ya ha dicho todo lo que debía comunicar. Como siempre supe que era un privilegio haber escuchado esos épicos hechos, hoy quiero que no muera en mí lo inmerecidamente recibido. No tengo la capacidad para escribir la historia del héroe, pero me creo capaz de narrar una de sus grandes hazañas.

Me comprometo sólo a rememorar lo escuchado. Agregaré, cuando haga falta, algún detalle que sea necesario para enmarcar lo

sucedido. Me atrevo a hacerlo en esta tierra, cuyos héroes, en general, duran poco por las irrespetuosas revelaciones de barbados revisionistas que, sin el menor cuidado, destruyen lo que trabajosamente construyen las pobres maestras de nuestros niños. Y... ¡a los hechos! El lugar del suceso no está del todo claro. El Testigo no lo mencionaba específicamente y los historiadores se dividen cuando tratan de ubicar “el gran puente” que se menciona en el relato. Algunos investigadores apuntan al Golden Gate de San Francisco, otros al de Nueva Orleans con sus treinta y ocho kilómetros de largo y hay algunos exagerados que lo relacionan con uno de más de ciento sesenta kilómetros que hay en China, pero que recién lo terminaron en 2011.

Mi investigación certifica una ubicación exacta: la Provincia de Salta, específicamente en el recorrido de los 29 puentes del actual Tren de las Nubes, exactamente en el llamado “Viaducto La Polvorita”, con su trazado en curva, a una altura de 4200 metros, con sus 224 metros de largo y sus casi 70 de profundidad.

La confusión sobre el lugar se origina en que El Testigo, al mencionar los gritos de quienes sufrieron el gran atropello, imitaba voces en idiomas extranjeros; pero hay que recordar que ese tren viajan turistas provenientes de distintas partes del mundo, que al estar en peligro prefieren asustarse en su idioma materno. Lo que no detectaron los investigadores apresurados es que esas frases en inglés, francés, alemán, idish mame y chino estaban también acompañadas de un gran conjunto de puteadas bien criollas, bien locales.

En cuanto a cuándo sucedió el hecho, puedo afirmar que fue en los años cuarenta del pasado siglo veinte. Esto lo deduzco, por el tipo de locomotora cuyos bufidos imitaba El Testigo, mi querido familiar,

cuando lo narraba, que hablaban a las claras de máquinas a carbón, bien anteriores al silencio de las máquinas diesel posteriores.

Algunos desarrapados critican el nivel de mis investigaciones, pero sólo para ellos, vayan estos datos: El que terminó el Viaducto La Polvorita en 1932 fue un ingeniero yanki, un tal Maury, quien instaló un sistema de adhesión de los rieles en contra de la opinión generalizada que recomendaba cremalleras. El primer servicio recién se hizo en 1939.

Para estos descastados que tildan de “flaca” mi investigación vayan más datos: El nombre de “Polvorita” proviene por encontrarse en el paraje de la Sierra del Cobre, muy rica en ese mineral, extraído mediante explosiones polvorosas. El peso de su estructura es de 1590 toneladas. Si quieren más datos, que estudien o vayan a los libros directamente. Ah! Su ubicación geográfica es

[24°12'9.6"S66°24'52.6.](#)

El protagonista malo del sucedido es un personaje de la historia negra latinoamericana: Telésforo Tolaba, el sanguinario ladrón asesino que asoló el norte argentino en los años treinta y cuarenta. El Testigo al nombrarlo usaba una voz ronca y seca.

Algunos han intentado describir a este facineroso como el Robin Hood de la Puna. Pero su verdadera historia es otra. Su formación delictiva la hizo con el paraguayo Pelayo Alarcón, el famoso bandolero rural que asoló Tucumán y Salta junto con Bazán Frías, alias “el Manco Andresito”. Estos dos en la década del 20 descollaron por sus crímenes sin compasión. El segundo era también un anarquista que buscó por todos los medios tomar el penal de Tucumán y liberar a los presos.

Pero Telésforo Tolaba fue mucho más bravo que sus maestros. Le gustaba maltratar a sus víctimas y cubrir sus matanzas bajo el manto

de que era un anarquista solidario con los pobres gauchos del Ingenio Tabacal. Su meta era saciar su ansia de poder, sangre, fama y dinero.

Para peor, tenía muy mal genio. No soportaba que lo contradijeran. Eran famosas sus rabietas que siempre terminaban trágicamente. Si no se hacía lo que él quería se ponía rojo y era asaltado violentamente por los demonios de la rabia, la cólera, el odio y la ira... y entonces era capaz de cualquier cosa.

El Testigo lo describía como “gaucho jodido, forajido y sin ley, pero de gran inteligencia”. Con ella ideó la toma del Viaducto La Polvorita. Sabía que en el tren que lo recorría semanalmente se mezclaban turistas extranjeros con gente humilde del lugar. El desalmado entrevió la posibilidad de poder exigir un rescate a lo grande. El Gobierno querría solucionar prontamente cualquier problema para no quedar mal en el extranjero o con los votantes de esos parajes. Lo lejano de la ubicación (más de 160 kilómetros de la ciudad de Salta) le facilitaría las cosas.

El plan fue sencillo. Con veinte de sus hombres se movió hasta el Viaducto. Llegaron después de que el tren, que sólo corría los domingos, volviera a Salta. Tuvieron, entonces, varios días para colocar estratégicamente en los pilares del inmenso viaducto la gran cantidad de explosivos que habían llevado.

El objetivo era exigirle al gobierno que si no querían ver saltar el viaducto por los aires, con su tren y toda la carga viviente, incluyendo los animalitos que llevaban las viejas, debían girarle un millón de pesos de aquella época a una cuenta suya en el extranjero (Bolivia) y liberar a tres de sus secuaces que estaban presos.

El Testigo describió el trabajo que hizo esa gente como realmente arduo y digno de mejor causa. Días enteros los gauchos malandras,

bajo la agria mirada de Telésforo Tolaba, trajinaron colocando las cargas explosivas y conectando las mechas y detonadores bajo un pilar donde iba a estar un ex minero, experto en explosiones. El trajinar finalizó apenas unas pocas horas antes de que arribara el tren dominical.

Ese mediodía fatal, un cielo azul profundo y sin nubes, oyó pitar a la máquina, como avisándole al viaducto que llegaba. El viaducto, imponente, al oír al tren se elevó y se curvó más graciosamente que nunca a los ojos de los viajeros, ávidos de azul y montaña. La máquina llegó a la mitad del alto viaducto y los pasajeros, que estaban asomados a las ventanillas disfrutando del paisaje sin igual, sintieron que se detenía. ...Es que los azorados maquinistas habían visto como se trepaban unos gauchos desaliñados y apilaban durmientes de quebracho sobre las vías impidiendo el paso.

Al siguiente instante, un hombrón, caminando a lo gaucho chueco subió a la máquina. “¿Saben quién soy yo?” Les preguntó al maquinista y al foguista que eran puro ojos. Sin esperar respuesta les espetó: “Soy Telésforo Tolaba”. Y sin que mediara una palabra más los arrojó de la máquina. Algo parecido estaba sucediendo en la cola del tren, donde los encargados de la locomotora de repuesto estaban siendo apaleados con más saña todavía.

El Testigo señaló que a cada vagón subió un par de forajidos y comunicó a los pasajeros que Telésforo Tolaba, era ahora el patrón del tren. Que se quedaran tranquilos porque la cosa no era con ellos sino con el Gobierno, que tenía que pagarle un pequeño peaje para que el tren pudiera seguir viaje.

Cuando se acercaron a la máquina los dos guardas y un policía de franco se encontraron con que los esperaban con palos y sogas para atarlos, amenazándolos con que, si se resistían, los tiraban abajo, a

apenas setenta metros de donde estaban. No ofrecieron resistencia. El policía trato de convencerlos de que el arma que llevaba era un recuerdo de familia, pero se la quitaron lo mismo.

Los viajeros – según palabras textuales de El Testigo – “se pegaron un julepe padre, especialmente los del país, pues conocían la fama del forajido”, pero Telésforo Tolaba sabía cómo manejar gente y tenía contemplado el problema de que los pasajeros se asustaran y empezara a molestar. Los secuaces que entraron en cada vagón llevaban una valija de la que fueron extrayendo barajas españolas para los criollos y naipes de póker para los extranjeros. Para las mujeres y los niños repartieron juegos de lotería y porotos a granel. También llevaban una bolsa con mortadela y galleta criolla por si empezaba a cundir el hambre. ...Había llegado el momento de comunicarse con las autoridades

Contaba el Testigo que Telésforo Tolaba, cuando era chico y en razón de algunas cargadas que le hacían por el nombre, escuchó atentamente al cura del pueblo quien le contó que se llamaba así por haber nacido el día de San Telésforo, el inventor del Telégrafo y patrono de las comunicaciones. Desde ese día Tolaba se convirtió en un fanático, al principio de la telegrafía y de la radio después.

El Testigo mencionaba que los modernos aparatos de esa época no tenían misterio para él, tanto que fue el primer delincuente en llevar en sus “trabajos” un equipo de radioaficionado que le permitía conocer al instante las comunicaciones de la policía, que no entendía cómo adivinaba sus movimientos. Su equipo de radio le permitió resolver la cuestión más importante: cómo comunicarse con las autoridades en medio de la nada, rodeado de montañas y en lo alto del Viaducto. El telégrafo y el teléfono más cercanos estaban en San Antonio de los

Cobres, a más de veinte kilómetros de quebradas escarpadas, que exigían más de cuatro horas a un jinete baqueano.

Los viajeros demudados presenciaron como en el espacio que mediaba entre los durmientes de quebracho que impedían el paso y la locomotora que bufaba quedamente se fue izando primero una tarima, después una mesa, luego una silla y finalmente el equipo de radio-operador con una antena alta.

Telésforo Tolaba, se sentó parsimoniosamente en la silla y comenzó a maniobrar las perillas del aparato. En un momento, en medio del silencio admirativo de sus secuaces, todos escucharon una voz neutra que decía: “uno, dos tres, probando”. Luego con su vozarrón normal, gritó:

- Veinte cincuenta llamando a Jefatura de Policía... Cambio.

En el receptor se oyeron ruidos extraños y una voz airadas que exigió perentoriamente:

- Abandone inmediatamente esta frecuencia. Está interfiriendo la radio de la Policía de Salta. Insisto...

- Soy Telésforo Tolaba, comunicame con tu superior, milico estúpido, que estoy por volar el Viaducto La Polvorita con el tren y toda su gente.

Del otro lado no creyeron lo que escuchaban e insistían en que abandonara esa frecuencia. Tolaba, con voz calma y autoritaria dijo:

- Te recomiendo, gaucho infeliz, tres cosas: primero escuchá el ruidito, después llama a San Antonio de los Cobres para ver si llegó el Tren que pasa por el Viaducto y finalmente averiguá como soy cuando me enojo.

Y ahí nomás le hizo una señal al ex minero, encargado de prender las mechas, que estaba como a cincuenta metros y con el que se tenía que entender por señas, un poco por la distancia y otro poco porque

el hombre había quedado medio sordo por las explosiones que había provocado. El ex dinamitero prendió una mecha, que chisporroteando un humo espeso, desapareció bajo los rieles y a los segundos produjo una explosión muy fuerte, en la parte baja del viaducto que lo hizo trepidar. La respuesta del otro lado fue clara y con una sola palabra: “¡Carajo!”. -Después de un silencio se escuchó

- Estamos llamando a San Antonio para confirmar.

- Comunicame con tu superior o hago volar todo – insistió Tolasba – . Soy de pocas y malas pulgas!

El Testigo mencionaba que al escuchar la tremenda detonación, los pasajeros del tren comenzaron a gritar de miedo, pero los de la banda comenzaron a repartir rebencazos a diestra y siniestra, lo que no trajo paz, pero sí, un poco de silencio.

Entonces se escuchó a Telésforo Tolaba que exigía que liberaran a tres secuaces suyos, presos en la cárcel de Salta y que le transfirieran un millón de pesos... Y que todo fuera hecho ya.

Allí empezaron las chicanas de la policía: Que ellos no tenían plata, que había que hablar con el juez de turno, que seguro se había ido a su finca, que no se oía bien y demás cosas que les permitían a los de la guardia salir a buscar algún funcionario importante que se hiciera cargo.

Telésforo Tolaba, de mala gana, les dio un plazo de una hora para que cumplieran con sus exigencias. Para los pasajeros el tiempo no pasaba nunca y el calor apretaba cada vez más. Tolaba caminaba impaciente y mascullaba broncas viejas contra la policía, los jueces y autoridades varias. Al cumplirse el plazo, volvió a conectar la radio y gritó:

- La negociación terminó. Ahora vuelo el tren con la gente. La culpa es de ustedes.

Del otro lado se escuchó solamente un murmullo de voces atropelladas que trataban de explicar la demora.

-Ustedes sigan chamuyando – los cortó Tolaba – nosotros tenemos otras cosas que hacer.

Y con calma le hizo una seña al dinamitero de las mechas y otra tremenda explosión conmovió el viaducto. Todo dio un respingo. Un fuerte viento de fuego secó las gargantas. Cuando el humo negro de la pólvora se fue esfumando, la máquina de repuesto colgaba en el aire entre los rieles rotos y retorcidos. El viaducto estaba cortado en dos. La máquina se bamboleaba, los últimos vagones crujían y estaban totalmente ladeados hacia la derecha.

El Testigo mencionaba claramente que la gente empezó a gritar y no les fue fácil a los bandidos hacerlos callar, especialmente a una joven señorita, de tez blanca y ojos negros grandes, cuyos gritos sobresalían sobre los de todos. Parecía que llamaba a alguien.

Cuando volvió un poco la calma, los pasajeros de los últimos vagones fueron trasladados de mala manera a los vagones de adelante. En los rostros de todos se notaba un miedo fuerte, frío y gris; el miedo a la muerte.

Telésforo Tolaba, había abierto al máximo su micrófono para que del otro lado escucharan la inmensa detonación y los gritos de pánico de la gente. La contestación que recibió fue escueta:

- Estamos haciendo todo lo posible... No es fácil... Los bancos están cerrados... ya está viniendo hacia acá el negociador

- Qué negociador ni qué carajo! Me están haciendo calentar!

Y ahí nomás, Tolaba, con la cara ya rojiza, le hizo señas al ex dinamitero, quien se sacó el pucho de la boca y prendió la tercera mecha.

Esta explosión fue grandísima, todo el tren se conmovió y corcoveó hacia arriba y hacia atrás. La máquina de repuesto cayó estrepitosamente y los pasajeros la vieron desaparecer entre las piedras de la montaña. Detrás de ella aparecía un inmenso vacío donde habían estado las vías y su sostén. Abajo, la explosión de la caldera llenó los pastos secos de fierros retorcidos y carbón humeante. El último vagón ahora estaba colgando del viaducto apenas sostenido por el peso del resto del tren.

El Testigo mencionaba que los gritos de la gente hacían eco en los montes y se repetían a kilómetros de distancia. Parecía que los gigantes de piedra estaban desesperados al constatar que el gaucho malevo estaba dispuesto a todo... y no se equivocaban.

En medio de los alaridos se vio correr a la muchacha que antes había gritado como una loca. A las zancadas llegó hasta donde estaba Telésforo Tolaba, gozando del espectáculo y gritándole a las autoridades de Salta que les daba media hora más para que cumplieran con todas sus exigencias.

- ¡Basta! No se da cuenta que estamos a punto de caer al vacío.

¿Quien se cree para hacer esto? – Gritó la muchacha cuando lo tuvo a tiro de grito-.

- Yo soy Telésforo Tolaba y hago lo que se me canta. Y decime quien sos vos para venir a meterte en cosas de hombre y a gritonear.

- Yo soy Elsita Vilaverde. ¡Usted no sabe con quién se está metiendo!

La respuesta fue una carcajada. Tolaba escupió el tabaco que estaba mascando y le contestó:

-Tranquila, pimpollo de cactus, que los ojos se te achican cuando te enojás. Volvé al tren o te hago tirar abajo para que te coman los caranchos.

El Testigo señaló que la muchacha quiso continuar con sus gritos y amenazas, pero dos de los bandidos la sujetaron y uno de ellos le tapó la boca y la arrastraron hacia el primer vagón. Al rato nuevamente se escuchó la radio:

- Señor Tolaba, soy el oficial Romualdo Cristóbal Tejerina. Estamos preparando lo que usted pidió. Ya todo está en marcha. Sus amigos ya están saliendo de la cárcel y la plata ya está juntada. Necesitamos un tiempo más para poder terminar la transferencia bancaria.

Quédese tranquilo. Lo único importante es que no haya problemas con los pasajeros. Usted es una persona inteligente y por eso le pido sólo un poco de paciencia...

- ¿Vos me estás trabajando, Peperina? ¿Vos crees que soy un gaucho estúpido? Decile a tus jefes que se tomen el tiempo que quieran. Yo mientras tanto me voy a entretener con la dinamita que tengo a mano.

- No, señor. De ninguna manera. Necesitamos un poco más de tiempo solamente.

-Cómo te voy a negar un poco más de tiempo, Peperina? ... Lo que sí, escuchá cómo se suman los últimos vagones a la máquina que está abajo, hecha pedazos.

Tolaba, con la cara totalmente roja, gritó una orden y sus secuaces desengancharon los dos últimos vagones que, al perder sostén, raudamente se deslizaron al vacío.

El ruido del golpe y los alaridos de la gente, llegaron hasta la radio de la Policía, donde ya había un montón de autoridades que rodeaban al oficial mediador y se devanaban los sesos para ver cómo detener la locura que estaban presenciando de oído. Ya habían averiguado que Tolaba no tenía madre, ni novia, ni hijos que pudieran hablar con él y

calmarlo. El gobierno no quería negociar, pero Tolaba tenía rehenes y se sabía que era un forajido sin compasión.

- Por favor- insistía Tejerina - . Estas cosas se arreglan con confianza, señor Tolaba. Nosotros confiamos en usted. Estamos seguros que todo se va a arreglar bien...

El Testigo señalaba que en el silencio que siguió se escuchó nuevamente a la joven Elsitita Vilaverde que, en un descuido de sus cuidadores, atronaba con sus gritos pidiendo ayuda y mencionando un nombre que no pudo entenderse porque prontamente volvieron a taparle la boca.

El malandra Telésforo Tolaba se estaba poniendo nervioso con tanto palabrerío que le decían por radio, y aunque reconocía que era verdad que necesitaban tiempo, estaba acostumbrado a mandar y a ser ciegamente obedecido. Lo estaba inundando el odio, pero sabía que no podía enojarse del todo.

- Tenés cinco minutos – rugió Tolaba-. Ni un segundo más.

- Gracias, señor Tolaba, No sabe cuánto apreciamos este gesto de buena voluntad. Justamente estaba hablando con el Señor Ministro, quien me aseguró que todo está ya en marcha. Aprovecho para...

-Terminá con tus palabritas dulces, Peperina, que si pasan los cinco minutos no te va alcanzar todo el boldo del mundo para sacarle el dolor de panza a tu ministro.

El Testigo mencionó claramente que Telésforo Tolaba, estaba entrando en crisis de cólera por la tardanza y también porque volvían los gritos de la muchachita. Para sacarse un poco la tensión que tenía, se paró, respiró profundo y con el puño cerrado descargó un fortísimo golpe sobre la mesa que sostenía el aparato de radio.

El ex minero encargado de prender las mechas, entendió que ese gesto de fastidio era la señal para prender otra mecha. La explosión

subsiguiente fue increíble. Dejó tres vagones colgando del viaducto y a todo el tren descarrilado, moviéndose espasmódicamente hacia todos lados..

Los gritos de todos los pasajeros hicieron eco en la quebrada y lograron que todos los pájaros de los alrededores huyeran hacia lugares más pacíficos. Pero no sólo gritaba la gente, los propios maleantes eran puro grito y susto. En el receptor de la radio se escuchaba muy fuerte la voz del oficial Tejerina que preguntaba qué estaba pasando. Todo era un caos de alaridos y terror.

Elsita Vilaverde, librada de los maleantes, que ahora también andaban como perdidos, alzó su voz... y su grito se fue convirtiendo en alarido: ¡Eduardito!!!! ¡Eduardito, vení!!!! En la quebrada, cada piedra hizo eco y las montañas repitieron: “Eduardito, Eduardito!!! Telésforo Tolaba no paraba de insultar al encargado de las mechas. Algunas puteadas venían en quechua, la mayoría en gaúcho puro. Sus manos gesticulaban alocadamente con gestos de que lo iba a degollar... El lenguaje de las señas es un medio que tienen los hombres para explicarse mejor...Pero, como explicaba El Testigo, el problema es que, al igual que las palabras, las señas a veces son equívocas. En nuestro caso, el ex minero mechero no entendió que la puteada le estaba dirigida, sino que Tolaba le estaba haciendo la señal final de prender todas las mechas restantes.

Lo que siguió fue descrito por un turista oriental como “un despelote glande” y como “la buta madre” por un alemán. ¡Y sí que lo fue! Todos los vagones saltaron por el aire, mientras se derrumbaba todo el centro del viaducto. Rieles volando, gente disparada como cohetes, bolsos de todos los colores al viento, durmientes flotando como papelitos, la máquina delantera se iba desarmando por el aire, aunque su chimenea seguía echando humo blanco. Todo era caos, una

tragedia descomunal se estaba gestando. La quebrada cerraba los ojos para no ver este triste final.

. Las alturas los estaban recibiendo pero la ley de gravedad los reclamaba para abajo. Los pasajeros aullaban, la banda de malhechores maldecía y Telésforo Tolaba, todo rojo, maldecía con el micrófono todavía en la mano. El testigo sostenía que fue en ese momento que los gritos se concentraron en un solo clamor. Elsita Villaverde había contagiado a todos y hacia el cielo subía y se extendía a los cuatro puntos cardinales: “¡Llamen a Eduardito!”. Las nubes repetían: “¡Llamen a Eduardito!”. El viento empujaba “¡Llamen a Eduardito!”. Todos se dieron cuenta en ese momento final que sólo Eduardito podía salvarlos de quedar para siempre entre fierros retorcido y pasto seco. Era un alarido que llegaba al infinito y rebotaba. ...Pero, ¿podría nuestro héroe llegar a tiempo? Algunos ya cambiaban sus gritos por rezos.

El Testigo siempre mencionó que sólo la voz de Elsita Villaverde podía atravesar montañas, mares y miles de kilómetros para llegar al súper oído de Eduardito. Y eso porque nuestro héroe tenía su corazón secretamente enamorado de Elsita y la amaba con toda su alma, a pesar de saber que los superhéroes sólo se casan cuando se jubilan. Antes están de servicio las veinticuatro horas de cada día.

Y Elsita gritó con desesperación final: “Eduardito, vení!”. “Eduardito, vení que esta vez nos matamos en serio”.

Y entonces sucedió. Hubo un instante que según las palabras de mi pariente Testigo, se escucho claramente: Tatán... Tatán... Y el cielo se abrió y apareció Eduardito, dejando tras de sí una estela de humo blanco producto de la combustión que producía su velocidad supergaláctica al quemar el oxígeno del aire.

Hubo un momento en que el tiempo se detuvo y se escuchó la voz de Eduardito:

- Ya estoy con ustedes. No tengan miedo -y bajando un poco la voz hacia un susurro - Tranquila Elsitita, que ya llegué.

Sólo faltaban pocos metros para que el tren se estrellara y Eduardito no se dirigió directamente hacia el tren. Su súper inteligencia lo llevó hacia la parte anterior del viaducto, la que estaba íntegra, Allí, sin ningún esfuerzo, levantó unos doscientos cincuenta metros de rieles con sus respectivos durmientes, los puso sobre sus espaldas y los llevó a una velocidad superior a la luz encendida hacia donde estaban por estrellarse los vagones del tren, a los que puso sobre los rieles que traía.

Acto seguido dio una serie de vueltas rapidísimas en redondo, logrando por gravitación que la gente que había sido despedida, volvieran a acomodarse en sus asientos respectivos. Luego y lentamente hizo aterrizar el tren con todos sus pasajeros y carga a salvo. Sobre el techo de los vagones venían ya atados los malhechores. Telésforo Tolaba, estaba maniatado con el cablerío de su aparato de radio, pero seguía con el micrófono en la mano y gritaba como un marrano:

- Así no vale. ¡Esto es cosa de Mandinga! Así gana cualquiera. Ni Superman puede hacer esto! Yo te voy a denunciar por abuso y desproporción de armas... Y a vos gaucho estúpido que prendiste las mechas te voy a lisiar a patadas, vas a volver a oír de los golpes que te voy a sacudir.

Un gran abucheo de todos los pasajeros fue la respuesta que obtuvo. Sus bandidos miraban avergonzadamente para otro lado. Pero, Elsitita no pudo escuchar todo esto porque estaba exclamando:

- Qué hombre, mi Dios! Lo quiero para mí, pero no puedo ser egoísta y privar al mundo de un superhéroe como él.

El Testigo aseguraba que no fue cierto que agregara “Qué súper lomo” o referencias a su musculatura privilegiada

Eduardito pidió a los pasajeros que no bajaran del tren, pues los iba a llevar a San Antonio de los Cobres, después de arreglar el viaducto y dejarlo mejor que antes. Y así lo hizo, sacando acero de debajo de la tierra y maderas de un bosque de quebrachos. Hasta se dio el lujo de plantar retoños de estos árboles para que no se resintiera el planeta.

A más de una colla de San Antonio de los Cobres se le ladeó el sombrerito cuando vieron llegar al Súper Héroe bien cargado, pues sobre su espalda traía un tren sostenido sobre sus rieles, mientras con una mano sostenía la cuerda en la que iban atados todos los forajidos con Tolaba gritando que quería un juez imparcial y que lo transmitieran por radio en directo. En la palma de la otra mano llevaba castamente sentada a Elsita que – cosa rara en ella - no decía palabras pero era todo ojos hacia su amor, que la miraba con todo el súper cariño del que es capaz un superhéroe.

Y así termina la aventura que prometí contar, pues me parece cursi detallar los festejos, medalla conmemorativa y la amorosa, aunque discreta despedida, de Eduardito y Elsita.

Como historiador concienzudo debería poner aquí el punto final, pero las desarrapadas críticas que ya me imagino me harán llegar ciertos improvisados en las ciencias de la cultura (y envidiosos de alma chica), que bien me los conozco, me obligan a intercalar la siguiente declaración, no por mí, sino por la obra y personalidad de nuestro Súper Héroe y de su dignísimo Testigo.

- 1) Todas las críticas contra nuestro Súper Héroe seguramente provienen del Norte, desde donde sólo admiten que del Sur

vienen problemas, a pesar de que hay excepciones bien claras, tipo el fútbol, la música o Eduardito. O sea, que no siempre somos los hijos de la pavota.

- 2) No he escrito nada que no haya escuchado fehacientemente de El Testigo.
- 3) Que El Testigo sea un familiar mío, no hace perder credibilidad a sus dichos (para mí, la aumenta). La verdad no conoce de consanguinidades. En una palabra: que el Testigo sea un hermano mío, también llamado Eduardo y esté casado con Elsitita, no divide ni resta.
- 4) Que el Testigo aprovechaba para contar las aventuras cuando iba al baño, sólo es un aprovechamiento inteligente del tiempo.
- 5) Que con mis hermanos nos amontonáramos en la puerta del baño de nuestra casa para escuchar a nuestro hermano Eduardo contar las aventuras de Eduardito, no sólo no es criticable, sino que habla de una familia unida y respetuosa de la privacidad. El hecho de que alguno se riera es atribuible sólo al nerviosismo producido por lo tenso de lo revelado
- 6) Los que señalan que El Testigo - mi hermano Eduardo – es o se confunde con el súper héroe, sólo tienen a su favor la palabra de ellos. Hasta hay algunos que dicen que son la misma persona. Insisto: no tienen ninguna documentación y hablan para ser mediáticos.
- 7) Las otras críticas – y también las que acabo de mencionar – me tienen sin cuidado. En una palabra: No me importan. El que tiene la verdad sabe que siempre ladrarán a su alrededor (los perros de Sancho).
- 8) No siendo para más, los saludo muy atentamente, Yo.

Frases Inéditas de Influyentes Influencers

El que se tatúa empieza a estar dibujado. Leonardo Vinci

No salí en la tele, ergo no existo - Descartes

La vacuna contra la corrupción es la abstinencia - Pasteur

Nos estamos yendo por el water – Napoleón

Si Mahoma va a la montaña nosotros vamos al valle – Los otros

Ponete la bufanda que me matás – Mame

El todo es peor que las partes – Frankenstein-

Lo importante no está en las cosas chicas – Big Mac

La mar estaba salada - Jonás

La política es el comienzo de la guerra – Sun Tsé Confuso

El fútbol es la marihuana de los pueblos – Karl Marx

Amante que huye sirve para otra guerra – Casanova

Lo que mata es la humedad – Weather Channel

El silencio de los inocentes es similar al de los culpables – Perry Mason

Yo me se aguantar, pero ojo, que cuando exploto, exploto – El Big Bang

La bancarización es el mayor de nuestros ideales – Siempre Taxis Girls Ltd

Ni mi vieja es capaz de ponerme un like – Caín

Volveremos y seremos millones – Pedro de Mendoza

Las mujeres fuimos las primeras en escuchar la radio - Marie Curie

No hay peor sordo que el que no puede oír - El Beto

Sonrían, los estoy filmando... es para protegerlos - Gran Hermano

Buey solo bien se lame, hasta que aparece la que te dije - Adán

Nene, eso del Edipo, mejor hablalo con tu papá - Yocasta

Yo uno a Argentina y Uruguay ¿...o los separo? Río de la Plata

El que juega al dólar, pierde – Mao y Ministros de Economía en Crisis

Me critican porque soy vueltero... ¿por qué no critican a la tierra que da una vuelta completa cada día de la semana... siempre? – Dr. Sipinopo

Manejá bien la corrupción que cada vez viene mas corrupta – Manual de Autoayuda al Político

Agarrate, Catalina – Marco Tulio Cicerón

¿El percal, de qué tipo de Género es? - FM Tango

El único traje que no les va a los abogados es el sin bolsillos – Sastrería Justiniano.

Sí, a mucha honra soy vegetariano... que lo sea por escasez de jubilacion y dientes, es solo un aspecto del problema – Juan, retirado con la mínima

Que tu mano izquierda no sepa lo que hacés por derecha – Stalin

Yankis, go Home! – Home Depot

Es más fácil enseñarles chino a los argentinos que castellano a los chinos. Son menos - Anónimo Pitagórico

Dios se lo pague y Paga Dios son la mejor forma de cumplir y honrar religiosamente los compromisos de pago – Wall Street

¿Qué parte del “¡Sí!” no entendés? ...¡Dale, vení! – Las Rebeldes de Me Too

Siempre fui optimista, nunca Vegano – Santos Vega

Que tu mano derecha no sepa lo que hacés por izquierda – Berlusconi

Occidente sólo ha podido crear dos dioses: Money y Maradona – Iglesia Grondoniana

Si dejas todo para mañana, mañana va a estar muy ocupado. Mejor dejalo para pasado mañana - Los Primeros de Mayo.

L' uomo é mobile – Flores de la Ve

Hay sólo tres leyes universales: La de la Gravedad (todo lo que sube, baja); la del Corcho (todo lo que baja, sube) y la de la Relatividad (si no estás de acuerdo con las dos anteriores, no hay problema: todo es relativo) – Científicos de Base

El celular es la célula básica de la sociedad – Graham Bell

A mi me discriminaron de chico. Nunca me hicieron bullying – Robledo Puch

Puedo asegurar que todas las carreras están arregladas – El Correcaminos

Todos tenemos nuestra cruz, pero lo importante son los contactos – El Buen Ladrón

Lo políticamente correcto es para la tribuna no para el palco – Maquiavelo

Los libros no muerden ni ladran – Lassie

La culpa siempre la tienen los otros, ergo si sentís culpa, sos otro – Lacan

Me Neither – Patriarcas en Resiliencia Militante

La Justicia si es lenta, además de ciega es renga - Cámara de Sexta Apelación

Si subís a un helicóptero y permancés un rato largo en el mismo lugar cuando bajas vas a estar lejos de donde subiste a causa de la rotación de la tierra – Los Terraplana

Homicidio – Femicidio... y nosotres qué? - LGBT

Y perdona nuestra corrupción así como nosotros perdonamos a nuestros corruptos – Post Evangelio

Nene: Cuando te digan: andá a dar una vuelta a la manzana, tené mucho cuidado – Eva

La derecha o la izquierda dependen de en qué vereda estás – GPS

Ilusión mata verdad y a los que la buscan – Mandrake

El del sexto anda con la del noveno – Decálogo de Biblia Consorcista

El chancho es persona, el gato individuo y el perro familia – Batman

Los números no se suman o restan, se cocinan – E. Giménez - Anónimo Contable

Dad al César lo que es del César – César

La manzana no cae lejos del árbol – Newton

Contá todo que soy una tumba – Facebook, Google y demás Muertos Vivos